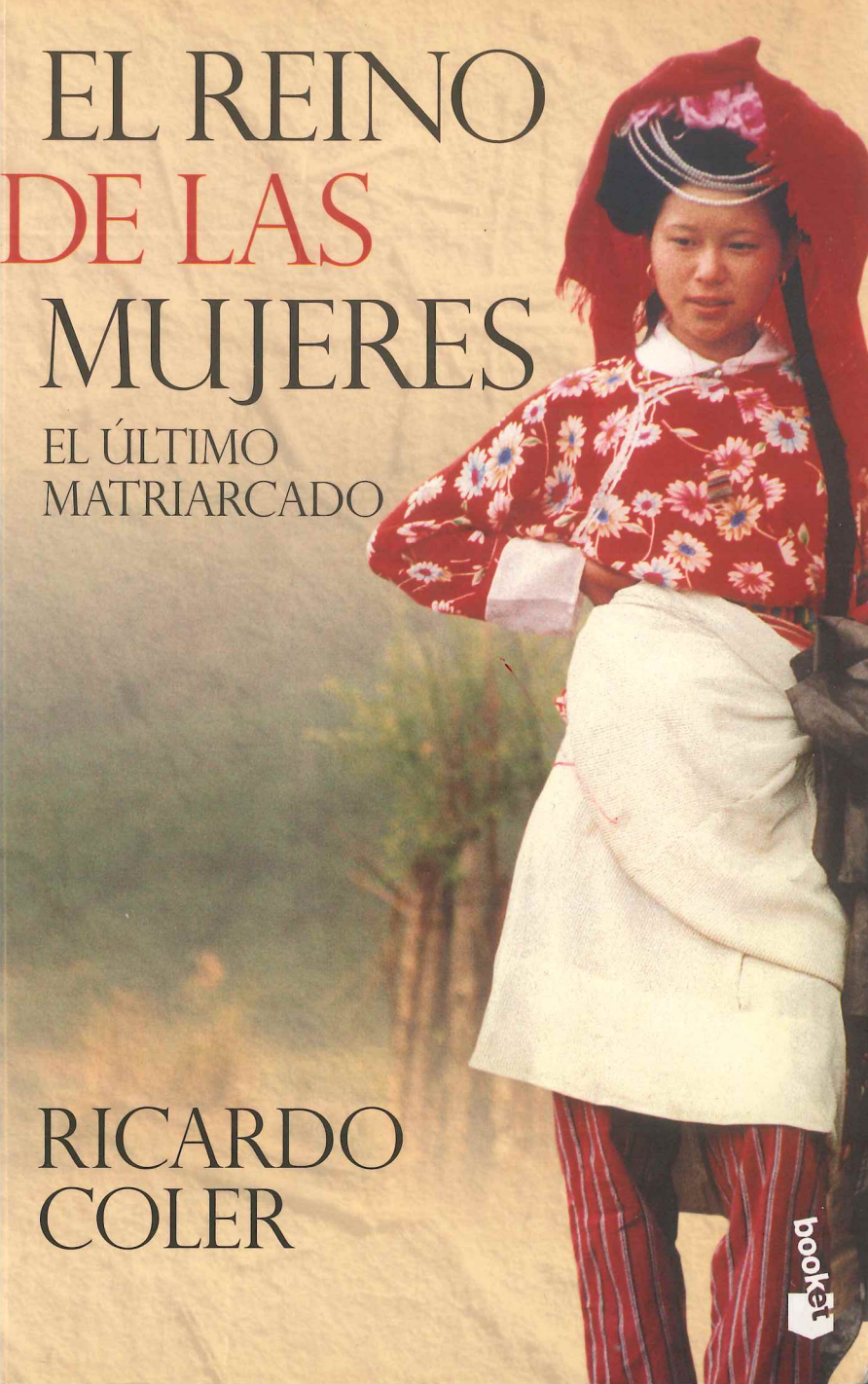
EL REINO DE LAS MUJERES

EL ÚLTIMO MATRIARCADO



RICARDO COLER

booket

Biografía

Ricardo Coler nació en Buenos Aires. Es médico, fotógrafo y periodista. Sus notas, fotografías y ensayos sobre sus experiencias con sociedades matriarcales, poliándricas y poligámicas han sido publicadas en diversos medios argentinos y del exterior. Es fundador y director de la revista cultural *Lamujerdemivida.* Publicó *El reino de las mujeres* (2005) con gran éxito de ventas, *Ser una diosa* (2006), *Eterna juventud* (2008), *Felicidad obligatoria* (2010) y *Mujeres de muchos hombres* (2014). Sus libros han sido publicados en Argentina, Chile, Uruguay, Perú, México, Estados Unidos, Brasil, Portugal, Italia, Francia, España, Alemania, Corea y Turquía.

Ricardo Coler

El reino de las mujeres

booket

Coler, Ricardo
El reino de las mujeres. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Booket, 2014.
208 p. ; 19x13 cm.

ISBN 978-987-580-647-4

1. Ensayo Argentino. I. Título
CDD A864

Adaptación de cubierta: Peter Tjebbes

© 2005, Ricardo Coler

Todos los derechos reservados

© 2014, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Publicado bajo el sello Booket®
Independencia 1682 (1100) C.A.B.A.
www.editorialplaneta.comar

1ª edición del sello Booket: marzo de 2014
3.000 ejemplares

ISBN 978-987-580-647-4

Impreso en Encuadernación Araoz SRL,
San Martín 1265, Ramos Mejía,
en el mes de febrero de 2014.

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723
Impreso en la Argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.

Para Nicolás, Lucía,
Esther, Sofía

En la sociedad matriarcal las mujeres están al mando. El ejercicio indiscutido de ese poder imprime a las costumbres algunas características particulares. Éste es el relato de lo que viví en China junto a los Mosuo y de lo que ocurre con los roles masculinos y femeninos, con la familia, el trabajo, el amor, la sexualidad, la política y la violencia en una comunidad de veinticinco mil habitantes. El último de los matriarcados.

1

Después de andar seis horas por un camino de cornisa, Dorje, el conductor —un tibetano corpulento, de pelo abundante y unos treinta años— detiene la camioneta. Estamos a más de tres mil metros de altura y en los últimos días llovió tanto, que las rocas que se deslizaron por la montaña nos impiden avanzar. Tengo a mi derecha la ladera, a mi izquierda el precipicio y por delante, las piedras. Dorje baja para ver cómo esquivarlas y seguir viaje. Camina unos pasos, se pone en cuclillas y deja caer la cabeza hacia adelante. Lo observo desde mi asiento; el tibetano no tiene el menor aspecto de monje.

Dorje hunde la mano en el barro, toma un puñado y se queda inmóvil por un instante. De pronto se encoge de hombros, vuelve a la camioneta y arranca. Una de las ruedas queda en el aire mientras las otras soportan el peso del vehículo con un zapateo enfurecido. Aguanto la respiración abra-

zado a la mochila y reclinando el cuerpo para el lado contrario. Pasamos, no sé cómo, pero pasamos. Tengo los dientes apretados y los músculos de la espalda como un manojo de cuerdas a punto de soltarse.

En vísperas del viaje desplegaba *Mundo Cartográfico* sobre la mesa de mi cocina. En ese planisferio con divisiones políticas, la República Popular China es de un amarillo pálido y las capitales de provincia aparecen señaladas por círculos vacíos. Kunming, una de ellas, corresponde a la comarca de Yunann, un vasto territorio que llega hasta las fronteras de Vietnam, Laos y Birmania, países que en el mapa parecen manchas moradas, verdes y violetas. Sin embargo, ahora que estoy aquí, sacudiéndome dentro de una cuatro por cuatro, todo resulta uniformado por el color del polvo. Voy en busca de Loshui, el poblado a orillas del Lugu, uno de los lagos de montaña más grandes de toda Asia. Ahí se desarrolla la más pura de las sociedades matriarcales, de las pocas que quedan; el reino de las mujeres.

Como el sitio al que me dirijo no está señalado en el mapa, me doy cuenta de que transito un camino de altura con la peregrina idea de llegar a un punto inexistente.

Había estado en Loshui hacía menos de un año y la madrugada en que me despedí lo hice con la certeza de querer volver. En la sociedad Mosuo se ve a las claras qué pasa cuando las mujeres man-

dan. Así de simple. Entender sus costumbres puso en jaque lo que hasta ese momento había sido para mí lo lógico, lo deseable y el orden natural de las cosas.

¿Pensar que el hombre subyuga? No en esta aldea. ¿Que es propio de la condición de mujer querer casarse? Menos. ¿Que el padre debe ser respetado? ¿Cuál padre? Esta vez regreso preparado para convivir con ellos, entrevistar a cuantos pueda y volver sobre lo que me conmovió la primera vez y no alcancé a indagar en detalle.

Los Mosuo forman una comunidad de unos veinticinco mil habitantes donde *ellas* están claramente al mando. Algo así como el paraíso del movimiento feminista. Un ejemplo de cómo puede ser la realidad sin la supuesta supremacía del hombre y sin la opresión que esa supremacía puede ejercer.

Aquí, sobre el tablero, las piezas están colocadas de otra manera. Hombres y mujeres se ubican en posiciones distintas de las que estamos habituados. Ellas tienen todas y cada una de las prerrogativas mientras que ellos carecen de la más mínima. Es una variante del juego, un guión diferente para el drama-comedia-tragedia de los sexos. Quiero ver cuáles son esas variantes. Quiero ver cómo se mueven, cómo se relacionan, qué es lo que pasa cuando la sociedad no está manejada por hombres y son hombres los principales beneficiarios. Aquí es impensable que una mujer esté condicionada por la educación machista. Aquí es imposible que un ca-

ballero abandone a una mujer dejándola sin recursos. En Loshui el sexo nunca es débil.

Entré al país por Beijing, hace ya cuatro días. Beijing se parece más a una ciudad americana con tiendas, grandes edificios y anuncios luminosos, que a mi fantasía de lo que era la capital de China. Caminar por sus calles es cruzarse con jóvenes que cambiaron el traje estilo militar por el aspecto y la moda occidental. Una ciudad con abundancia de teléfonos celulares y carteles luminosos que, al querer deslumbrar, resultan excesivos de luces.

En el aeropuerto me recibió una estudiante universitaria de veintidós años. Llevaba un pantalón negro y una remera blanca de algodón. Ni en la manera de vestir ni el trato noté una marcada diferencia entre esta joven china y cualquier otra que conozco. Hablaba el inglés suficiente y era lo bastante desenvuelta como para que el Estado la calificara apta para un trabajo de dos horas diarias. Debía asegurarse de que los extranjeros que llegaban a Beijing para pasar una noche antes de seguir viaje, se registraran en sus hoteles sin mayores contratiempos. Apenas subimos al auto me comentó cuánto la intrigaba mi destino final. Se refería al viaje, por supuesto.

—Sí, algo oí de las Mosuo —me dijo—. ¿Qué es lo que estás buscando? —Quería saber qué de esas mujeres había despertado en mí tanta curiosidad, cuál era el misterio tan fuerte que me hizo venir solo y desde tan lejos. Parecía que el motivo de mi via-

je podía revelarle la clave de un enigma que la divertía e inquietaba al mismo tiempo.

¿Qué estoy buscando? Una sociedad con mujeres al mando me permitiría observar cuáles son los aspectos femeninos que se mantienen y cuáles son los que se modifican con el cambio de sistema. Vengo de una sociedad históricamente patriarcal. Insertarme en un matriarcado me podría dar la pauta de lo que ocurre cuando cambian las reglas de juego y se invierten las posiciones. Además, si es cierto que entre nosotros la figura del varón se está debilitando, entender cómo funciona un matriarcado podría resultar un anticipo de los tiempos por venir. Así se lo expliqué y luego de escucharme atenta me dijo:

—De acuerdo, te entiendo, pero ¿qué es lo que estás buscando?

Desde Beijing atravesé el país todo a lo ancho para llegar, finalmente, a Kunming, la capital de Yunnan. Durante el siglo XIII la moneda oficial y de uso corriente en esta ciudad era la conchilla de mar. Los comerciantes la recibían a cambio de las mercancías y a su vez, con esa misma moneda, pagaban sus deudas. Marco Polo cuenta en la crónica de sus viajes que cuarenta conchillas de mar equivalían a una unidad veneciana. El cambio debe haberlos favorecido, ya que hoy Kumming está llena de tiendas, oficinas a todo lujo y una buena cantidad de hoteles cinco estrellas.

El último aeropuerto al que pude acceder fue al de Lijiang. La pista de aterrizaje admite sólo vuelos de cabotaje y aviones de bajo porte. Después de recuperar el equipaje y apenas salí del área restringida conocí a Dorje, el conductor, y al señor Lei, mi intérprete. Me esperaban juntos, entre los dos sostenían un cartel improvisado con mi nombre mal escrito. No les hacía falta, era el único occidental en todo el aeropuerto.

Lijiang es una localidad pequeña, con un casco antiguo, surcada por un río de aguas siempre frías, producto del deshielo. Perderse entre las calles de esta ciudad es más que adentrarse en el medioevo asiático, es perderse de verdad, sin poder preguntar, sin encontrar un cartel de referencia. El río se abre y forma canales dentro de la villa. Los más angostos pasan por las puertas de las casas. Los vecinos enjuagan sus enseres antes de volver a utilizarlos en el agua que siempre corre. Los trastos quedan limpios y las manos moradas por la temperatura. En la puerta de una de las casas, con el frente pintado de azul y flanqueada por dos enormes canastos de mimbre, una anciana fuma de una pipa larga. La edad, el sol y el viento de la montaña no dejaron ni una parte de su cara sin arrugas. Me saluda largando el humo.

La provincia de Yunnan es el sitio donde existe la más importante concentración de minorías étnicas de todo el mundo. Hay más chinos musulmanes con gorros blancos tejidos que árabes en toda Ara-

bia Saudita. Con sus delantales azules y sin perderse detalles, los Naxi caminan asombrados entre las tiendas. Vienen de compras los Lisu, que cruzan el cauce del Nujiang colgados de una cuerda. Flores rojas en los tobillos, son las muchachas Bai que sonríen mientras caminan. Veo a los preocupados Zhuan, cargando el doble de peso sobre sus espaldas que el resto de sus compatriotas. No sé si quieren terminar el trabajo en la mitad del tiempo o si, por las dudas, llevan dos veces lo que necesitan. Los Yi, quizá los más numerosos, son reconocibles a distancia. Los sombreros negros de sus mujeres parecen techos individuales de aproximadamente un metro de largo. De camisa blanca y chaleco rojo, bajan la cabeza para evitar la mirada del extranjero. Yo soy el extranjero. Entre tanto atuendo tradicional, andar por la calle con pantalones cargo, camisa de viaje y chaleco de fotógrafo me convierte en el individuo más raro y con mayor cantidad de bolsillos de este lado de China.

Pasé la primera noche en un cuarto de hotel con todas las comodidades, a un par de kilómetros del centro de Lijiang. Un último deseo que se me concedía antes de partir a la montaña.

Lei, mi intérprete, era un hombre de unos treinta y cinco años, bajo, delgado, de pelo corto y expresión seria. Caminaba con las manos en los bolsillos de una campera de género gris. Se mostraba amable, como si hubiera sido instruido para ello. Desde el momento en que nos conocimos, demostró espe-

cial interés por mis opiniones políticas. Demasiado para mi gusto. Qué pienso de la actitud de los Estados Unidos respecto de Oriente, qué opino del capitalismo como sistema de desarrollo, cómo veo el conflicto con la isla de Taiwán. Traté de responderle las primeras preguntas con la mejor buena voluntad pero a medida que avanzaba la conversación y Lei pedía precisiones, era evidente que había asuntos de política local sobre los que no tenía opinión alguna. Aunque me parecía que le dejaba en claro lo poco que podía aportar a las relaciones entre Washington y Pekín, Lei insistía. Algo me hacía sospechar que había recibido instrucciones precisas respecto de mí.

Apenas me registré, dejé la mochila en la habitación y salí a caminar por las calles. Dos horas más tarde, lo encontré. Luego de saludarlo y de hablar con él unas palabras, me alejé. Al llegar a la esquina me di vuelta y lo vi conversar con el dueño de la tienda que había dejado hacía unos minutos. Esa misma noche, todavía afectado por el cambio de horario, salí a las tres de la madrugada, desvelado, al pasillo. Quería bajar al *lobby* y preparar unas notas. Aunque Lei tenía una habitación asignada, lo vi fumando al final del corredor apoyado contra la pared.

—¿Necesitas ayuda para algo? —me dijo.

—No, gracias, Lei.

Volví al cuarto y a primera hora, cuando estaba listo para desayunar, nuevamente lo encontré. No

estaba en el salón, se había sentado en la cocina con los ojos a la altura del pasaplatos. Esta vez, con una taza de café y pocos miramientos, vino hasta mi mesa, se sentó sin pedir permiso y pidió que le explique, con lujo de detalles, a qué había venido. Le expliqué. Lei se puso algo agresivo tratando de traducir a un código político mi interés por la comunidad Mosuo. No podía entender qué hacía un sudamericano, solo, de un país desconocido, cargado de equipo para filmar, grabar y sacar fotos, yendo a su vez a un lugar ignoto, en el que él jamás había estado, para ver a unas mujeres. El diálogo parecía una cuenta a la que nunca le daba bien el resultado hasta que, a raíz de algo que dije, Lei hizo un comentario sobre su novia. Eso me dio pie para que le relatara una anécdota tan personal como graciosa. Lei, conocedor, asintió y hasta me dio un consejo. Aproveché para contarle algo que había averiguado en mi viaje anterior acerca de la manera en que los hombres Mosuo resuelven ese tipo de entuertos. Lei se quedó callado, se sirvió otro café y trajo a la mesa un plato de scons para compartir. Quería salir a la mañana siguiente, a más tardar a las cinco. Había que dejar Lijiang con la primera luz para poder llegar al Loshui antes de la caída del sol. Por delante nos aguardaban doce horas de camino de cornisa.

Así comencé el recorrido y ahora hace rato que estamos alejados de cualquier punto que pueda considerarse civilizado.

Una hora después de abrirnos paso entre las rocas, entramos en tierra Yi. Al borde del camino se levantan los poblados. Las mujeres suben por la ladera con canastos cargados de leña sobre las espaldas. Usan el pelo recogido y los trajes de colores oscuros. Las niñas crecen dobladas por el peso que llevan, como si cargar fuera algo inherente a la condición femenina. Lei me avisa que en unas horas vamos a pasar cerca de la casa de sus padres, una aldea Han.

Tenía calculada una provisión de agua, y me doy cuenta de que falta más de medio camino y mis reservas se agotaron. Lo que sí tengo en abundancia dentro de la camioneta es polvo, que además de olerse, me deja un sabor áspero en la boca. Debe ser el famoso gusto de viajar.

La camioneta avanza a los saltos por un trayecto accidentado y tortuoso. Para distraerme puedo elegir entre las nucas de Dorje y Lei o los poblados Yi que brotan al costado del camino.

Los padres de Lei son dueños de un criadero de peces en la montaña. En lugar de cultivar la tierra construyeron cuatro piletones que llenaron con un líquido oscuro. Nos detenemos. Al vernos bajar, una mujer mayor saca un pez del agua con su red de esterillas. Nos lo ofrece pero es imposible aceptarlo, debemos llegar al otro lado cuanto antes.

Lei y su madre se despiden de la misma forma en que se saludaron: sin la menor proximidad física.

Durante las siguientes dos horas, conductor e intérprete quedan enfrascados en una conversación

muy interesante en idioma mandarín hasta que, detrás de una curva, en lo alto de la cima, aparece el lago Lugu.

La forma en que se presenta la aldea es magnífica: un espejo celeste de agua mansa con algunas islas en su interior. Dan ganas de instalarse al costado del camino y que la contemplación sea la actividad del día.

Llegamos al poblado y me recibe una mujer. Me señala el lugar donde debo dejar mi equipaje. Los integrantes de la casa se acercan con recelo. Lo había olvidado, les despierto la misma curiosidad que ellos a mí. Hablan con Lei y me señalan. La matriarca, alejada, me saluda apoyada en uno de los pilares de la galería con una inclinación de cabeza y una expresión seria. Para mi sorpresa, es una mujer joven.

2

Son muy pocas las sociedades matriarcales que aún perduran sobre la tierra. Muy pocas y con grandes posibilidades de extinción.

Una de ellas, los Nagovisi de la isla de Bouganville frente a Papúa Nueva Guinea, al norte de Australia, integran una comunidad con marcada impronta femenina. Allí las tierras sólo tienen dueñas y los hombres dependen de los cultivos de sus mujeres. El concepto de matrimonio se refiere básicamente a dormir juntos y a la colaboración del hombre en la finca de la mujer. Ni ésa ni ninguna de las propiedades de la aldea lo tendrán alguna vez como dueño. Sólo pueden trabajar para ellas.

Entre los Nagovisi, si una pareja discute, la mujer puede prohibirle al hombre que tome los frutos de sus árboles y si la situación se prolonga no queda otra salida que la del divorcio o la inanición. Sin

embargo ésta sería una situación extrema. En general se los describe como disfrutando de su actividad y de la vida comunitaria.

Otro ejemplo es el de los Minangkabau que viven al oeste de Sumatra, en Indonesia. Allí, ser madre da la mayor jerarquía en la familia. Las mujeres son las responsables de proveer alimento, techo y educación a sus hijos. Guardianas de la economía, tienen la llave de la casa donde se acopian los bienes de la familia, la única llave.

Los Khasi habitan el nordeste de la India, en el estado de Meghalaya, un brazo del país rodeado por Pakistán, Bhután y Birmania. Tienen una cultura diferente de la del resto de sus compatriotas. Se caracterizan por ser amables, hospitalarios y de buen humor (si hay algo que las comunidades matriarcales tienen en común es el buen humor de sus integrantes). Para ellos, lo que identifica a una familia es el nombre de la madre en lugar del apellido del padre. Heredan sólo las mujeres y son ellas las que tienen los principales derechos.

En esa comunidad, es costumbre tener todos los hijos necesarios hasta lograr que por fin nazca una niña. Ésa es la forma en la que el clan se perpetúa.

Tanto para los Nagovisi como para los Khasi, el cuerpo femenino es la encarnación de las fuerzas de la naturaleza, la vida misma en su capacidad de procrear. Se las identifica con el sol, por el calor que genera el deseo y por su luminosidad.

Si una familia no tiene los recursos suficientes para mandar a todos los hijos al colegio, son los varones los que quedan analfabetos.

El estado de Meghalaya, en el nordeste hindú, es quizás el único sitio del planeta que alberga un movimiento de emancipación masculina: Synkhong Rympei Thymmai, La Sociedad del Nuevo Corazón. Son más de mil los miembros que, sintiéndose extraños en su propia familia, decidieron reunirse para reclamar. Sus dirigentes, un grupo de universitarios, recuerdan la humillación a la que sus madres sometían a sus padres. La asamblea de hermanas, una especie de tribunal familiar que echaba maridos y que, según cuentan los miembros del movimiento, no otorgaba la gracia de despedirse de los niños, era el principal ejemplo. Nadie en el hogar tomaba realmente en serio al hombre de la casa, el miembro de menor jerarquía.

La Sociedad del Nuevo Corazón recibe el apoyo de la Iglesia Católica, que se muestra muy interesada en que prosperen los reclamos por los derechos del varón y también en captar la mayor cantidad de fieles entre los opositores a la supremacía femenina. Es muy difícil para el cristianismo, una religión de Dios padre, penetrar en una cultura matrilineal. Nadie va a volverse temeroso del Señor si en casa manda una señora.

Los Mosuo son originarios del Tíbet. Emigraron a la región de Loshui poco antes de la era cristiana. En el siglo XIII, antes de conquistar China, el em-

perador Kublai Khan atravesó la zona encabezando las huestes del ejército mongol, conocido por contar con guerreros capaces de sostenerse sobre sus caballos durante toda una campaña. Dice la leyenda que podían andar, alimentarse y dormir sin pisar tierra. Kublai, buscando que sus jinetes pudieran beber de los pozos de agua de la región, reagruparse y descansar para continuar su cometido, permitió que, por una vez, desmontaran luego de varios meses de travesía. Un verdadero alivio no sólo para los mongoles sino también para los abnegados animales que los cargaban sobre sus espaldas, un poco hartos de la vocación de sus dueños.

Ya en tierra les fue fácil sociabilizar con los lugareños. Lo hicieron de manera tan prolija que los rasgos mongoles junto a los tibetanos y finalmente a los chinos dieron como resultado la actual fisonomía de la comunidad.

La actividad económica principal, el sustento, les proviene del trabajo que desarrollan en los campos; cultivos y cría de animales. Practican el comercio con las aldeas vecinas y con la ciudad de Lijiang que, a doce horas de camión, es el centro urbano más próximo. El clima es riguroso en el invierno y durante varios meses es imposible cualquier actividad productiva; la nieve se vuelve la única dueña del poblado.

3

"¿Qué me trajo hasta aquí?", me pregunto, sentado sobre un catre, en algo parecido a un cuarto, con el equipaje sin desarmar, en el hogar de una familia Mosuo. La ventana está abierta y da, como todas, a un patio descubierto. Desde allí me llega la voz de la matriarca impartiendo órdenes. Se llama Yasi y es una mujer llamativamente joven, llamativamente atractiva y llamativamente enérgica que se olvida de mí en cuanto se asegura de que estoy acomodado.

Me hospedo en una casa típica de la zona. Está hecha de troncos y consta de planta baja y primer piso. Las habitaciones dan a un patio central. Me impresiona la velocidad con que la matriarca lo cruza. En un rincón hay dos hombres sentados. Ella sale de una habitación y avanza en diagonal con un brazo extendido hacia adelante. Les grita. Ellos se levantan y salen cargando cada uno un canasto.

Cuando vuelve el silencio me asomo por la ventana. No hay nadie. Siendo sinceros, lo único que me inquieta es que esté la matriarca. Salgo al patio y miro alrededor. Los colores que eligen para pintar las paredes exteriores son rojos, azules y amarillos. Los techos tienen el estilo pagoda con los extremos afilados y rizados hacia arriba. Parecen babuchas turcas. El portón que da a la calle es la entrada general a la vivienda familiar. Por allí acaban de salir, con la cabeza baja, dos que cargaban canastos.

Camino hasta el ala más antigua, lo que llaman la casa tradicional. En el centro de una sala amplia, arden a toda hora algunos troncos sobre el piso. El lugar del brasero es, en toda vivienda Mosuo, de capital importancia.

Veo que alrededor del fuego las paredes están tiznadas. En el techo, unas hendiduras del tamaño de un dedo le dan al humo una vía de escape. Ésta es la zona donde el calor está asegurado. Aquí se cocina en enormes ollas de hierro y aquí mismo se come. A un costado, sobre una mesa amplia, acomodaron la vajilla. Desde los travesaños cuelgan piezas enteras de jamón sostenidas por ganchos. Cerca del fuego, en el sector de privilegio, dos tarimas están cubiertas con cueros de oveja. Parecen más blandas que las demás. Sobre ellas duermen las mujeres mayores de la casa. Encima de un mueble oscuro, un Buda rodeado de ofrendas está dispuesto a recibir la oración. Me doy cuenta de que la sala hace las veces de cocina, comedor, altar y

dormitorio. Es el sitio obligado de reunión, donde transcurre la mayor parte de la vida cotidiana y el lugar donde se recibe al visitante con una taza de té de manteca.

En la sociedad matriarcal, en el punto de la tierra de mayor concentración de poder en manos femeninas, la responsabilidad de mantener la llama ardiendo no se comparte. La mujer es la encargada de que el fuego del hogar nunca se apague.

Salgo y vuelvo a cruzar el patio en dirección al ala opuesta, donde se levantan las viviendas de las mujeres adultas de la familia y donde transcurre la vida amorosa de las Mosuo. Son sitios exclusivos para aquellas que alcanzaron la pubertad. Luego de la ceremonia de iniciación, cada mujer de la aldea tiene acceso a un cuarto propio. Ésta es una diferencia marcada con los hombres. Ellos viven con sus madres donde tienen asignadas habitaciones de uso común.

Las mujeres, en cambio, cuentan con un sitio reservado, un lugar donde pueden estar a solas, velar sus detalles y volverse íntimas. Entrarán exclusivamente quienes ellas quieran y cuando ellas lo dispongan.

En la puerta del cuarto hay un gancho de madera. Allí cuelga la gorra el compañero que ella elige para que la visite esa noche. La gorra en la puerta es una señal, le avisa a cualquier otro que venga a probar suerte que la mujer está ocupada y no desea que la molesten.

Al vínculo amoroso lo llaman "axia" o matrimonio andante. El matrimonio andante se parece muy poco a lo que en Occidente se entiende por matrimonio. Cada uno vive en su casa. Por la noche el hombre visita en su cuarto a la mujer con la que haya arreglado una cita. "Xia" significa amantes, y en este caso la letra "a" es un prefijo que indica intimidad.

Es habitual que este tipo de visitas sean furtivas y que se mantengan la discreción y el sigilo. Hay que evitar que los parientes se enteren. La rama masculina de la familia, bajo ningún aspecto, debe tener la menor referencia, alusión o indicio de la sexualidad de las mujeres de la propiedad. Por eso las visitas ocurren tarde, cuando los mayores ya han caído en un sueño reparador y discreto.

Cada vez que salgo a caminar antes de dormir, me cruzo con grupos de amigos que después de la cena y hasta la medianoche se reúnen a la orilla del lago. Ésa es la hora en la que parten en busca de sus amantes. Para ser atendidos golpean despacio la puerta, tiran piedritas sobre el techo o se cuelgan de las ventanas. La mujer siempre es la que recibe, el hombre debe ir por ella, a la casa de ella. Lo contrario es tabú.

Mantener este tipo de relación no implica ningún vínculo. La visita dura lo que la noche dura y no significa volver a verse. Si los encuentros no se acordaron previamente, sólo el hombre sabe en busca de quién irá. A la que aguarda en el cuarto le

queda el interrogante de saber cuál de ellos será el que golpee su puerta.

Tanto los miembros de otras aldeas como los viajeros pueden tener axia con las mujeres Mosuo. Pero ellas se cuidan de franquearle la entrada si son de trato poco amable o gustan de expresarse con términos procaces.

Cuando los visitantes vienen de lejos, la mujer se siente orgullosa de cómo se extendieron las noticias de su belleza. Es una sociedad de mujeres fuertes, dominantes y con carácter. Pero ser atractiva, mantener la capacidad de seducción y ser considerada bella es tan importante como en las sociedades patriarcales.

Las damas disponen además de otro privilegio. Cuando lo prefieren, cierran la puerta.

Vuelvo a mi cuarto. La matriarca sale hacia la calle por el portón principal. El sonido del manojo de llaves que le tintinea sobre la cadera es lo último en irse. Sentado nuevamente sobre el catre, caigo en la cuenta de que en algún momento voy a tener que desempacar. Desde mi ventana veo una de esas habitaciones donde una joven cepilla su pelo frente a un espejo. El pelo es negro y el mango del cepillo es de plata. Se me ocurre que, mientras se peina, repite el gesto de su madre y el de la madre de su madre. Pareciera que en secreta asociación con el espejo, la mujer queda en paz mientras insiste en el heredado ritual de embellecerse.

Sobre una de las sillas hay un tocado. La muchacha lo toma y acomoda las tres hileras de perlas que

lo decoran. Lo levanta apenas, lo sostiene con ambas manos e inclina la cabeza para colocárselo. Los hilos negros del postizo le espesan todavía más el pelo negro. Recién entonces divide su cabello en tres partes y comienza a trenzarlo. Pero, antes de empezar, deja el cepillo sobre su falda y mira el lago por la ventana. Cierra los ojos y afloja los hombros. En pocos días más sabré su nombre, Lie Jien, y sabré que tiene veinte años y una expectativa. Se la ve tranquila pero después, cuando decida que no volverá a mirarse en el espejo, comenzará a esperar. Entonces el tiempo ya no estará en sus manos. Sólo le quedará mirar las sombras por la ventana y preguntarse si su enamorado vendrá o no. Estará a merced de un hombre aunque ese hombre no lo sepa.

Por eso vuelve a tomar el cepillo que dejó sobre su falda. Por eso se desprende del tocado y lo regresa a la silla. Está construyendo un retraso. Volver a arreglarse, demorar un poco más, demorar.

4

Los primeros días recorro la aldea. La calle principal es un cinturón de tierra que bordea el lago. Son dos o tres hileras de casas, y luego los campos de cultivo. Más allá las montañas. En la punta, la entrada de la villa y un embarcadero. En el medio del poblado y siempre frente al lago, un centro de medicina china y tres o cuatro negocios. A pocos kilómetros hay otras aldeas Mosuo y, cruzando, en la otra orilla, algunas más. El lago es inmenso. En una de las islas que tiene en su interior se ve, en los días sin niebla, un monasterio. Hay caballos y cabras y gallinas que se escapan con facilidad de los corrales de las casas. Todas las construcciones son de madera o de piedra. Durante el invierno, la nieve, abundante, uniforma la geografía con un único color.

Salgo por la calle principal, me asomo a las fincas que más me llaman la atención y trato de saludar y sonreír a la mayor cantidad de vecinos. Bus-

co un lugar para comprar agua mineral, baterías y velas. Me fijo cuáles son los sectores de la villa con mayor movimiento. Intento registrar las caras de los que me miran con curiosidad, recordar a las jóvenes que ríen cuando las saludo y reconocer a los que se muestran hospitalarios. Tengo una sensación constante de ridículo pero necesito hacerme ver. Si paso inadvertido, mi posibilidad de lograr buenos contactos cae vertiginosamente. En honor a la verdad, siendo un occidental, tampoco es que me cueste demasiado que se corra la voz de que hay alguien extraño, muy extraño, a orillas del Lugu. Ése es un beneficio que me permite reconocer a quienes tienen algún interés en presentarme a sus semejantes. Por eso es que le pedí a Lei que me dejara caminar solo. En cuanto a Dorje, mucho no me preocupa, el tibetano muestra a las claras una particular vocación para la siesta.

Así fue como en mi primer día conocí a Sanshie, algo que no ocurrió exactamente por casualidad. Sanshie vive en la finca vecina a la que ocupo y apenas me vio traspasar la puerta hizo un gesto para que la siguiera. Lei se estaba acomodando en su habitación y no había forma de que Sanshie y yo pudiéramos entendernos sin su presencia. Igual la seguí, entré en su casa y tomé con ella mi primera taza de té de manteca.

Mi vecina es una mujer de cincuenta y dos años, pollera larga y cara redonda. Parece de esas personas que se levantan demasiado temprano y circulan

por la vida con un exceso de energía. Ella fue una llave importante durante todo el período que pasé entre los Mosuo y cuando la conocí, aunque no entendiera lo que me decía, me resultaba claro lo sociable que era.

Durante mi estada en Loshui, no pasaría un solo día sin visitarla, pero la primera vez no supe cómo despedirme rápido y de manera educada, así que lo hice lo mejor que pude, inclinando y levantando el torso varias veces al estilo japonés.

Avanzo por la calle principal y nada a mi alrededor coincide con la fantasía occidental de lo que es una sociedad matriarcal. Algunos la imaginan como una estructura familiar donde los roles están invertidos. Algo así como un patriarcado de signo contrario, con los hombres ocupados en las tareas de la casa, lavando la vajilla al tiempo que acunan a un niño que demora en dormirse.

En este marco las mujeres podrían reunirse para fumar o simplemente para hablar sobre cosas de mujeres. Una de ellas, con un lenguaje poco sutil, describiría el estado atlético de un vecino que en ese momento pasa apurado para preparar la cena. Tal vez un hombre con la cabeza gacha se acercaría a la dueña de casa. Fastidiada por la interrupción, la matriarca le preguntaría, en tono de reto, si ya aprendió cómo se trata a una mujer porque es evidente que no, que todavía no. Luego lo citaría para el día siguiente a esa misma hora, recordándole que traiga un regalo para arreglar un poco las cosas. Po-

dría ocurrir que en esta comunidad primara la libertad sexual y que, por las noches, luego de un rito de adoración a la diosa madre y a instancia de las sacerdotisas de un culto que las mantiene en permanente estado de deseo, continuara la celebración en un berenjenal de cuerpos a la luz de la luna. Durante el trance, las damas podrían dejar de serlo y entre varias atacarían sin piedad a un esmirriado efebo que se esconde agotado entre los árboles, harto de resultar sexy para alguna de las formadoras de opinión de la sociedad matriarcal. Otra extravagante fantasía masculina acerca de las mujeres.

Lo femenino puede resultar incomprensible para el hombre y el intento por descifrarlo da lugar a este tipo de conjeturas. Tratar de entender cómo piensa una mujer quizá sea uno de los motivos por los que queremos tener una cerca.

Al mismo tiempo que el psicoanálisis nacía en Europa preguntándose ¿qué quiere una mujer? —interrogante que echó en el diván a miles de individuos—, en el subcontinente indio, los cazadores de cabezas cobraban sus presas entre las mujeres de las aldeas vecinas para encontrar la esencia del alma femenina revisando el botín. Un enigma que supo mover, como pocos, el interés por conocer.

5

Una mujer Mosuo lava ropa en el lago. Hace equilibrio sobre un tablón que se adentra unos metros en el agua como una pequeña escollera. Así, en cuclillas, sin mojarse, puede enjabonar, fregar y enjuagar la ropa en lo que se convierte, por un instante, en su porción particular de lago. Desde la calle principal veo a una vecina que se le acerca.

La que está restregando su casaca es Tsie y quien acaba de llegar es mi amiga Sanshie.

La he visto antes. Sanshie siempre camina por la orilla cargada con un canasto de ropa para encontrarse con otras mujeres. Se acomodan en la punta de la madera para comentar las novedades de la aldea mientras refriegan puños y cuellos. Terminan la tarea satisfechas, no tanto por el resultado obtenido con las prendas, sino por haber podido hablar una hora corrida sin necesidad de interrumpir los quehaceres. Una conversación entre vecinas, viejas conocidas de

entre treinta y cuarenta años que retoman una charla que se teje a diario, un ejercicio que las convierte en mujeres muy allegadas entre sí.

Sanshie es amiga de Tsie. Ese día preparó la ropa y esperó hasta ver que Tsie se acomodaba en el tablón. Tomó su canasto y se acercó como todas las tardes.

En varias oportunidades la escuché lamentarse por la suerte de su amiga Tsie.

—Sólo tiene hijos varones —me decía con amargura. De inmediato agregaba, luego de servirme otra taza de té, que ella se consideraba afortunada pues había engendrado a tres mujeres con las que pudo construir una finca próspera.

La desgracia de Tsie no acaba con tener sólo hijos varones, tampoco tiene hermanas. Tanto Sanshie como Tsie habían alcanzado el límite de hijos permitido. Tres ya es un privilegio.

El control de natalidad en China es sumamente estricto. El alimento que se produce debe alcanzar para todos y si la población no decrece, las hambrunas están listas para hacer una visita; una de esas visitas temibles de las que uno no puede desprenderse. El Estado permite tener un solo hijo. La pareja que pretenda dos corre el riesgo de perder el empleo, renunciar a los beneficios sociales o pagar una multa que la dejará en la calle. Pero como los Mosuo están considerados minoría étnica, el gobierno, que hoy en día tiende a preservarlas, les permite tener hasta tres hijos.

Tsie y Sanshie tienen la misma edad, pero Tsie parece mucho mayor. Está sola con tres varones, una situación que, en la aldea, puede agotar a cualquiera. Si bien sus hijos fueron útiles a la hora de levantar una vivienda confortable, hacerla funcionar cuando no hay otras mujeres en la casa se vuelve una situación espantosa.

La familia de Sanshie, en cambio, es una familia sin hombres. Sanshie no tiene hermanos ni hijos. Pero eso no es un verdadero contratiempo. Ha dado a luz a tres muchachas fantásticas que aprendieron el don de mando desde niñas y trabajan duro tratando de que la finca crezca. De la tierra obtiene buenos resultados, pero para tareas realmente pesadas —traer troncos, cargar bolsas de cemento, alisar el piso, asegurar las tejas del techo— deben contratar trabajadores varones. Son mujeres vigorosas, capaces de andar kilómetros con un cesto de leña que las dobla en tamaño sobre las espaldas. Pero construir una casa es demasiado y los hombres son hábiles para eso.

La familia de Tsie es una de las más humildes de la villa. Sanshie me comentó lo que estaba por decirle. Lo que le propondría a Tsie resultaría, sin duda, provechoso para su amiga.

La hija de Sanshie ya cumplió los trece y hay que planear el rito para iniciarla en la vida adulta. Para ello es necesario construirle una casa dentro del predio familiar. Debe ser un lugar íntimo, propio, el lugar de una mujer. Una prerrogativa femenina a la que los varones nunca acceden.

Sanshie tratará de pactar un precio en moneda para que uno de los hijos varones de Tsie la ayude con la construcción. A Tsie le vendrá bien ese ingreso, será de los pocos que no esté generado por ella misma.

Tsie comienza la conversación, alegre de compartir un buen momento con Sanshie, quien le comenta, a su vez, lo crecida que está la niña y su proyecto de armarle un sitio para la intimidad. De inmediato van al punto. Intercambian unas pocas frases y rápidamente acuerdan un precio para comenzar lo antes posible.

Dos días más tarde vuelvo a fracasar en mi intento de hacerle una entrevista a Yasi, la matriarca de la casa en donde vivo. Siempre hay una complicación. La de hoy es que tiene que ir a otra aldea y le es imposible atenderme. Me queda la mañana libre y, como de costumbre, en los momentos en que no tengo nada programado, voy de visita a lo de Sanshie.

El hijo de Tsie y otros dos hombres están trabajando en la construcción. Se nota que Sanshie sabe exactamente lo que quiere. Parada en medio del patio se hace entender a viva voz, con los brazos apoyados en la cintura. Donde ahora hay un espacio vacío se levantará una casa antes de la primera nieve y ella sabe que es importante supervisar para que los plazos se cumplan.

El hijo de Tsie, que trabaja en uno de los andamios de troncos, es Han Tsie. Han es su nombre y Tsie el apellido de su madre. Es el enamorado de Li Jien, la joven que se peina frente a la ventana.

Después del primer día de trabajo Sanshie lo llama, quiere hablarle a solas. Han Tsie la oye y baja de inmediato. La matriarca lo invita a la sala principal de la vivienda y Han la sigue. Como Sanshie me había prometido ayuda para encontrarme con la máxima autoridad de la aldea, y la entrevista de hoy no pudo llevarse cabo, estoy aguardando en la sala principal de la casa de Sanshie, tomando mi cuarto té de manteca.

Han Tsie entra por la puerta principal agachando la cabeza. En toda la villa las puertas son bajas, detalle que obliga a inclinarse a cualquiera que la traspase. Es un signo ineludible de respeto por la familia.

Han Tsie se sienta y le sirven una taza de té y un plato con semillas de girasol. Sanshie viene hacia mí con otro tazón humeante y la intención de volver a convidarme. Por suerte ya tenemos confianza como para que le diga, sin ofenderla, que el té que tomé durante el día es una dosis más que suficiente para un occidental educado, voluntarioso y bien dispuesto.

La matriarca le pregunta al joven Han Tsie por su madre. Él responde que está recolectando pimientos. Es fácil advertir que Sanshie sabe más de la vida de su amiga Tsie que lo que alguna vez pueda llegar a

enterarse Han, su propio hijo. Pero Sanshie necesita comenzar con algunas frases de cortesía antes de pasar a su tema favorito.

—Dime, ¿visitas a alguna mujer?

Han sonríe, inclinando la cabeza. Aunque quiera disimularlo, se nota que sólo piensa en Li Jien. La muchacha lo tiene cautivado.

Sin darle tiempo a responder. Sanshie agrega:

—Si no lo haces, tengo alguien para presentarte, ¿sabes de quién hablo? Vale la pena.

Ya le había escuchado este tipo de frases. Fue uno de los primeros comentarios que me hizo ni bien nos conocimos y pudimos entendernos. No sé cómo hace, pero siempre tiene a alguien para presentar. Le encanta que los jóvenes busquen cobijo en otros brazos jóvenes, disfruta al verlos caminar por la orilla del lago o emprendiendo una cabalgata al atardecer.

Han Tsie guarda silencio y Sanshie, sin dejar de sonreír, le entrega un puñado de yuanes. Es el precio convenido con Tsie. Como en la aldea no hay días de descanso, se despiden hasta la mañana siguiente.

Han Tsie regresa a casa de su madre con el pago por su trabajo. Tiene veintiocho años y es el más alto de los hermanos. Usa botas de cuero por encima de los pantalones de lona, una casaca de color amarillo intenso y un sombrero de ala angosta. Con la paga recibida en lo de Sanshie hará lo que hacen todos los hombres de la aldea: se lo entregará a su madre.

Pero en esta oportunidad Han necesita unos pocos yuanes. Es la noche del baile y quiere comprar algo. Si tiene suerte y la muchacha acepta, tendrá una cita a la que no quiere llegar con las manos vacías. Un regalo le facilitará el acceso a la sonrisa de Lie Jien y, de paso, también a su cuarto. Precisa unos billetes para hacerle esa compra a su Lie Jien. ¿Y qué hacen los hombres de la aldea en estas circunstancias? Les piden el dinero a sus madres.

6

—Nos invita a almorzar —traduce Lei. Ma La Tsu me hace el cortés ofrecimiento, ni bien nos saludamos.

—Sí, con mucho gusto —le pido a Lei que le responda.

—Es lo que le contesté. —Lei ya me conoce lo suficiente como para anticiparse.

Estoy comprando agua mineral en una proveeduría de la calle principal de la aldea. El local es un dormitorio al que le derribaron una pared para abrirlo al paso de los caminantes. Tiene pocas mercancías: cigarrillos, algún artículo de bazar, té y agua mineral.

Ma La Tsu ha venido en busca de un aderezo de la región. Delgada y de unos cuarenta y tantos años, es una de las mujeres que veo a menudo en el embarcadero. Cuando cae la tarde suelo pasar por allí con la cámara. Ése es uno de los puntos de reunión

para quienes, terminada la jornada de trabajo, quieren reunirse a conversar. También es un buen sitio para pactar una cita.

Nunca vi a Ma La Tsu con el atuendo tradicional. Está vestida con un traje gris de pantalón y saco y lleva el pelo recogido bajo una boina al estilo Mao.

Ma La es la matriarca de la casa Tsu. Tiene tres hijas y su familia no es de las más numerosas. En total son doce personas.

Los Mosuo denominan "familia" a los que tienen entre sí un lazo de sangre directo y conviven en la misma propiedad, la vivienda del clan. La figura principal es la matriarca. Con ella viven sus hijos, su madre y sus hermanos, tanto varones como mujeres. También forman parte del grupo los hijos de las hermanas y los nietos. No existen los maridos. Los hombres sin lazo sanguíneo directo con la matriarca pertenecen a otra casa y duermen bajo otro techo. Esto implica total ausencia de padres y abuelos, a quienes se desconoce o, en el mejor de los casos, se considera de otra familia. Los varones que habitan en la propiedad son solamente hermanos, tíos e hijos. Es muy diferente de una familia occidental pero se lo toman tan en serio y son tan conservadores, que la idea oficial de familia conformada por padre, madre e hijos se ve seriamente cuestionada. Quizás un concepto para los tiempos que corren podría ser: dos o más de dos que están de acuerdo en que lo son (familia) y que, además, tienen al menos una prohi-

bición —el incesto— que funciona para dos o más de dos de sus miembros.

Entre los Mosuo la prohibición rige en forma rigurosa, básicamente para los parientes reconocibles. La madre, los tíos y los hermanos del lado de la madre.

Sé que si quiero establecer un buen vínculo debo ser cuidadoso con las formas. El único problema es que ignoro cuáles son esas formas. Las comunidades, aunque parezcan exóticas y liberales, suelen ser susceptibles con sus convicciones y prestan especial atención al trato que reciben del visitante. Extranjero con obsequios, a la hora de compartir techo, historias y comida, es mejor visto que forastero que sólo trae preguntas y manos vacías.

Cuando pensé en qué llevar, tuve en cuenta que China es la mayor productora mundial de regalos baratos —difícil competir con eso y sorprenderlos— y que, además, esos regalos tenían que dar cuenta de mi lugar de origen. Ellos me contarían acerca de su tierra y yo podría hacer lo mismo con la mía. Eso facilitaría el diálogo, permitiría una conversación más abierta y tal vez podrían olvidarse de que eran objeto de mi observación.

Lo mejor es un regalo para cada ocasión. Como esperaba que los encuentros fueran numerosos, tuve que tener en cuenta el lugar que ocuparían en mi mochila y el peso de cargarlos.

Pensé: el barrio de La Boca, al sur de la ciudad de Buenos Aires, con su puerto, es un buen lugar para ir de compras. Ahí fui. Mientras caminaba por las calles de veredas elevadas para evitar inundaciones, confirmé que en los negocios pueden encontrarse postales, mates con escudo, llaveros con obeliscos y tallas de guapos insomnes recostados contra faroles verdes. Pasear por Caminito y entrar en sus negocios ofrece una idea aproximada de lo que significa ser turista en la ciudad donde se vive; bailarines de tango, sacos ajustados, pañuelos al cuello y funyis (sombreros típicos) son, en este lugar, el uniforme porteño.

Me dije: tango, ¿por qué no? No ocupa lugar en la valija, es autóctono y puedo enseñarlo a cuantos quiera las veces que quiera. Si se me acaban los souvenirs, reparto milonga. Volví a entrar en los negocios para buscar las grabaciones tradicionales, los temas que se hicieron populares de tan contagiosos y fáciles de tararear. Sólo me quedaba resolver un detalle, aprender a bailarlo.

Consciente de que el ritmo nunca fue uno de mis fuertes, confiaba en que los habitantes del suroeste de China tomaran mi ineptitud para la danza como el estilo típico de los bailarines del Río de la Plata.

Empeñado en resolver la situación, comencé la búsqueda. Poco tardó en llegar a mis manos un aviso: *La Viruta – Martes, miércoles y sábado, escuela de tango, todos los niveles*.

En el subsuelo de un restaurante armenio funciona la academia. Seis parejas de profesores, rigurosamente vestidos de negro, le dan clase a cientos de alumnos en un salón enorme con mesas a los costados.

Nivel de principiantes. Los caballeros nos mostrábamos dispuestos a sacarle brillo al piso y las damas a provocar con el pantalón ajustado o un escote generoso.

Nunca pude pasar del primer nivel, pero cada tanto me infiltraba en el superior, la pista donde se practicaba el ocho.

Era engorroso explicar mi interés por aprender el paso de la mujer, pero si quería enseñarlo en China, no tenía otra opción.

Un sábado a la noche, mi compañera de baile —una morocha más alta que yo, con quien tenía que practicar el paso básico—, me conmovió con una pregunta directa.

—Y vos, ¿por qué venís a aprender el tango?

Pensé en explicarle que estaba por viajar a China, a una comunidad matriarcal a la que quería acercarme con algo que tuviera que ver con nuestro acervo cultural. Además, el tango tiene un estilo dominante por el lado del varón y era mi intención ponerlo en juego en otra estructura donde los roles estuvieran invertidos para ver cómo se la arreglaban los cuerpos.

—Y, no sé, está de moda ¿no? —respondí.

En el tango el hombre debe llevar y la mujer de-

jarse llevar. Con paso seguro y una firme presión de la mano en la espalda de la compañera, el varón dirige. Me intrigaba saber cómo se las arreglarían los Mosuo para recrear a un taita y a su mina, sobre todo cuando esa "mina" es una matriarca.

Al entrar en casa de Ma La Tsu tengo que inclinar, como todos, la cabeza. La puerta es baja y obliga al gesto. En mi mochila traigo los regalos que compré antes de viajar. Me pregunto si serán suficientes. Ma La Tsu me invita a pasar y me señala un lugar cerca del fuego. Me siento sobre un banco bajo. Apoyado sobre el fuego hay un anafe de hierro y encima, una olla humeante. A un costado, una mujer joven prepara la comida.

Precedida por una canción de tonos agudos, llega una amiga de la dueña de casa. Se abrazan y Ma La Tsu le comenta algo sobre mí. Un hombre blanco en la aldea es todo un acontecimiento. Invitarlo a comer les resulta distinguido. La recién llegada sonríe y me saluda.

—¿Se conocen desde hace mucho?

—Sí —se miran entre ellas—, desde hace mucho, además una amiga es como familia. Nos vemos todos los días y no quería que se perdiera esta reunión. No siempre recibimos invitados extranjeros para el almuerzo.

Me sorprende la forma en que se miran. He visto en la aldea grupos de mujeres caminando de la

mano, disfrutando de estar juntas y arreglándose los tocados. Cuando están en grupos ejercen cierta picardía y parecen listas para cualquier broma de doble sentido. En la sociedad matriarcal, la amistad entre mujeres es algo siempre presente, muy difundido y estable a lo largo del tiempo. Jamás escuché hablar mal a una de la otra. Ni siquiera cuando se trataron de conversaciones acerca de los hombres advertí algo parecido a la rivalidad.

Ma La Tsu se acerca con semillas de girasol y un vaso con bebida que, me doy cuenta, tiene alcohol. Se arrodilla y lo deja sobre una mesa cerca de mí.

—Zulima —me dice.

La zulima es suave, de color amarillento y sabor apenas dulzón. Una bebida elaborada por ellos mismos, propia del lugar.

Entran dos hombres y me saludan con una inclinación de cabeza. Les respondo de la misma manera. Deben tener entre treinta y cuarenta años, pantalones de campo, cinturón ancho y casaca. El más joven lleva en brazos a un niño de un año y medio, a lo sumo dos. Es el hijo de su hermana, un bebé de cara redonda al que han abrigado más de lo necesario. Me doy cuenta de que el pantaloncito está abierto atrás, dejándole la cola al aire. Ésta no es una costumbre exclusiva de la comunidad, es frecuente, en toda China, cuando los chicos están en edad de dejar los pañales. Debe darles resultado porque lo cierto es que los chinos adultos llevan, invariablemente, los pantalones cerrados por detrás.

Tras una indicación de Ma La Tsu, uno de ellos la sigue hasta un cuarto contiguo. Es una especie de despensa a la que me invitan a pasar. Sobre unos estantes de maderas se ubican seis o siete cerdos que han sido elaborados a la usanza Mosuo, el *zhubiaorou*. Para prepararlo hay que sacrificar al animal, eviscerarlo, deshuesarlo y rellenarlo con cebollas, ajo, sal, jengibre y otras especias. Después llega el momento de coserlo y dejarlo reposar en un sitio frío y libre de humedad para que se deseque naturalmente. Durante diez años. Cuando llega el momento de servirlo, lo raspan con un cuchillo y después lo lavan con agua caliente.

El hermano de Ma La Tsu toma un *zhubiaorou* y me pide ayuda para bajarlo. Es mucho más pesado de lo que parece. Apoya al animal en el suelo y lo corta en trozos que apenas se hervirán antes de quedar listos para servir.

Cuando reciben invitados, ofrecerles *zhubiaorou* es una forma de agasajarlos. En el plato me dejan cinco pedazos de grasa pura de un cerdo muerto hace diez años. Lo voy a comer, es una decisión. Éste es un momento donde me pesa no hablar chino con fluidez para poder agradecerlo como es debido.

Espero ver a los hombres ocuparse, al menos, de lavar la vajilla. Sin embargo las tres mujeres velan por los comensales. Extienden con ambas manos la fuente y bajan la mirada para invitar a servirse. Mientras tanto, ellos comen y cuidan que el niño no se acerque demasiado al fuego.

—¿Cómo se dividen las tareas de la casa? —le pregunto a Ma La Tsu.

—No se dividen, las mujeres tenemos a nuestro cargo toda la labor. Preferimos que sea así, de esa manera se hacen mejor y más rápido.

Sospecho que no es lo único, que no es sólo una cuestión de orden práctico. Cuando se acercan con alguna fuente y me sirven, cuando cuidan que mi copa esté llena, siento que me están atendiendo. Es una actitud diferente de las que mantienen en los lugares de trabajo, donde se dedican a impartir órdenes. A la hora de comer, la mujer sirve al hombre. Y no es sólo conmigo porque soy un invitado, hacen lo mismo con el resto de los hombres de la casa. Ellas, jefas y propietarias, se reservan esta tarea para sí y nada hace sospechar que ese almuerzo se desarrolla en una comunidad matriarcal. Por lo menos en la que yo me había imaginado.

Durante el almuerzo hay momentos en los que se conversa y otro en los que se come en silencio. Nada especial. Cuando veo que están recogiendo los últimos platos busco en mi mochila los regalos que traje.

—Ésta es una postal del sur de mi país, donde tenemos lagos como el Lugu. —Miran una foto del Nahuel Huapi que después apoyan sobre una repisa.

—A esto lo llamamos mate y esto otro es una bombilla. —Toman el mate con una mano y la bombilla con la otra. No tengo regalos para todos así que respiro hondo y digo:

—Como ustedes, nosotros tenemos un baile, el tango. Podemos escuchar este casete y, si quieren, un día puedo enseñarles algunos pasos.

Aceptan de inmediato. Ma La Tsu trae un grabador y coloca la cinta.

En la aldea Mosuo, cercanos al Tíbet y en el enclave matriarcal del planeta, el maestro Pugliese arranca con *La Yumba*.

7

A la mañana siguiente me acerco a Tsie, que está absorta trabajando en su máquina de coser Singer. Apoya el talón en el piso y con la punta del pie empuja un pedal de hierro negro que activa una rueda lateral. Tiene una hebra de hilo rojo en la boca, la cabeza inclinada y el entrecejo fruncido. Sujeta el extremo de un género de color amarrillo y lo va deslizando por debajo de la aguja. Logra así los últimos remates de una casaca. La saludo y le pregunto si ella se confecciona la ropa.

—Sí —me contesta—, pero esta casaca es para la hija de Sanshie. —Tsie advierte que no entiendo y se dirige a Lei para que me traduzca.

—Dentro de un par de días tendrá lugar la ceremonia de iniciación y los allegados a la familia le preparan regalos. Los más cercanos se ocupan de la vestimenta, un tema importante ya que el tipo de atuendo es lo que distingue a un niño de un adulto.

—¿Puedo participar de la ceremonia?

Tsie levanta los ojos y hace un gesto con la boca. Sonríe pero no me contesta. Vuelve a concentrarse en la costura y le dice algo a Lei. Lei me mira y reprime una carcajada. Me palmea la espalda, es el primer gesto amistoso que me dedica.

Los Mosuo no festejan los cumpleaños, sólo conmemoran tres ocasiones: el primer mes de vida, la entrada a la adultez y el funeral. Como en el primer evento no tienen conciencia de lo que está ocurriendo y en el último la han perdido por completo, la única oportunidad que les queda de participar activamente cuando son homenajeados es en el rito de iniciación. La ceremonia se lleva a cabo durante el mes del festival de primavera y es un ingreso brusco a la vida madura.

En pocos días, Sinshie, la hija de Sanshie, junto a otros niños mayores de trece, será considerada una adulta. El festejo incluye a los varones pero a ellos no se les otorga la misma importancia. Que una jovencita sea considerada una mujer conlleva un status social superior y, a diferencia de lo que pasa con los varones, les produce un cambio radical en sus vidas.

Lei me acompaña hasta lo de Sanshie que, atareada, prepara unas botas de cuero. Las está confeccionando a mano. A pesar de verla casi a diario y de haberme comentado que la casa que está construyendo es para su hija menor, nunca dio datos con respecto a la fecha de la ceremonia. Le digo, con la

intermediación de Lei, que para mí sería muy importante poder estar presente.

Me doy cuenta de que es un evento reservado para las mujeres y de que estoy insistiendo demasiado.

Sanshie me observa con expresión neutra y me aconseja que me quede tranquilo, que ya recibiré una respuesta. Tengo la sensación de haber sido descortés.

Los eventos en la aldea comienzan al amanecer. La iniciación, la ceremonia que marca el ingreso a la mayoría de edad, tiene ritos que se cumplen en presencia de toda la familia y otros en los que tíos y hermanos están excluidos y sólo participan las mujeres.

Muy temprano, en la sala principal de la casa, nos reunimos para beber té de manteca. En una olla con agua agregan manteca obtenida por desgrase de leche fresca. Le añaden especias y luego vierten la mezcla en un tubo largo de madera. Tomándolo con ambas manos lo agitan hasta que aparezca la primera espuma. Ese día y no sin esfuerzos bebí tres tazas. Trataba de hacer méritos, sabía que Sanshie iba a apreciarlo. Finalizado el desayuno, nos dirigimos al altar de la familia para rendir homenaje a los dioses.

La niña queda de pie y permanece en silencio. Recibe las ofrendas y espera a que todos se sienten para desplazarse hasta la mitad de la sala. Reza frente a la imagen de Buda, sola y a la usanza tibetana. Levanta las manos sobre la cabeza y junta las

palmas. De allí las baja hasta la frente y de la frente al pecho. Luego se deja caer sobre el piso hasta quedar, completamente extendida, boca abajo. Cuando pareciera que todo finalizó se pone de pie y reanuda el ciclo.

Aunque se muestra amable cada vez que nos vemos, Sanshie sigue sin darme una respuesta. La ceremonia donde se produce el cambio de vestimenta comenzará en minutos.

Las mujeres de la familia y las más amigas entran cargadas de paquetes. Lei me toca el hombro y cuando me doy vuelta dice:

—Hablé con Sanshie, puedes ir, pero tendrás que permanecer sentado en un rincón y abstenerte de sacar fotos.

Acepto las reglas sin discutir.

—Eso sí, una vez dentro, no hagas preguntas.

Me desprendo de la cámara, del trípode y del bolso para apoyarlos en el hombro de Lei sin darle tiempo a protestar y me dirijo de inmediato a la casa. Me doy cuenta de que el permiso es sólo para mí.

Me ubico en un rincón con la intención de pasar inadvertido. Las mujeres se mueven atareadas de un lado a otro. Creo que estoy más ansioso que la niña.

Esperaba un clima solemne. Pero Sanshie conversa, distendida, con sus parientes y amigas. Tengo la impresión de que me han permitido introducirme en un secreto milenario y que falta muy poco para que pueda presenciarlo.

Sinshie, la niña, entra en la casa y se detiene antes de pasar bajo el marco de la puerta. Aparenta la edad que tiene, trece años. La expresión de su cara es una mezcla justa de alegría y temor. Tiene puesto un pantalón y una camisa al estilo occidental y se sujeta el pelo con una cinta roja. Su madre la espera cerca del pilar central de la casa. Sinshie camina hacia ella. Detrás de la niña ingresan algunos hombres cercanos a la familia. El último de ellos es Lei, con mi equipo a cuestas.

—Pero, ¿no era que no puede haber hombres durante la ceremonia?

—No pueden participar pero se les permite estar presentes —y agrega indulgente—, ¿qué era lo que creías?

Poco a poco me voy acostumbrando al humor de la mujer Mosuo, al doble sentido, a la forma en que se divierten cuando me descolocan, en especial cuando ven que me vuelvo demasiado formal o que me estoy tomando las cosas muy a pecho.

Sanshie y Tsie ríen y me señalan. Dudo de que sea por el placer de contarme entre los presentes. En un intento por estar a la altura de la situación, dejo el rincón donde me había confinado para unirme al resto de mis congéneres como si nada hubiera ocurrido.

—¿Alguno de ellos es el padre? —le pregunto a Lei.

—No, ninguno de ellos —me contesta, para después recordarme que no tengo que hacer preguntas.

Sobre un cuero de cerdo apoyan una bolsa de granos como símbolo de prosperidad. La joven se

descalza y se para encima. Tiene los pies pálidos y apenas se mueve. Parece concentrada en disimular el susto. La madre la mira con las manos cruzadas sobre la falda, los ojos muy abiertos, no quiere perderse un solo detalle. Rodeada por sus comadres, deja que en la sala todos se den cuenta de lo orgullosa que está. Cada invitada exhibe la prenda que confeccionó para Sinshie. La ayudarán a vestirse y de paso podrán comparar el resultado de sus habilidades con la costura.

Su madre le pone las botas de color marrón claro, acordonadas hasta el tobillo. Encima del pantalón, una de sus tías le coloca la falda blanca tradicional. En una aldea en que las calles son de tierra y el polvo se impregna en la ropa, conservan a ultranza la costumbre de llevar polleras blancas. Gracias a algún secreto Mosuo, se las arreglan para estar siempre impecables.

Tsie tiene lista la casaca. Está bordada con hilos rojos y se nota el trabajo que llevó terminarla. Sinshie la desliza desde la cabeza con los brazos levantados. Para terminar de ajustarla necesita de la ayuda de Tsie que se ocupa de abotonarla. Emocionada, le besa la frente.

Tsie tiene una expresión difícil de definir, no logro comprender si es porque está emocionada o si se siente incómoda porque la casaca que confeccionó le queda grande a la niña. Busca la forma de ajustarla y le arremanga los puños. Todo está en orden, el forro blanco le hace juego con la falda. De

manos de una tía llega un cinturón que la asiste en disimular la diferencia de talle. Es ancho, de unos veinte centímetros, y está hecho con obleas de colores.

Cada prenda es una ocasión para que las mujeres se reúnan de a pares y hagan comentarios. Ninguna se priva de opinar y las pulseras, los aros y los collares generan un auténtico revuelo. Por un instante parece que todas tienen trece años. Se prueban las alhajas, se las intercambian, se acercan a las ventanas para que la luz mejore cada detalle. Son piezas de fantasía pero para ellas son tesoros y lo serán por el resto de sus días.

Lo más importante es el tocado tradicional confeccionado con lana de yak —el buey de pelo largo y oscuro de los Himalayas— y entramado con seda. Parece un gorro, que termina por detrás con una cola que le llega a la cintura. Decorado con cordones de cuentas blancas y broches de plata, permite que en primavera se le agreguen flores de la zona.

Sanshie sostiene el tocado sobre la cabeza de su hija. La niña levanta los ojos y espera el momento. Parece una escena detenida. Cuando Sanshie coloque el arreglo sobre el pelo de su hija, la ceremonia habrá llegado a su punto máximo. Sanshie lo hace y Sinshie lo recibe. Levanta las manitas para sostenerlo y luego acomodarlo. Ya está lista. Ya está lista.

A la bolsa de granos subió una niña y de la bolsa de granos bajó una mujer. A partir de ahora ten-

drá las prerrogativas y responsabilidades de una adulta.

Todos la saludan y felicitan. Le entregan más regalos para que comience esta nueva etapa. Luego debe volver al templo. Allí prenderá una vela para que los dioses se enteren que quien los visitó esa mañana es ahora Sinshie, hija menor de Sanshie, y formalmente una mujer Mosuo.

Terminadas las ceremonias particulares, las familias suben a la montaña hasta las parcelas privadas donde descansan sus mayores. Es el momento de rezarle a los ancestros y pedirles por sus hijos.

Al regresar, Sinshie recibe de manos de su madre una llave que cuelga de una cadena plateada. Le prende uno de los extremos a un broche de la casaca y el otro, del que cuelga la llave, lo deja escondido bajo el cinturón. Aunque Han Tsie y sus compañeros aún no han terminado, se da por sentado que la joven tiene casa propia. Será el sitio de la intimidad, allí podrá recibir a sus enamorados, y vivir por las noches lo que, intuye, viven sus hermanas.

Falda, tocado, casa y trece años apenas cumplidos en un festival de primavera.

8

En el resto del planeta los hombres ocupan, por amplia mayoría, los lugares de decisión y los puestos de poder. No es así entre los Mosuo. En Loshui, la propiedad está siempre en manos de la mujer y, llegado el momento, sólo pueden heredar las hijas. Ellas son dueñas de hacer y deshacer a su antojo. En la aldea no hay dama que carezca de oportunidades, que no sea digna de consideración o que se encuentre sometida al arbitrio de la sociedad. Aquí es imposible dirigirse a un hombre para hacerle un planteo y reclamarle reconocimiento o trato igualitario. El macho de la comunidad es un macho sin autoridad, subalterno y dominado. En cuestiones de poder, dentro del ámbito familiar, los varones ocupan siempre un lugar inferior. Por eso, si a alguna mujer se le ocurriera querer protestar, buscar reivindicarse frente a los ojos de un hombre, se vería en el aprieto de una situación sin sentido. Esto im-

plica que aquí no hay quien necesite liberarse por su condición de mujer. Son y fueron libres desde siempre. Lo que ocurre en la sociedad matriarcal es producto de una cultura donde la condición femenina se impone sin restricciones masculinas.

Pero una sociedad con el poder en manos de las mujeres no es exactamente el reverso de una sociedad con el poder en manos de los hombres.

El matriarcado implica la *matrilinealidad* y la *matrilocalidad*. La *matrilinealidad* está ligada a la transmisión del apellido. Las familias se identifican por un nombre que, en vez de provenir del padre, viene de la madre. A nadie se le ocurre presentarse con el apellido paterno. Los hombres no establecen linajes, y las estirpes sólo se mantienen por vía de la mujer.

La noción de *matrilocalidad* remite al sitio de residencia. Se vive donde reside la mujer, y si un hombre quiere relacionarse con alguna es necesario que él se traslade. A ninguna dama se le ocurre tener la iniciativa de seguir a un hombre.

Pero para decir que una sociedad es matriarcal, para afirmar que es una comunidad con mujeres al mando, no basta con conocer las leyes que la rigen, ni las historias que sustentan sus tradiciones, ni la identidad de quien maneja la economía familiar. El matriarcado no es una cuestión de reglas que mejoran el lugar y el derecho de la mujer. El matriarcado es una simple cuestión de actitud; lo demás son referencias bibliográficas. Se tiene que notar quién

tiene el mando y no alcanza con que las relaciones entre hombres y mujeres sean igualitarias. Cuando la sociedad es realmente una sociedad matriarcal se siente el peso de la jerarquía femenina en la vida cotidiana. Es menester que cuando le hablan a un hombre, lo hagan desde una postura erguida, que en la voz se note la autoridad, y que cuando den una opinión no haya lugar a dudas. La actitud es lo que termina de definir a una sociedad como matriarcal. Algunas culturas consideradas ginecocráticas (mujeres en el poder) llevan ese título por contar en sus haberes cuestiones de derecho que privilegian a la mujer en temas relacionados con la herencia o el apellido. Sin embargo, las veces en que tomé contacto con esas comunidades, noté que a pesar de las prerrogativas, de los derechos adquiridos, la posición social de la mujer poco difiere de los sistemas patriarcales clásicos. Los Khasi y los Jaintias que habitan en Meghalaya, son un claro ejemplo. Formalmente, ellas tienen todas las ventajas: transmiten el apellido, reciben la herencia y, aunque existe el matrimonio, a los niños se los considera como miembros de la familia de la madre. Las costumbres Khasi y Jaintia privilegian a la mujer pero, en varias ocasiones, cuando las entrevistaba y había un hombre cerca, éste no las dejaba hablar y se ocupaba de contestar cualquier pregunta que le hiciera a ellas, incluso las relacionadas a sus sentimientos. Por eso, para que haya matriarcado es indispensable la figura fuerte de la matriarca.

Ésa es la razón por la que estoy interesado en conocer a quien preside la organización comunal y en saber si su estilo coincide con el de las mujeres fuertes que en Occidente han tenido intervención destacada en política. Quiero saber cuál es el método con el que la matriarca de las matriarcas hace cumplir la ley.

Sanshie mencionó que podía conocer a Lu Gu Pintsa, la máxima autoridad de la villa. Mientras la acompaño hasta el lugar de labranza, me muestra donde vive. Una casa igual a todas, con chicos en el patio y mujeres ajetreadas. Dejo a Sanshie en su campo y le pido a Lei que volvamos hasta donde vive Lu Gu.

—¿No es mejor pedir una entrevista?

—Seguro que sí, pero nosotros vamos sin avisar.

Por la puerta veo salir a un hombre muy apurado. Le pregunto por Lu Gu Pintsa.

—Soy yo —responde.

Confundidos, Lei y yo nos miramos. Estábamos preparados para entrevistar a la matriarca de las matriarcas y la matriarca de las matriarcas resultó ser un hombre.

—Sí, soy yo —insiste.

Un hombre. El jefe de la aldea es un hombre. Se llama Lu Gu Pintsa, Pintsa por parte de madre. Lu Gu, por derecho propio. Tiene cuarenta y dos años y basta verlo para darse cuenta por qué puede ser un jefe. Más alto que el resto de sus vecinos, de contextura atlética y porte patricio, es un funcionario

que atiende en su domicilio. Parece serio, como si la seriedad fuera una investidura que viniera añadida al cargo.

De trato amable pero firme, Lu Gu Pintsa no es tan apocado como sus congéneres. Usa un traje claro y una camisa blanca abierta. No me cabe duda de que estaba al tanto de mi presencia en la aldea, pero es evidente que no me esperaba en este momento. Da la impresión de que no sabe qué hacer conmigo. Se comporta como alguien apurado por atender un asunto importante y que al mismo tiempo no quiere ser descortés. Me invita a acompañarlo.

Nos dirigimos calle abajo. Lu Gu tiene que cumplir con sus tareas de jefe. Pasamos por una vivienda donde, frente a la puerta, unos hombres juegan a las cartas. Están en la misma posición en que los encontré unas horas antes, reclinados y mezclando los naipes. Uno de ellos lleva un uniforme estilo militar desabotonado. Es el guardaparque. Un caballero de contrastes; en lugar de borceguíes, usa sandalias. Son las tres de la tarde de un día que, como todos los días en Loshui, es un día de trabajo. Los hombres invitan a Lu Gu a acompañarlos pero él se disculpa. Será en otro momento. Seguimos nuestra marcha.

—¿Hace mucho que está a cargo de esta aldea?

—Esta vez hace más de un año, es mi segundo período.

—¿Y cómo lo eligen?

—Por voto de los habitantes.

Al doblar por una calle, cuatro mujeres a caballo pasan a nuestro lado. Indiferentes, charlan entre ellas. No lo saludan.

—Lei, pregúntale por qué no lo saludan.

—¿Cómo le voy a preguntar eso?

Me quedo callado con la esperanza de que entienda que haber viajado cuarenta mil kilómetros me permite forzar los límites de la buena educación. Conversan entre ellos y el jefe hace un gesto de sorpresa. Por fin Lei traduce.

—A veces lo saludan y otras veces no. No hay ninguna razón en especial. —Lei sonríe y me confiesa que, en verdad, a él también le había llamado la atención.

Llegamos a destino, una casa ubicada en los confines de la villa. Lu Gu Pintsa atraviesa la puerta que da al patio con paso seguro. Mantiene, en todo momento, una postura erguida. Saluda a un hombre que fuma sentado a la sombra de la galería. Debe tener su edad pero es bastante más bajo y más flaco que el jefe. Lu Gu nos hace un gesto. Debemos esperar.

El encuentro se prolonga unos quince minutos y luego nos dirigimos hacia otra casa, a unos cien metros de allí. Se repite la misma escena. Un hombre fumando y el jefe que habla con él. Uno enfrente del otro, en cuclillas, las rodillas casi tocándoles el pecho. Intento colocarme en la misma posición; es inútil, no puedo mantenerla.

Lu Gu Pintsa se despide y emprendemos el regreso a paso vivo. La matriarca de la segunda casa

está en la orilla del lago. Apoyada contra un árbol, teje con dos agujas largas. Tiene los ojos fijos en el jefe y cuando nos acercamos inclina la cabeza. Lu Gu aminora el paso y sin detenerse, la saluda desde lejos con la mano y le hace un gesto de asentimiento.

Entiendo que Lu Gu vino hasta aquí por recomendación de ella. Y aunque el jefe sea un hombre de buena voluntad, la matriarca piensa que no está de más cerciorarse de que esa buena voluntad sea efectiva y que cumpla con las visitas.

Las tareas del jefe de una aldea Mosuo son pocas pero importantes. Una es mediar entre vecinos. Ser agresivos, tanto fuera como dentro de la familia, los deshonra. Ése es un rasgo marcado de la sociedad matriarcal. La violencia en todas sus variantes genera rechazo. Cualquier reacción desmedida, especialmente el uso de la fuerza, es mal vista. Lo que en nuestro mundo puede traducirse como valentía, virilidad o un condimento en los deportes, a ellos les resulta intolerable. El término exacto es que los avergüenza. Es por eso que recurren al jefe de la aldea para que imponga su autoridad a tiempo, antes de que las disputas se compliquen.

Lo de hoy fue una primera etapa. Ninguno de ellos acostumbra a recibir la visita del jefe, así que su inesperada aparición para conversar sobre temas generales es una forma de advertirles que sus diferencias excedieron ciertos límites.

—¿Y si esto no funciona?

—En general, funciona. Tenemos reglas muy estrictas que difícilmente necesitamos aplicar.

Regresamos a casa de los Pintsa. Lu Gu nos invita a pasar. Nos ubicamos alrededor del fuego y una mujer, probablemente su hermana, se acerca para atendernos.

—¿Té de manteca?

—Claro —respondo con cierto rencor.

Al jefe de la aldea le gusta el básquet, reunirse con amigos y escuchar las noticias. Me aclara, el cargo es honorario pero él, a pesar de eso, tratará de continuar en su puesto lo máximo posible. Siente la vocación de ocuparse de su gente, de velar por ellos. Es justo recordar que el trabajo de su madre, hermanas y sobrinas costean esta venerable vocación.

—¿Por qué ocupa este cargo siendo hombre? —pregunto.

—El jefe de la aldea siempre es un hombre. También lo es el vicejefe. A cargo de las familias están las mujeres, a cargo de la economía están las mujeres, a cargo de la casa están las mujeres pero de la aldea es responsable un varón. No hay mucho para hacer, pero cuando se trata de decisiones que implican a toda la comunidad, ellas mismas nos prefieren.

Algo similar ocurre cuando apelan a la autoridad para resolver un conflicto entre dos familias, se en-

cuentran más cómodos con la presencia de una figura masculina.

Recuerdo el material que pude consultar antes de viajar. Lo poco que hay escrito acerca de sociedades matriarcales en India, Papúa Nueva Guinea e Islas Lakedivas indica que el mando comunal está bajo la tutela de una figura masculina. Aunque eso tiene un valor distinto del que se le concede en Occidente, en estas culturas la resolución de los temas públicos queda en manos del varón. Había supuesto que estas descripciones eran una especie de revancha masculina de los investigadores, tratando de hacer flamear una banderita que revindique el género en el mundo del poder femenino. Sin embargo entre los Mosuo se observa la misma práctica.

—¿Ésa es toda su función?

—Tengo a mi cargo la organización de festivales y cualquier reunión que tenga que ver con nuestras costumbres. La administración de los recursos en común y la relación con nuestros vecinos.

—¿Con los Han?

—Sí, aunque ellos son muy diferentes.

—¿Por qué?

—Cuando se casan abandonan para siempre el hogar de sus padres y gran parte de sus mayores son dejados sin atención cuando envejecen. No hay quien se ocupe de ellos. Entre nosotros es diferente. Nuestra abuela, tías y tíos ancianos, comparten el hogar con el resto del grupo. Son nuestra sangre y están integrados a la rutina familiar. Nuestros jó-

venes no abandonan el hogar para casarse, como en el caso de los Han. De hecho, nuestros jóvenes no se casan. Esto sumado al hecho de que el dinero lo administre una mujer, permite mejores resultados económicos. En cambio, los Han deben dividir la propiedad entre sus hijos, que a su vez la comparten con miembros de otras familias, es decir, sus esposos o esposas. Eso siempre trae conflicto. Cada miembro de la pareja trata de inclinar la balanza en pro de su familia y además, a la larga, todos se olvidan de sus mayores.

Como en la sociedad matriarcal las familias viven en el mismo predio y sus miembros no se casan, el cuidado de los ancianos y también el de los niños es un tema que tienen resuelto: todos están a cargo de todos. Los mayores implican un plato más en la mesa y un lugar de privilegio junto al fuego. Los niños juegan en el patio bajo la mirada de madres, abuelas y tíos. Como todos trabajan y la propiedad nunca se divide por herencia, siempre crece. Nadie comienza una nueva vida desde el principio, sólo continúan.

—Si viven con la familia de origen y no se casan, ¿cómo hacen para relacionarse con mujeres y mantener algún tipo de vínculo? —Esperaba una sonrisa cómplice pero, en cambio, Lu Gu Pintsa se pone serio.

—Un hombre puede conocer muchas mujeres, eso aquí no es un problema. Cuando nos juntamos por la noche para bailar alrededor de la fogata, en

las actividades comunitarias, incluso cuando se construye una casa y todos ayudamos un poco, son buenos momentos para comenzar una relación. Cualquier ocasión sirve y si uno sabe comportarse es fácil ser aceptado.

—Está bien. Pero además de ser aceptado de manera ocasional, ¿no tienen el deseo de tener una compañera, alguien con quien poder compartir, conversar, hacer proyectos?

El jefe me mira extrañado, seguro que de la misma manera en que yo lo debo estar mirando a él.

—Tengo a mi familia y no necesito a alguien de afuera para sentirme acompañado.

—No entiendo.

—Jamás pensaría en que una mujer de otra familia pueda llegar a ser mi familia. Mi madre, mis hermanas, mis hermanos y los niños, los que vivimos en esta casa, son mi familia. Con mujeres puedo relacionarme cuando quiera y las veces que quiera.

—Pero, ¿no se cansan de cambiar de pareja?

—A veces ocurre que una mujer nos interesa en especial y eso hace que deseemos pasar más tiempo con ella.

Le pido a Lei que le pregunte qué prefiere, si una o muchas.

—No le puedo preguntar eso —me mira aterrado.

Nos quedamos en silencio. El jefe no entiende qué sucede. Lei se anima.

El jefe responde. Nos explica que hay un momento para cada cosa. Que cuando llega el amor,

también llega la exclusividad. No es un proceso rápido, tarda muchos meses, pero cuando se elige a una mujer, cuando se intuye que es ella y no otra, es difícil que a un hombre le interese seguir variando.

—Y ¿qué es lo que lo enamora de una mujer?

Lu Gu Pintsa piensa un instante y contesta:

—Si supiera qué es lo que me enamora, entonces no estaría enamorado.

9

—¿Cómo se llama tu abuela? —le pregunto a Rugeshi Ana, una joven de aspecto moderno con la que me comunico en forma directa y que me responde con un susurro.

—Tsunami Ana. Pero no puedo decir su nombre. Mucho menos delante de ella. —Baja la cabeza y me lleva aparte para que podamos hablar en confianza.

—Pronunciar el nombre de la abuela es tabú.

La anciana, de pie, nos observa con las manos en la cintura.

Rugeshi Ana tiene veintidós años y es estudiante de periodismo en la Universidad Central para Nacionalidades. Una casa de altos estudios, en los suburbios de Beijing, dedicada a los alumnos que provienen de las minorías étnicas de todo el país. La universidad, además de facilitarles el acceso a la enseñanza, también se ocupa de tentarlos al cam-

bio de identidad. Una vez graduados, muchos de ellos no pueden ejercer en sus pueblos y, como después de haberse formado en la capital comienzan a ser extranjeros entre su gente, tienden a alejarse de su grupo para integrarse con la mayoría china.

Mirado desde otra perspectiva, si no se les brindara esta chance bien se podría denunciar discriminación o falta de oportunidades para el desarrollo de las aldeas. Una paradoja.

Lu Gu Pintsa, el jefe Mosuo, fue quien me presentó a Rugeshi Ana, la elegida para estudiar en Beijing. Ella vive en la misma casa que el guardaparques, el uniformado que veo puntualmente cada vez que paso por ahí.

Rugeshi Ana me cuenta que estudia periodismo y que se especializa en temas relacionados con las minorías culturales. Está en Loshui de vacaciones con su familia. Le pregunto si en algo se siente diferente de sus compañeras.

—Sí, claro. Todas quieren casarse.

Rugeshi Ana no puede entender que quieran ser a la vez independientes y esposas. La horroriza verlas pelearse por un hombre.

Ella sí que es independiente. Cuenta para ello con el respaldo de su familia. Considera que hombres y mujeres pueden cambiar de pareja cuantas veces quieran y en el momento que sea. Celos y chismes son los temas que entretienen a sus amigas pero a ella, más que conseguir una pareja, lo que le importa es encontrar el amor.

—Amor y pareja son situaciones incompatibles. Para mí, el amor es el único lazo que puede unirme a un hombre. Mi cultura lo permite, sin verme obligada a tener en cuenta otras cosas. No entiendo cómo mis amigas sacrifican eso pensando como piensan. Se casan para tener una familia. Yo creo, por el contrario, que la mejor manera de tener una familia es, justamente, no casarse.

La familia matriarcal es incompatible con el matrimonio, todos sus integrantes son consanguíneos. Y la sexualidad, esa actividad que puede ser maravillosa pero que también es algo complejo, nunca bien resuelto ni totalmente satisfecho, que es al mismo tiempo fuente de placer y de un alto grado de inestabilidad, nunca funda un hogar. Para practicarla deben ir fuera de sus límites. Esto les da la libertad de enamorarse sin correr el peligro de que, si les va mal, pierdan amor y familia al mismo tiempo.

Como lo único que puede unirlas a un hombre es el amor, y como la estructura social las contiene, el vínculo con el otro es muy específico. Por eso cuando el amor se acaba ya no hay razón para permanecer juntos. Es todo lo contrario a la obligación, a reglamentar el afecto, una trampa necesaria que en lugar de preservar, ahorca. Ni siquiera el miedo a quedarse solo es, en Loshui, un tema a tener en cuenta.

Encontrar a Rugeshi Ana en la aldea ha sido un golpe de suerte. Le pido que me dé una mano para

entrevistar a su gente. Ella asiente, entusiasmada. Es una oportunidad para visitar parientes lejanos y mostrarles a qué quiere dedicarse. A ellos les resulta difícil comprender qué cosa tan importante está haciendo con veintidós años y a tantos kilómetros de su madre.

Luego de explicarle los rudimentos del equipo y de ponernos de acuerdo sobre el tenor de las preguntas, partimos hacia otro de los poblados. Ella, conforme a su cultura, toma a su cargo el manejo del micrófono. Me avisa que vamos a internarnos en un lugar al que nunca llegan occidentales. Ahora el que está entusiasmado soy yo.

Antes de subir a la camioneta me encuentro, una vez más, con Yujin Shi Ana, el guardaparque. De cara redonda y mal afeitada, usa una casaca estilo militar abierta por la presión de un abdomen prominente, que apenas cubre con una camiseta blanca. Parece un soldado abandonado por su compañía en el confín de la tierra. Un soldado al que, por desidia, olvidaron de avisar que la guerra ha terminado. Cada vez que me lo cruzo me saluda con un gruñido que interpreto como el amago inútil de alguien cortés con poca práctica a la hora de relacionarse. Se la pasa sentado en la puerta de su casa, jugando al majong con sus amigos. Tiene un aspecto equiparable al de un vago de una ciudad cualquiera, que sabe manejarse en la calle y que está atento a cualquier oportunidad que le permita aprovecharse de alguien. Veremos. Sé que a veces las apariencias en-

gañan. Yujin Shi Ana, el guardaparque uniformado, es el único hombre de aquí que tiene cara de ganador, de avanzado, de sabérselas. Tengo que averiguar. Lo haré en unos días. Ahora estoy en manos de la estudiante de Beijing.

Como Rugeshi Ana estudia periodismo y yo soy occidental, surge de inmediato, entre nosotros, una bienvenida complicidad. Los dos pasamos una buena parte del tiempo en ciudades que intentan acercarse a lo que Occidente llama desarrollo. Ambos tenemos acceso fluido a los medios de comunicación y sabemos cómo la tradición se desvanece cuando ingresa en las discotecas, en las tiendas con ropa de grandes marcas y en los sitios de alta competencia.

La moda nos iguala; pantalón de lona y camisa abierta. Pero a pesar de la complicidad y de que ella estudia afuera de la aldea, no puede evitar cierto temor al violar un tabú ancestral y pronunciar el nombre de su abuela. Decir el nombre prohibido de quien se venera, acorta una distancia que es preciso mantener: la distancia necesaria para que esa persona siga siendo venerable.

Si lo pienso bien, no es tanto lo que Rugeshi Ana y yo tenemos en común. Nuestra conexión con el mundo occidental es sólo una fachada, una forma de presentarnos, pura imagen. En el fondo ella pertenece a la cultura Mosuo y, a pesar de que estudie en Beijing y se mueva en el ámbito de las comunicaciones, se la ve arraigada en sus costumbres, tie-

ne otras pautas, otros códigos. Sea cual fuere la característica de nuestra vestimenta, de nuestros intereses, o de nuestra forma de razonar, creo que hablar de similitud es una ilusión, un puente inexistente. No por eso se vuelve menos interesante hacer este tramo juntos y averiguar cómo vive su abuela en la zona más tradicional de la comunidad.

10

Estamos en la aldea de Yunnin. Para llegar hasta aquí, debimos atravesar una zona sin caminos y tolerar con parejo espanto el monólogo de un cómico que hablaba sin parar en el equipo de audio de la camioneta. Aunque Rugeshi Ana entiende el idioma, me doy cuenta de que la grabación le causa la misma gracia que a mí. Eso me alivia.

Estar junto a un tibetano, a un joven Han y a una muchacha Mosuo en un sitio remoto, luego de haber vadeado un río, rodeado una montaña y viajado a campo traviesa, me da la sensación de haberme convertido en un aventurero. Llegar y bajarme de la camioneta me permite dejar de creerme el protagonista de una película y volver a la realidad.

Yunnin no está sólo a salvo de occidentales. Lo está incluso de la visita del resto de los habitantes de China, del ojo inquisidor de la televisión y sus exploradores estrellas, de los que se empeñan en des-

cubrir rarezas y de los que se sienten conminados a la hazaña. No llegan hasta aquí excéntricos a los que el mundo les fue quedando chico y se impusieron ir en busca de lugares aún más remotos para luego poder sorprender a sus otros amigos excéntricos.

En Yunnin no se habla chino. Sus habitantes se comunican en dialecto Mosuo que a Lei le resulta incomprensible. Si yo no hubiera hecho contacto con Rugeshi Ana, si ella no estuviera de vacaciones y dispuesta a acompañarme, si le interesara otro tema que no fuera el periodismo y del periodismo lo vinculado a las minorías culturales de Asia, si todas esas coincidencias no hubieran tenido lugar, no estaría ahora caminando al lado de su abuela, una mujer de paso ágil, nombre impronunciable y heroína de una familia de treinta y dos miembros.

En estas latitudes no hace falta averiguar, cuando hablan de la abuela, a qué rama de la familia se están refiriendo, si a la del padre o a la de la madre. Abuela, como madre, hay sólo una: la madre de la madre. Aquí este parentesco ha corrido mejor suerte que el representado por los abuelos, figuras rutilantes de la cultura china y sin embargo ausentes para la Mosuo.

El anciano erudito, funcionario de una cultura milenaria, personaje que el cine ha estereotipado como alguien capaz de dar respuestas enigmáticas a preguntas sin sentido; prócer familiar; instructor de artes marciales; experto en una medicina indige-

rible para la ciencia occidental; versado en metáforas sobre la vida; maestro amado; lugar de la sabiduría; garantía del conocimiento y de la transmisión del conocimiento; punto de referencia; pilar insoslayable para la civilización; aquí no existe. Esta figura, tan familiar, se ha tomado una licencia entre los Mosuo.

Sin embargo la ley funciona, las familias se mantienen, los jóvenes crecen, la cultura se desarrolla y el título de *pilar insoslayable* termina por quedarle a los patriarcas como una prenda demasiado grande que, por lo desmedida, puede incomodarlos y hasta hacerlos tropezar.

La abuela de Rugeshi Ana es una abuela con nieto a cuestas. Lo lleva envuelto con un género y atado como si fuera una mochila. El niño apoya su pecho en la espalda de la anciana y, al mirarlos de frente, veo el rostro de ambos. En busca de equilibrio, se mueven en un acuerdo tácito: la mujer se inclina a un lado y el niño a otro. Parecen una unidad formada por dos cabezas y ambos extremos de la vida. El bebé apenas puede sostenerse erguido y mira con una expresión de asombro. A la mujer se le escapa una trenza por debajo del pañuelo que le cubre la cabeza. El rostro es el rostro arrugado de un cuerpo flaco, aunque la mirada transmite una fuerza formidable. Es una anciana, no hay duda, pero se mueve con rapidez, sube la colina sin esfuerzo y gesticula con las manos reafirmando lo que dice.

Para llegar a su casa recorremos unos tres kilómetros. Ésa es la distancia que cubre a diario, cada vez que quiere conversar con su amiga.

—Las amigas son como familia —responde cuando le pregunto por la mujer con la que hablaba. Estaban enfrascadas en un diálogo, como si una le estuviera ayudando a decidir algo a la otra.

El status de las amigas, en las familias Mosuo, es algo que llama la atención. Son muy próximas, comparten sus asuntos y se mantienen al tanto de las novedades. Cuando entro en una casa Mosuo es frecuente que alguna de las mujeres salga en busca de la amiga. Vuelven de la mano, excitadas por la presencia del extranjero para después sentarse a compartir la experiencia y opinar al mismo tiempo. Mi visita es un evento que no puede ocurrir sin que una amiga lo presencie. Ríen a coro acostumbradas a un mismo código de humor. Se toman de la mano, se abrazan, se tocan las caras.

—Hablar —me contesta cuando le pregunto qué es lo que las une.

Lo mismo pasa entre las jóvenes. Se las ve en grupo, caminando y asidas del brazo. Cuando hay una fiesta se encuentran con anticipación y después se mantienen unidas. Es una diferencia con el varón, más aislado y por lo general satisfecho de haber encontrado un sitio para descansar. Hombres reunidos y despiertos, implica juego de naipes o de majong.

Yunnin es una villa alejada del lago. Tiene un estilo diferente. Las casas están rodeadas de empali-

zadas que terminan en un techo a dos aguas pintado de rojo. Las ornamentaciones son semicirculares. La madera no es un elemento abundante en la construcción y los materiales tienen que ver con los elementos de la tierra. Hay algunas banderas de colores y, por el idioma y el estilo, parece otro país, un país más cercano al Tíbet, de donde se supone que provienen los Mosuo. Acompañado por algunas montañas cercanas y el brazo de un río poco caudaloso, el cielo pareciera estar en todos lados. Es un cielo azul, no celeste sino azul, azul brillante, sin la menor contaminación en muchos kilómetros a la redonda. Con sensación de cercanía debido a la altura, unos dos mil seiscientos metros por arriba del nivel del mar, es una verdadera delicia fotográfica y por las noches, las estrellas son tantas, que cuando levanto la vista tengo la impresión de haberme convertido en un indocumentado de cielo.

Nieta y abuela conversan en el camino. Aunque el idioma Mosuo me es indescifrable, supongo que luego de saludarse, Rugeshi Ana le debe haber explicado las razones de mi presencia.

Me imagino que puede parecerle tan extraño como si un pariente que no veo hace tiempo, entrara en mi casa, sin avisar, con un integrante de la dotación del trasbordador lunar vestido con uniforme y escafandra, caminando por el comedor como si aún estuviera bajo los efectos de la falta de gravedad y listo a que le sirvan la cena. Pero Tsunami Ana no pierde la compostura. Me mira y asiente con la ca-

beza. Se adapta con elegancia a una situación insólita. Por su parte, Lei ha comenzado con algunos síntomas: una risita nerviosa seguida de un suspiro que se pone de manifiesto cada vez que empezamos una entrevista.

—¿Qué es lo que te pone así? —le pregunto a Lei. Ya me había confesado su espanto por lo que escuchaba en las entrevistas y por cómo eran las muchachas. Al provenir de una familia tradicional, y eso en China significa muy tradicional, se incomodaba frente al carácter de las mujeres Mosuo. A esta altura, ya no sabía ni cómo comportarse ni qué pensar.

—Nada, nada —dice, mientras ríe en forma apagada. Levanta los brazos y luego los baja para encender un cigarrillo. Tengo la impresión de que en los últimos días Lei está fumando cada vez más.

Llegar a la casa de la matriarca Ana es repetir el ritual de siempre. Inclinar la cabeza para entrar, acercarse al fuego, comenzar con la preparación del té de manteca. Té de manteca. Odio el té de manteca.

Antes de hacernos pasar, Tsunami Ana levanta dos troncos para alimentar el fuego. Coloca el agua a hervir y, tras disculparse, sale un momento.

—Debe haber ido por una amiga, ya regresa —me dice Rugeshi Ana.

La habitación principal es un sitio bastante oscuro. La luz proveniente del techo pareciera estar en manos de un mal iluminador que se empeña en resaltar entre sombras la silueta de los que se acercan al fuego.

Tsunami Ana vuelve y le entrega el bebé a su nieta. Cruza las piernas por debajo de la pollera y enciende un cigarrillo. Parece un pirata. Un pirata aguerrido a quien el tiempo tomó por sorpresa pero que aún no pudo sacar de cubierta. Uno que ha logrado sobrevivir a su propia historia. Me refiero a un pirata de las historias de piratas ya que los verdaderos deben haber sido bastante más mezquinos, cobardes y canallas. Ella no. Ella parece un pirata como la gente.

La abuela tiene una falda gris oscuro y una casaca al tono. Inclina la cabeza y exhala el humo del cigarrillo con displicencia, luego acomoda su trenza por arriba del hombro. Estoy seguro de que ese gesto debe haber sido utilizado con éxito delante de los hombres. A pesar de la diferencia de edad, lo repite conmigo. Me mira de arriba abajo y da otra pitada. Siento la provocación y hasta creo que intenta decirme; "A ver, embajador del patriarcado, ahora que estás en mi dominio, qué tenés para decir". Por si fuera poco, completa la afrenta con una media sonrisa socarrona. Acepto el convite.

11

Uno de los aspectos que más me interesaban cuando preparaba las entrevistas era poder entender cómo funcionan las familias sin la presencia del padre y sin que la paternidad sea una función en la comunidad. El matriarcado entre los Mosuo es considerado como uno de los más puros porque el padre es poco relevante, la mayor parte de las veces desconocido, y siempre carente de rango social. Ni siquiera se preocupan por averiguar, cuando una mujer se da cuenta de que está embarazada, quién es el verdadero padre de la criatura. Como pueden cambiar de compañero todas las noches, ni saben ni les importa enterarse con cuál de sus amantes han concebido.

¿Qué es un padre? Alguien que tiene la posibilidad de reconocer a sus hijos, de mantenerlos y de amarlos. También es el que tiene derecho a ser querido y a establecer un orden en la familia. Es al que

rápidamente se asocia la palabra respeto. Un padre tiene la posibilidad de infundir miedo, de aterrorizar, pero a su vez también puede brindar protección y reparo. Alguien a quien recurrir o alguien de quien es mejor alejarse. Un padre puede ser el modelo de quien sus hijas tomen algún rasgo para después enamorarse de ese rasgo en otro hombre. Se espera de él que actúe de sostén, aunque bien puede convertirse en alguien a quien sostener. A veces resulta una figura terrible, por lo irascible o lo violento, pero ese mismo padre, en forma inesperada, puede sorprender y rescatar a su hijo. Existe el padre que, manteniéndose al margen, como si nada lo afectara y nada necesitara, logra exasperar a quienes lo rodean. Están los que intentan reivindicarse a través de sus hijos y, como si no fuera suficiente, esperan luego, que los reivindiquen a ellos. Si es incapaz de mostrar afecto eso basta para saber dónde se juega el afecto. Un padre puede ser el gran ausente y con eso dejar en claro lo importante de su presencia pero, si se excede en estar allí, su figura puede resultar persecutoria y angustiante. La palabra de un padre, a cualquier edad, puede resultar irritante. El propio padre es un punto frecuente de comparación cuando nosotros nos convertimos en padres. Alguien que empuja para que de una buena vez empecemos pero también alguien de quien es preferible evitar los empujones. Un padre mudo o un padre con frases que nos retumban en silencio por los años de los años. Un padre que ama a la ma-

dre, o uno incapaz de hacerlo. Un padre punto de apoyo, el límite que en el momento menos pensado nos ayuda a decir basta. Alguien que puede avergonzarnos o enorgullecernos hasta el punto de aplastarnos. También es aquel que puede ayudar a mantener saludable la relación de un hijo con su madre. Un padre puede ser muchas cosas diferentes pero siempre es una figura capital, para imitar o para cuidarse de imitar. Una referencia.

Siempre no. Entre los Mosuo no.

Éste es un pueblo donde sólo es posible ser huérfano de madre. Donde valdría la pena revaluar el complejo de Edipo, tal como se lo entiende de manera clásica y, honestamente, pensar si no es un mito inadecuado para universalizar. Si evitamos tentarnos con razonamientos del tipo "la ausencia de padre lo único que hace es volverlo aún más presente", la sociedad matriarcal, una sociedad que para nuestros parámetros es de varón débil, nos permite otro punto de vista para evaluar las posibles consecuencias que trae la caída de la autoridad masculina.

En esta comunidad los hijos no tienen un padre con quien competir por la madre. La figura de hombre más cercana, el tío, tiene un nivel jerárquico menor. Y aunque el hermano de la madre tenga un rol paternal, las diferencias son importantes. El padre aparece en escena porque, en algún momento, fue deseado y elegido por una mujer. No es ni ninguno ni cualquiera. Un tío no implica nada de eso,

viene con la familia, no se elige. El tío en una casa no hace la menor referencia a que la mujer desea o deseó a un hombre. El tío no es una marca de la sexualidad de la madre, no es una señal de que, por lo menos en algún momento, la madre tuvo interés por algo más que un hijo.

La sociedad Mosuo es un buen ejemplo de que para que haya padres, primero debe haber madres que, aunque después se arrepientan, los habiliten. En Loshui no lo hacen y sin embargo se las arreglan para vivir en familia.

Hay un dato para tener en cuenta: no hay homosexuales en la comunidad. Por lo menos es lo que afirman los entrevistados. De todas formas, sobre esto no saco ninguna conclusión. Hasta hace muy poco el comportamiento homosexual estaba penalizado en toda China.

Formalmente, la prohibición del incesto se establece entre madre e hijo y entre hermanos o parientes relacionados con la madre. Como el padre es desconocido existiría la posibilidad de que, sin saberlo, pueda arreglar una cita con su hija. Sin embargo, no se ven parejas de hombres y mujeres con mucha diferencia de edad. Cuando se frecuentan lo hacen dentro de sus grupos de pares.

¿Cómo se resuelve la ausencia de padre? Un padre se ocupa de decir "es tiempo de sacar al nene de nuestro cuarto, es mejor dejarlo tranquilo y es hora de que estés conmigo". Pero, entre los Mosuo no hay un cuarto para la madre y el padre. Entonces,

¿quién recuerda a las madres que son mujeres? ¿Quién le evita al hijo el exceso de madre? ¿Quién las ayuda a despertarse y volver al trabajo o a lo que sea que también les interese? Si no hay padres, ¿quién se ocupa?

Tsunami Ana, la abuela de Rugeshi Ana, continúa en la misma posición pero ha recuperado al bebé y lo tiene en brazos. Impresiona como alguien bien plantado en la vida. Al verla con el niño me doy cuenta de quién se ocupa.

—¿El bebé es su nieto?

—Sí —Rugeshi Ana me contesta de inmediato.

—¿Y la madre?

—Está trabajando, es probable que alcancemos a verla.

—¿Es frecuente que cuide del bebé?

La abuela escucha la pregunta y responde con un gesto ampuloso y un sonido grave. Luego lo piensa un poco más y decide explicarse.

—Una mujer da a luz y se queda junto al niño por casi un año. Lo atiende, lo alimenta, se ocupa de él. Cuando es tiempo de que vuelva a sus actividades, la abuela se hace cargo del retoño. Además hay varias tías mayores con las que se puede contar. Así la mujer regresa a la vida que tenía antes de dar a luz y el niño crece dentro del ámbito del hogar sin perder el cuidado de su madre.

Es sencillo. Como las mujeres de la familia comparten el mismo techo, no hace falta buscar ayuda para que alguien cuide al niño cuando la madre sa-

le a trabajar. La organización dentro de la propiedad, el tipo de familia, las exime de reclamar a un hombre su participación en las tareas del hogar y en la crianza de los hijos. Jamás se las escucha decir que no pudieron desarrollarse en la vida por carecer del apoyo de su pareja.

—¿Y si la madre no quiere despegarse del niño?

—Quiere, de hecho lo cuida su familia. Es como si ella misma lo hiciera.

Las mujeres son conscientes de su responsabilidad por el bienestar de la casa. Son ellas las que aportan la base del sustento y eso las empuja a volver al trabajo.

Entra un hombre joven, vestido con un traje gris, alpargatas y un sombrero de ala angosta. Saluda a la matriarca y le entrega un puñado de billetes que la mujer guarda en un bolsillo de su pollera. Es lo que ha ganado ese día. El hombre toma al niño entre los brazos y va en busca de una gorra con visera que coloca sobre la cabeza del chiquillo. Lo levanta a la altura de los ojos y sonríe, deleitado. El crío se le trepa y le tira del pelo. El hombre toma una taza de té y cambia al chico de brazo, para no quemarlo. Se maneja con soltura y hay alguien que parece acostumbrado a sus brazos.

No existe la paternidad como se la conoce en Occidente pero los hombres son afectivos con los pequeños de la aldea. Es frecuente ver varones con niños en los brazos, sosteniéndolos de las manos, llevándolos a horcajadas o meciéndolos con pacien-

cia para que por fin se duerman. Lo más probable es que no sean sus hijos, ni que se sientan responsables de su sustento. Eso no impide que se los vea sentados, en la puerta de sus hogares, intentando concentrarse en la partida de cartas mientras calman, cambiando de postura una y otra vez, a una personita que requiere de toda su atención.

Cuando un hombre, de cualquier edad, entra en una casa con chicos, se acerca a decirles alguna cosa, se agacha y les sonríe. Este cariño hacia los menores se despliega con naturalidad y no implica grandes responsabilidades. Si bien la exigencia no es mucha, el amor prodigado es abundante.

—¿Qué hace el padre del niño, lo visita con frecuencia?

—No es el padre, es mi hijo, el hermano de la madre, un tío.

Como si haber hablado de él le recordara algo, Tsunami Ana envía a su hijo con un recado, éste le entrega la criatura y sale de la casa. Al volver la tranquiliza, le dice que está todo bien. Creo que lo mandaron a preguntar por alguien y que ha regresado con buenas noticias.

—¿Siempre le hacen caso?

La abuela fuma y mueve la cabeza cuando habla. Escucha cómo su nieta me traduce y achica los ojos mientras me observa. Debe de haber sido una mujer atractiva. Sin duda que sí. En especial para quienes no gustan de las mujeres sumisas. En ella todavía se siente algo que no ha terminado de apagarse.

Debe haber sido de las que dejan sin palabras, de las que saben hacerse mirar y hasta de las que tienen la inteligencia suficiente como para detenerse cuando están a punto de volverse insoportables.

—Siempre me hacen caso —me contesta largando el humo—. Cuando por alguna razón protestan, sólo tengo que esperar. Al rato vienen en busca de perdón.

—¿Y cómo hace para que la respeten de esa manera?

—Soy la madre y si no entienden los amenazo con el matrimonio.

—¿Cómo es eso?

—Les digo que si no me obedecen voy a encargarme de que se casen. Eso realmente los asusta.

Los hijos de Tsunami Ana son adultos, tienen entre treinta y cuarenta años.

—¿Pero a qué aspecto del matrimonio le tienen miedo?

—Vivirían con una extraña y —me aclara—, siempre con la misma. Además deberían trabajar con la responsabilidad de mantener la casa. Podrías fijarte en cualquier poblado vecino que no sea Mosuo. A pocas horas de aquí hay una aldea Han. Basta con ver las caras de sus ancianos y compararlas con las de los nuestros. Aquí, sin duda, los hombres lo pasan mucho mejor. Si se cansan de su compañera, cambian por otra sin que nadie les haga un escándalo. Hace unos días una mujer Han corrió a su marido, machete en mano, cerca de cuatro kilómetros

hasta que, agotada, se sentó a llorar al pie de la montaña. La quería dejar por otra. Eso, entre nosotros, no ocurre.

—¿No hay hombres que se vayan con otra?

Tsunami Ana se queda callada un instante, toma aire y responde, condescendiente.

—Es difícil que una mujer Mosuo sienta que el mundo se termina si su enamorado la deja. No le es indiferente, pero tampoco es lo único en su vida. El enamorado es alguien a quien no le dedicaron la razón de su existencia.

De los hombres se ocupan sus madres. Cuando ellas ya no pueden hacerlo lo hacen sus hermanas. Ellos no tienen lo que podría decirse verdaderas obligaciones.

—Pero se ocupan de los sobrinos —le respondo.

A Tsunami Ana le llegó el momento de tirar la colilla del cigarrillo y acomodarse la trenza. Me da la impresión de que no está acostumbrada a hablar tanto con un hombre.

Poco a poco voy perdiendo la sensación de estar frente al pirata Morgan, incómodo en sus dominios y haciendo el ridículo como si hubiera venido vestido para una fiesta de disfraces que nunca se llevó a cabo.

—Pueden jugar con ellos, atenderlos, hasta incluso y en especial con los varones, guiarlos.

—¿Pero ayudan a poner límites?

Estoy forzando un concepto de nuestra cultura al entendimiento Mosuo. Quiero saber cómo se juega

la escena en la que un niño escucha que su padre le dice que no y es no, sin negociación, sin volver a intentarlo luego de que el "no" de la madre resultara demasiado amoroso como para acatarlo. Hace falta un timbre de voz más duro y terminante para no volver a acercarse al fuego, a tocar un cable o a treparse a un mueble del que nunca podrá bajar por sus propios medios. La explicación y la traducción llevan su tiempo y Tsunami Ana espera, paciente.

—Poner límites, ¿si el hombre ayuda con eso? Sí, ayuda. De hecho lo hacen, más con los niños que con las niñas. Los hombres pueden ponerles un límite pero no son los responsables de la educación de los chicos. Además son proclives a jugar con ellos. Eso es algo que los hombres Mosuo hacen bastante más que los Han.

—¿Y de qué son responsables?

Tsunami Ana se levanta y se acerca a la mesa de la cocina. Vuelve a cargar al bebé sobre su espalda y toma una olla grande para llenarla de agua.

—Se ocupan de tomar grandes decisiones.

—¿Grandes decisiones?

—Sí, grandes decisiones como comprar algo de envergadura, un toro por ejemplo, establecer un lugar para vivir, ampliar la casa, invertir en más tierra. Grandes decisiones, ¡bah!, nada importante, pero para eso el hombre tiene habilidad y nos saca un problema de encima.

La respuesta contiene una lógica extraña. Me viene a la memoria los comentarios de algunas mu-

jeres que conozco que celebran cuando un hombre sabe tomar decisiones. No les gusta que lo haga sin consultarlas, sin tenerlas en cuenta o sin darles la oportunidad de que ellas decidan. Pero aprecian que sepa lo que quiere y que sea resuelto.

Las Mosuo manejan la hacienda, la vida en la propiedad y administran el dinero. Pero tomar grandes decisiones como construir algo que la familia necesita, vender un animal o emprender un viaje, no es algo a lo que sean proclives.

Es difícil de entender, pero a las grandes decisiones no las consideran importantes.

12

Esta noche Tsunami Ana nos aloja en su casa. En una sala amplia, fría e impersonal nos ubica a Dorje, a Lei y a mí.

—En un rato estará lista la cena. —Tsunami está rara, recién la conozco, pero se nota que está tensa, como en vísperas de un suceso inminente. Antes, cuando hablábamos, parecía preocupada, pendiente de algo que ocurría fuera de la casa. En una oportunidad salió ella y en la otra envió a su hijo por noticias. Quizás estemos abusando de la hospitalidad Mosuo.

Sobre la mesa hay al menos veinte platos: arroz, fideos, pescado, cuatro o cinco variedades de verdura y caldos de colores, densidades y composiciones indescifrables. Hay un pote con pequeños ajíes rojos y otro con ajíes verdes, una cacerola con trozos de grasa de cerdo achicharrada y recipientes con harinas. Además, dos jarras con agua y una botella de zu-

lima, el vino de fabricación casera y sabor dulzón. Variedad en la comida, muchas bandejas sobre la mesa. Eso demuestra que la familia es próspera y lo suficientemente rica como para que los invitados se enteren de que allí hay abundancia de opciones.

Aunque las diferencias de nivel económico entre los hogares no son marcadas, prefieren que los visitantes ni siquiera puedan imaginar que pasan penurias.

La comida que se come en China se parece un poco a la comida de los restaurantes chinos fuera de China. Sólo un poco. Cada comensal sostiene en la mano un pote de cerámica. Después de seleccionar lo que van a comer, atrapan el bocado de un solo golpe con las puntas de los palillos. Lo hacen con habilidad, como si empuñaran el pico de un ave nerviosa, la pinza de un cirujano diestro y la tijera de un estilista pero resumido en dos finos instrumentos de madera. Si la porción es demasiado grande para mantenerla en equilibrio hacen una parada en la escudilla. Desde allí, mezclada con las verduras, el caldo o la harina, la dividen hasta lograr un tamaño aceptable. De la fuente a la escudilla, de la escudilla a la boca y todo con mucho, mucho picante. Los ajíes pequeños de color y consecuencias intensas se saborean como nueces y la pimienta se esparce como si fuera queso rallado.

Casi toda la familia se ha reunido para la cena, algunos se sientan sobre bancos bajos cerca de la mesa y otros encima de unas tarimas que por las

noches se convierten en las camas de los mayores. Desde una viga de madera cuelga una lámpara encendida y un farol de queroseno se ocupa del rincón más oscuro.

La abuela decide quedarse a un costado del fuego. Apenas prueba la comida. Tiene algo para decir.

—Hanfei vendrá a vivir con nosotros.

Tsunami Ana da la noticia cuando la cena ya ha comenzado y todos se encuentran sentados. Hasta su nieta mayor, la encargada de servir, ya se ha unido a los demás. Busco la mirada de Rugeshi Ana, pero me esquiva.

Escuchan lo que dice la abuela. Sólo una de sus hijas levanta la vista por un instante pero para bajarla de inmediato. De improviso los detalles —mirar el arroz, mezclar la comida, dar vuelta los palillos— han cobrado una importancia capital.

Hanfei vendrá a vivir con nosotros.

Eso era todo. Dicho de una sola vez y sin necesidad de repetirlo.

Hanfei vendrá a vivir con nosotros.

Una de esas frases que al pronunciarse cobran valor por sí mismas. Se vuelven sólidas, pesadas, sin vuelta atrás. Como decir: "siempre, siempre estuve enamorado de vos" o "a partir de este momento renuncio" o "te mentí todo el tiempo" o "te voy a extrañar, no te vayas". Frases que al ser dichas generan un antes y un después, cambian los planes, inquietan. La matriarca habló y sus palabras instauraron un acontecimiento.

Yo también me siento incómodo. Al principio de la cena conversaban entre ellos y apenas tenía acceso a una traducción de vez en cuando. Pero desde que la matriarca dijo lo que dijo, me doy cuenta de que algo ha cambiado, algo que iré reconstruyendo con el correr de las horas. El silencio se instala como un bloque oscuro que impide ver al otro. En ningún momento se detiene la cena. Se pone de relieve el sonido de los utensilios, el golpe de los palillos contra las fuentes, el chapoteo de los bocados en el caldo. No es pesar lo que se siente en el aire, es otra cosa, algo más parecido al desconcierto.

Ahora queda claro por qué Tsunami Ana interrumpía las conversaciones para salir apresurada, por qué cuando regresaba, tardaba unos instantes hasta volver a ser la misma. Era frecuente verla mirar la puerta, a la espera de noticias, ponerse tensa cada vez que alguien entraba.

Hanfei era la razón.

¿Cuantas veces lo consultó con su amiga? Cuando la encontramos la primera vez, a tres kilómetros de su casa, venía de tratar el tema con una de ellas. Las caminatas se habían hecho más frecuentes en esos días. Hablar con alguien la ayudaba a saber cuál sería el momento preciso de tomar una decisión. Aunque en verdad, como suele ocurrir en estos casos, uno decide y después de un tiempo recién se da cuenta.

La hija que está sentada en el extremo del banco se levanta para reponer el agua de la jarra y ofre-

ce llenar mi copa. De pie, mientras me sirve, me comenta que Rugeshi Ana había hablado con ella acerca del tango y quiere que la incluya entre los asistentes.

Ya la había visto en el amarradero ocupándose del bote de la casa de los Ana y arreglando cuentas con otros vecinos. Me habla sentada frente a mí en cuclillas. Levanta los ojos y mueve las manos para hacerse comprender, parece que quisiera alivianar mi incomodidad. Luego pregunta por mi familia, si vivo con ellos.

¿Cómo se hace en mi país, dónde se debe cuidar a dos mayores? Están al tanto, fuera de la aldea se tiene un padre y una madre.

Nada de lo que está ocurriendo me permite entender quién es Hanfei y qué implica que vaya a vivir con ellos.

A la abuela se la ve más distendida. Juega con los nietos y se le ha suavizado el timbre de voz.

Poco a poco me lo explican. Hanfei fue su hombre durante gran parte de la vida y quizás el padre de la mayoría de sus hijos. Nunca vivieron juntos, no recuerdan haber pasado un día completo bajo el mismo techo ni haber hecho planes de ningún tipo. Cada uno vivía en la finca de su respectiva madre. Tsunami Ana tenía su propio clan y Hanfei el suyo. Sin embargo, desde la primera vez que Hanfei la visitó, ella se convirtió en la única mujer a la que volvió por las noches y él, en el único hombre que tuvo permiso para colgar la gorra en el gancho de la

puerta de la casa de ella. No compartieron la crianza de ninguno de los hijos de Tsunami Ana. Él no modificó su rutina por los embarazos de ella ni ayudó en ninguno de los partos.

Las veces que Tsunami Ana necesitó un hombre en la casa, recurrió a su propio hermano. Con éste, la abuela había tenido un gran parecido físico y el mismo temple. Rugeshi Ana, su sobrina nieta, aún lo recuerda. Era callado y llamativamente fuerte, capaz de levantar a los hijos de su hermana en el aire con una sola mano aunque ya estuvieran bastante crecidos. Era el que cuando se construía una casa cargaba a solas el tronco más grande y sostenía el peso para el que hubieran sido necesarios dos hombres.

Los hermanos Ana se criaron en el seno de una familia humilde. Siendo aún muy jóvenes perdieron a la madre y como no contaban con una mujer madura que reemplazarla a la matriarca, se volvieron aún más humildes. Aunque Tsunami Ana era todavía una niña poco a poco se fue haciendo cargo y, con el tiempo, propiedad y prole empezaron a crecer. Cuando le pregunté por qué algunos de sus hijos vivían en la otra aldea, la respuesta que obtuve fue sencilla. La casa quedaba chica y tuvieron la posibilidad de hacerse de un sembrado cerca del lago. En ese momento, como era algo que concernía a toda la familia, se tomó la decisión de la misma manera de siempre. Todos opinaban y finalmente prevalecía el voto de la matriarca. No era un voto

tiránico ni egoísta, se suponía que ella velaba por el bien de todos.

—¿No era que los hombres tomaban las grandes decisiones?

—Sí —me contestó Rugeshi Ana—, pero en esta casa, sólo las muy grandes decisiones.

La iniciativa resultó beneficiosa, y las condiciones se volvieron más fáciles. Pero Tsunami Ana nunca abandonó la vivienda de su madre. De esa aldea donde los tiempos se actualizan en forma perezosa, donde conoce a cada uno de sus habitantes, de esa aldea no se movió ni para disfrutar de los beneficios de un hogar más cómodo.

Su hermano murió al desbarrancarse el camión en el que viajaba por el mismo camino que nos trajo hasta aquí. Dejó abruptamente un lugar que los hijos varones de Tsunami, ya grandes, se aprestaron a cubrir.

Hanfei nunca fue su esposo y para ella hubiera sido impensable que lo fuera. Una matriarca jamás pretende un marido. Tsunami Ana ha tenido una buena vida y ahora pasa holgadamente los setenta. Además parece con bastante camino por delante. Hanfei, su enamorado, no tuvo la misma suerte, ni la templanza, ni las tierras cerca del lago, ni una familia numerosa con miembros jóvenes y bien dispuestos, ni la fortaleza que ella aún conserva.

Hacía bastante que no se visitaban con frecuencia pero cuando Hanfei comenzó a toser y luego de

toser a ahogarse, fue ella quien iba a buscarlo para enterarse de su estado de salud.

El hombre ya no puede mantenerse sobre la cama, duerme sentado y abrazado a dos almohadas. Aunque es de pecho amplio y piel rosada, respirar se ha convertido en un esfuerzo. La llegada del invierno sólo puede empeorarlo, y la mujer que acostumbra a referirse a los varones como poco prácticos, a reírse y amenazar a sus hijos con el matrimonio, la que nunca los necesitó, ni les pidió consejo, dinero o cuidado, esa misma mujer ha tomado la decisión de que el hombre con el que compartió sus encuentros nocturnos muera a su lado.

Lo cuidará hasta el último momento. Es mejor traerlo a casa, al menos para evitar salir a cada instante, atenta a lo que necesita o a si la necesita. La enfermedad la convirtió en dependiente de la carencia de él.

Termino de escuchar y vuelvo a sentir que tras esas figuras que dan órdenes, autoritarias y enérgicas —Tsunami Ana, Sanshie, Tsie u otras matriarcas que voy conociendo— no se oculta una mujer sino que una mujer esta allí sin ocultarse. Y me pregunto ¿un hombre, en las mismas circunstancias y con ese temperamento, haría lo mismo?

A la mañana siguiente, luego de haber comprendido la historia, me acerco a Tsunami Ana, dama de conocida bravura e indulgente con las limitaciones masculinas, y aprovecho para preguntarle:

—¿Qué es mejor para una mujer, conocer a muchos hombres o dedicarse a uno solo?

—Uno solo —me contesta sin dudar.

—¿Por qué?

—Porque eso significa que la mujer es lo suficiente mujer como para mantener a un hombre interesado por ella todo el tiempo. Eso vale la pena.

Luego levanta las cejas, acomoda su trenza y sonríe para preguntarme:

—¿Té de manteca?

Salvo Dorje, que conduce, los demás miramos por las ventanillas. Apenas cruzamos palabra desde que iniciamos el regreso. Me parece que es preferible no hacer comentarios. Rugeshi Ana nos pide pasar por una aldea cercana, quiere saludar a uno de sus primos.

Es un poblado pequeño pero concurrido. Cada una de las casas de la avenida principal es también una tienda y se nota el movimiento comercial. Al final de la calle hay un templo y dentro del templo trabajan una decena de hombres. Están haciendo reformas y levantaron andamios contra dos paredes que necesitan restauración. Pero la verdadera emergencia está escaleras arriba, donde el techo se vino abajo. La supervisón de la obra está a cargo del primo de Rugeshi Ana, un monje budista de túnica naranja, cabeza rapada, medias y sandalias. Es un alivio encontrarme con alguien

cuya imagen coincide palmo a palmo con mi querido estereotipo.

Rugeshi Ana se le acerca e inician una conversación animada. Se balancea apoyando primero el peso en una de las piernas y luego en la otra. Después de hacerle al primo un gesto para que aguarde, se me acerca para consultarme si el monje puede venir con nosotros hasta una aldea cercana. ¿Cómo me va a molestar? Si en la camioneta viaja un conductor tibetano, una futura matriarca Mosuo, un supuesto agente político chino y un sudamericano curioso, cae de maduro que lo que nos está faltando es un monje budista.

Infiero que el monje debe ser muy gracioso porque no paran de reírse. Habla con la prima y luego incluye a Dorje y a Lei en la charla. Pone una expresión de asombro, parlotea a toda velocidad y gesticula como si repitiera un diálogo. Entonces todos ríen. Ni intento pedir una traducción. Si explicar una broma le hace perder la gracia, pedir traducción no sólo arruinaría el clima sino que, conociendo al pariente, me dejaría asegurado un lugar protagónico en el anecdotario de los templos de la zona. Se me ocurre que el cómico que Dorje tiene atrapado en sus casetes también pertenece al clan de Rugeshi Ana.

Cuando nos despedimos del monje le pregunto a Rugeshi Ana si todos los hombres de su familia tienen el mismo sentido del humor. Me contesta que no, que su hermano es un hombre hosco y que no

tiene buen carácter. Me interesa saber si tiene conflictos con la matriarca cuando recibe sus indicaciones en el trabajo, por ejemplo. Me dice que Yujin Shi Ana, su hermano, es empleado del gobierno.

—Es el guardaparque.

El guardaparque. El especialista en juegos de mesa y uniforme militar, el gruñón de la puerta de la casa de las Ana es un pariente cercano.

—Y, ¿es posible hablar con él?

—Claro —me contesta—, mañana vienen a la villa los monjes del monasterio del lago. Es una celebración en la que participan casi todos los miembros de la aldea. Podemos encontrarnos con mi hermano y arreglar una entrevista para cuando termine el festival.

13

Los hijos que siguen, minuciosamente, el camino trazado por sus padres, despiertan ciertas sospechas. Tienen el futuro armado, pero al mismo tiempo, pierden un recurso vital: poder diferenciar entre lo que quieren y lo que los demás esperan de ellos. Para estar seguros de algo necesitan repetir lo que otros dicen, y no pueden ni ver, ni imaginarse, otra posibilidad. Son pocos los que logran salir de esta amorosa emboscada. Uno que pudo fue Siddharta.

Su padre, el rey de Lumbini, no logró, como quería, dejarle el porvenir asegurado. El príncipe tenía un destino, convertirse en Buda.

Obsesionado por aislarlo del dolor, el monarca había ordenado reemplazar a cualquiera del personal que mostrara signos de envejecimiento. Intentaba ocultar ante los ojos de su hijo que la muerte, lo único seguro, se anuncia en la piel de quien se prepara a recibirla.

Ésa era la razón por la que Buda, que siempre veía gente lozana en su entorno, suponía que la juventud era una edad eterna.

Pero Siddharta, en sus paseos fuera de los límites del palacio, tuvo cuatro encuentros que sus sirvientes no pudieron evitar.

El primero fue con un anciano. Nunca antes había reflexionado que en el último tramo, el hombre se vuelve lento y el tiempo rápido.

Estuvo cerca de un enfermo y de sus dolores. Eso le permitió entender que no sólo se goza con el cuerpo.

Se topó además con un cortejo funerario. Bien pudo haber reflexionado que la muerte, a simple vista, sería bastante más prolongada que la vida.

Finalmente coincidió con un hombre santo y, a pesar de que era un mendigo, vio que estaba repleto de espiritualidad.

Había crecido sin que las palabras dolor y padecimiento entraran en su idioma pero, luego de los cuatro encuentros y habiendo elaborado estos conceptos, comenzó a mirar a su alrededor con otros ojos. Y fue como si lo hiciera por primera vez.

Vio las penurias de quienes trabajaban para él, y entre las mujeres —las más de cuatrocientas que formaban su harén—, el desconsuelo.

Creyendo que después de esta vida se reaparece en otra y luego en otra y en otra más, cayó en la cuenta de que la reencarnación, más que un volver a vivir, implicaba repetir un ciclo de sufrimiento.

Para el budismo, la muerte, la definitiva, la que no lleva a reencarnar en otro cuerpo, puede resultar un bien preciado.

Aparecer bajo una forma humana es una oportunidad rarísima, es mucho más frecuente hacerlo en una planta, un insecto o en cualquier otro elemento de la naturaleza. El objetivo del budismo es evitar esa repetición.

Siddharta, veintinueve años, casado, un hijo, se encontró por lo menos ante tres posibilidades; negar lo que sucedía, tranquilizarse diciendo que el malestar era la otra cara del bienestar o emprender una cruzada contra el sufrimiento para aniquilarlo. Eligió la última.

Esto ocurría unos seiscientos años antes de la era cristiana. Para ese entonces, en Atenas, los nobles que se habían hecho con el gobierno erigían oráculos con el fin de congraciarse con los dioses. Mientras tanto, los otros nobles, los que quedaron por fuera del poder, malgastaban los mejores años de sus vidas en planear cómo asesinar a los primeros.

Nacía la doctrina del Tao pregonando un origen del mundo no definible por palabras ni imaginable a la razón. Hacía pensar en algo difícil de pensar, algo que implicaba la nada, el vacío.

Pitágoras no sólo elaboraba sus teoremas, además consideraba a la ciencia como una forma de purificación y liberación del alma. En lo personal, el matemático elegía para sí una vida de meditación y privaciones.

Parménides entraba en la posteridad luego de escribir su filosofía en un extenso poema dictado por una diosa. Se fundaba la República Romana y los Juegos Olímpicos alcanzaban su máxima popularidad.

Ése era el panorama internacional cuando Siddharta se dio cuenta de que lo esencial estaba en el palacio y que para aprender debía recurrir a los maestros.

Con las enseñanzas de dos de ellos logró mejorar su capacidad de meditar, pero de todas formas no fue suficiente. Decidió entonces convertirse en asceta. Ser asceta implica estar alejado de lo material, quedarse casi sin comer, casi sin beber y andar semidesnudo. Siddharta puso tal entusiasmo en este proyecto que apenas le era posible mantenerse en pie. Su aspecto se volvió lamentable.

Llegar a tal límite, en lo que sea, atrae en cualquier lugar y época a seguidores más fascinados por la desmesura que por la enseñanza. Ésta no fue una excepción y aquellos que lo rodearon terminaron por convertirse en sus discípulos.

Aunque la historia cuenta que Siddharta abandonó ese camino luego de que una mujer le ofreciera tres gotas de leche, es altamente probable que seis años de privaciones sin alcanzar el estado espiritual que se había propuesto, hayan influido bastante.

Sus adeptos, frustrados por haber dejado de ser adeptos de alguien ponderadamente extremo, se dispersaron no sin cierto rencor.

Después de tanta meditación no eligió ni el goce de los sentidos ni la privación absoluta. Su respuesta pareció dictada por el sentido común; mejor escoger un término medio.

Se dio cuenta de que el desborde en la sensualidad lo embrutecía y que castigar su cuerpo en exceso no lo acercaba a la luminosidad; sólo lo volvía más delgado.

Bajo el árbol de la sabiduría se detuvo a meditar y luego de infinitas tentaciones alcanzó la iluminación convirtiéndose, por fin, en Buda.

Contaba entonces con treinta y cinco años.

Recuperó a sus discípulos y predicó sus conocimientos.

Es capital en sus enseñanzas saber que el deseo es causa de sufrimiento ya que si no se desea, nada habrá para esperar. Y si nada esperamos nunca habrá padecimiento por algo que no obtuvimos.

Quizás ése fue el error del padre de Buda, llenarlo de cuidados y cegarlo sobre la condición humana, a la que inevitablemente siempre algo le falta. Sólo cuando Siddharta advirtió, luego de sus cuatro encuentros, las intenciones del rey, pudo romper con el velo y fundar un camino que luego transitaron millones de adeptos. Su filosofía consistía en lograr abolir el deseo y así evitar el sufrimiento por no poder satisfacerlo.

¿Pero qué hubiera sido del budismo sin el deseo de Siddharta de alcanzar la iluminación y luego predicarla?

Buda no es un nombre, es un título al que se llega cuando se alcanza cierto estado. Separar el budismo del hinduismo, de donde se originó, es como hablar del nuevo testamento sin saber que existe el viejo.

El budismo admite la existencia de dioses pero los releva de responsabilidades como la de crear el universo, juzgar la conducta del hombre y conducir el destino de los seres vivos. Esto último depende del karma, una especie de consecuencia en esta vida de las acciones de nuestras vidas pasadas. Como también existirán vidas futuras, siempre es conveniente ser cuidadosos con nuestros actos y pensamientos con el afán de procurarnos un karma más amigable para la próxima estación. A su vez la realidad de la que tenemos conciencia es pura ilusión pues sólo nos permite ver el ciclo en el que nos encontramos. La realidad nos hace perder la perspectiva que puede darnos un punto de vista que tenga en cuenta de dónde venimos y hacia dónde vamos. Toda la rueda no es otra cosa que un camino para alcanzar la iluminación.

En su primer sermón, el Buda reveló las cuatro nobles verdades. Primero se refirió al dolor, a la pena, a la imperfección o a lo poco permanente de la felicidad. Una palabra que cambia su significado dependiendo de quien traduzca el término. Establecido esto, el Buda se ocupó de desentrañar el origen del padecimiento. Señaló como causantes la sed, la pretensión, la avidez. Después, para no dejarlos sin

soluciones, les explicó a sus discípulos una forma de eliminar el dolor. Había que evitar su causa, es decir, el deseo. Aniquilándolo era posible librarse de las demandas que el deseo impone. Aniquilándolo el hombre podría iluminarse y tomar conciencia de otra realidad, el nirvana. El deseo es el responsable de las múltiples y fastidiosas reencarnaciones. Sólo los que se convierten en Buda terminan con el ciclo.

¿Cómo se llega al nirvana? A eso se refiere la cuarta verdad y sus ocho preceptos. Recta atención, recta concentración, recta comprensión, recto pensamiento, rectas palabras, rectos medios de vida, recto esfuerzo y recta acción.

Día de celebración. Donde comienza la aldea hay una porción de tierra que entra en el lago y forma una península. Allí se preparan los festejos. No hay una sola nube y el cielo está tan celeste y el aire tan puro que podría decirse que es un día budista.

Vinieron los monjes desde una de las islas más remotas del lago. Abandonaron el monasterio para instalarse en una carpa chica, en la que sólo pueden permanecer sentados. Se ubican en dos filas, frente a frente, separados por una tabla baja sobre la que apoyan algunos objetos —campanas, cilindros giratorios, tubos de metal— con inscripciones en sánscrito. También están los textos que leerán durante la jornada.

Escucho frases sagradas, son los pasos que conducen hacia la iluminación. Para marcar el ritmo, dos monjes hacen redoblar sus tambores. Una campana señala el final de una plegaria y el inicio de otra. Repiten los rezos al unísono, uno tras otro, hora tras hora, y es esa repetición lo que arma la escena, da la fuerza, genera una sensación que coloca la conciencia en otro plano, en una frecuencia distinta. Es como si nos dividiéramos en dos y pudiéramos mirarnos a nosotros mismos desde un mundo sin materia.

Me acerco a Sanshie, que revuelve el contenido de una olla enorme. Sinshie, su hija, la ayuda, vestida con sus ropas nuevas. Es un hecho: la casaca que le confeccionó Tsie le queda grande.

—Sanshie, ¿por qué los monjes se acercaron a la villa? ¿Qué celebran?

—Se celebra el día en que los monjes vienen a la villa —responde con un gesto como si me tuviera paciencia. Ya hace bastante que Sanshie me trata como a un hombre.

Desde temprano, ordenaron cerca de la orilla unos arbustos extraños hasta formar una hilera de cincuenta metros de largo. Sentada, de espaldas a la fila, una anciana mueve la boca con un involuntario gesto de ancianos. Cada tanto levanta una mano como si intentara atrapar algo suspendido en el aire. Es un gesto solemne, religioso. Alejado, casi en la otra punta, un grupo de niños corre entre las gavillas.

Al budismo tibetano se lo llama Lamaísmo. El nombre es un homenaje a sus maestros, los monjes Lama. En las sociedades matriarcales no hay un dios padre todopoderoso como el del cristianismo, el judaísmo y el credo musulmán. En el budismo los dioses son varios y más humanos y jamás se les dio por obsesionarse con la tarea de dictaminar qué es lo permitido y qué es lo prohibido. La rueda de la reencarnación, el karma y la iluminación ocurren independientes de ellos.

Busco a Yasi Tu Ma, mi matriarca. Espero poder verla en otro ámbito que no sea el del trabajo y así tener una idea de cómo se maneja socialmente. Hay varios grupos de mujeres pero no la encuentro en ninguno.

Doce participantes trabajan en una imprenta improvisada al aire libre. Sobre una plancha metálica con tipografía embebida en tinta, apoyan banderines amarillos y rojos. Pasan después un rodillo seco sobre ellos hasta que el texto queda impreso en el género. Cuando consideran que están terminados los cuelgan de unas cuerdas que sirven para delimitar el circuito. Eso hace que el lugar se llene de mantras que flamean en el aire.

El budismo incorpora prácticas provenientes de la India, como el tantra. Dentro de estas prácticas los mantras son palabras, frases que al repetirlas, más por su sonido que por su significado, inducen al trance espiritual. El tantra no es una enseñanza oculta pero se necesita cierta sutileza para com-

prenderlo. El manejo de la energía sexual es importante porque el goce erótico es considerado una experiencia mística. Cuanto mayor la experiencia mística, mejor el goce erótico. Pienso que esto último despierta el entusiasmo por volverse creyente.

La metodología le fue revelada a la diosa Parvati por boca de su marido, el dios Shiva. Consiste en alcanzar un grado de concentración que permitirá mantenerse en los umbrales del clímax. Intenta dar lugar a que el placer de la mujer, necesitado de tiempo y cuidado, alcance su plenitud. De esa manera, los amantes pueden compartir un éxtasis más proclive al orgasmo femenino que al de la eyaculación. Ellos consideran que la sexualidad de la mujer está más emparentada con lo místico, con lo espiritual. Esta práctica permite que los integrantes de la pareja compartan lo femenino. Ambos disfrutan de la sexualidad de ella. Sostienen que no es necesario que actividad erótica, orgasmo y eyaculación coincidan en el mismo momento. No hace falta aclarar que sí con la misma persona.

Desde la orilla se levanta una humareda. La anciana que cuida las gavillas espera el viento propicio para encenderlas. Al quemarlas se produce una niebla de olor dulzón que llega hasta mí. Es un humo celeste que no hace toser pero marea. Cada tanto envuelve a la anciana hasta borrarla por completo.

La fiesta está en su apogeo. El rezo de los monjes, las campanas que suenan rítmicas, los mantras

grabados en los banderines, el fuego, los hombres en reposo y la comida lista para servirse.

Saludo a Lu Gu Pintsa que está rodeado de amigos. Uno de ellos es el guardaparque, Yujin Shi Ana.

Los jóvenes que habitualmente trabajan en el embarcadero tocan una melodía en un coro de flautas. Los Mosuo son conocidos en la región por la música que interpretan sus hombres.

Busco a Rugeshi Ana para recordarle la entrevista con su hermano y le digo que si se olvidó, él está aquí cerca junto al jefe de la aldea y que es un buen momento para concertarla. No, no se había olvidado.

El budismo tibetano tiene diferentes órdenes, la del Lago Lugu es la de los *gelugpas,* fundada en el año 747 por el monje y estudioso budista Padmasambhava (significa nacido en el loto) que, proveniente del norte de India, viajó al Tíbet para instaurar la primera orden de lamas. La jerarquía la ocupan dos de ellos; el Lama Pachen y el Dalai Lama. Los miembros de todas las órdenes deben permanecer célibes y la mayoría vive en monasterios. Es importante en sus rituales mantener el misticismo esotérico del tantra, que incluye yoga, mantra y fórmulas místicas.

Existen en el budismo algunas mujeres que logran la iluminación. Una de las más famosas es la diosa Tara, quien rechazó el consejo de los monjes de rezar para reencarnar en el cuerpo de un hombre y así poder acercarse a la luminosidad. Ella de-

cidió hacerlo con sus propios recursos y como premio por su empeño, se convirtió en diosa. De ella se dice que es de gran belleza y de carácter particular. Puede ser alternativamente la más dulce de las mujeres como también la peor de las pesadillas. Me parece que esto último es lo que llaman "carácter particular". Su culto se desarrolló en el Tíbet en el siglo XI, bajo la influencia de la secta precursora de los Gelugpas.

Padmasambhava, dijo: *Es necesario un cuerpo humano para alcanzar la iluminación. Hombre y mujer, no hay diferencia. Pero para quien está decidido a desarrollar el espíritu del despertar, un cuerpo de mujer es más favorable.* Pero ninguna de ellas llegó a ser lama. Tampoco ocupan cargos administrativos importantes.

Las monjas fueron incorporadas al budismo desde sus inicios. En Nepal existen monasterios donde son mayoría.

Las grandes órdenes budistas tienen subórdenes. Una de ellas las rechaza como lamas o como autoridades religiosas. Es más, ni siquiera las acepta como monjas. Ésa es la suborden que, sin que nadie las obligue, eligieron las matriarcas Mosuo.

14

Ha llegado el turno de los caballeros. Transcurridos veinte días desde mi arribo al Lago Lugo, es tiempo de hablar con ellos a solas. En las oportunidades en las que tomé contacto con otras culturas fueron "ellos" los que me abrieron la puerta de la comunidad, los que me invitaron a sus casas buscando una situación amistosa. Desde que estoy aquí, en cambio, cada vez que necesito reunir información, comprar algo o coordinar alguna actividad debo tratar con una mujer. En las aldeas Mosuo es poco común que los hombres estén frente a mí de manera espontánea. Ellas caminan y, si un varón las acompaña, lo hace como siguiéndoles el paso. La sensación es que las damas ocupan una primera línea y, a la zaga, vienen los integrantes del sexo fuerte.

Yujin Shi Ana, hermano de Rugeshi Ana, será el primero de mis contactos tal como lo habíamos

arreglado en el festival. Me acerco a la casa de las Ana y busco a Rugeshi para saludarla. Con ella bebo una taza de té de manteca en la sala principal y luego salgo al patio en busca del portón de entrada.

Allí están. Ocho hombres sentados en ronda miran una mesa de majong. Sobre ella hay ciento treinta y cuatro fichas esperando boca abajo. Tres son los palos (bambúes, círculos y caracteres). Cuatro los jugadores, tantos como las piezas del honor, como los vientos y los puntos cardinales. Las fichas del dragón sólo son tres, y tres los tríos que deben ser formados.

Ya asignados los lugares por sorteo e iniciada la partida, los jugadores intentarán formar grupos de fichas iguales o consecutivas. Cuando uno de ellos baja una, el que está a la derecha tiene la opción de levantarla. Si le sirve, se ve obligado a mostrarle su logro al resto.

Yujin Shi es el hermano mayor de Rugeshi Ana y el guardaparque de la región. Es un empleado del gobierno que viste su uniforme veinticuatro horas al día, la mayoría de las cuales transcurren frente a la mesa de majong.

El funcionario tiene el primer turno. Al igual que sus amigos, va a jugarse el todo por el todo por armar tríos de fichas.

Yujin Shi Ana está concentrado. Los que observan, sentados o parados, doblan en número a los que juegan. Finalmente logro que me hagan un lugar entre ellos. Comen semillas de girasol y forman

pilas de cascaritas en el piso, al costado de los pies derechos. Hay "Pong" para uno de ellos y esto se debe a que su compañero acaba de bajar una ficha. Le viene bien. Y como nadie reclama, la levanta.

Los he visto todos los días en la misma posición durante muchísimas horas. A veces por la mañana, a veces por la tarde, pero siempre jugando al majong, el ajedrez o las cartas.

Es una sociedad matriarcal y lo mínimo que puede decirse es que aquí las mujeres no están sometidas. Tanto tiempo jugando, gente grande, ¿por qué será que ninguna de las hermanas, madres, axia furtivas o abiertas, les protesta? Ésa me parece una buena pregunta para empezar la entrevista, sin moverlo de la mesa del majong, y sin que Yujin Shi deje de estar atento a la partida.

—Mi hermana no se queja —dice Yujin Shi Ana.

Me doy cuenta de que no puedo terminar de acostumbrarme, mi intención era preguntarle por la esposa.

—¿Y tu enamorada?

—Mi enamorada ¿por qué habría de hacerlo?

Con sólo levantar la mirada es posible observar que las mujeres del pueblo están ocupadas. Pero él insiste.

—Las mujeres Mosuo saben que deben trabajar y saben que para eso son las mejores.

Le pregunto por su actividad y me explica que es el responsable de velar por la conservación del medio ambiente.

Eso fue todo lo que pude sonsacarle. El fin de su elocuencia. Tratar de hablar con él era como golpear la puerta de una vivienda deshabitada esperando que nos atiendan. Yujin es uno de los más robustos y el uniforme de guardaparques le da presencia. Pero siento que hay algo que no cierra. Entro en la casa y busco a Rugeshi Ana. Está trabajando en la cocina y me saluda sin distraerse.

—Parece muy estricto ¿no?

—Conmigo, que soy la menor, trata de parecer severo, pero cuando aparece mi hermana mayor nunca le discute.

Tras decirme que la aguarde, Rugeshi Ana sale al patio y encuentra a su hermana, la matriarca. Es una mujer de unos cuarenta años, más baja y más delgada que Rugeshi. Se la ve apurada. La escucha y mira primero hacia la cocina donde estoy yo y luego hacia la entrada de la propiedad, donde está Yujin Shi. A medida que la matriarca se acerca a la mesa de majong siento cómo voy ganando, sin querer, un enemigo uniformado. Estoy preparado para presenciar la humillación de Yujin delante de sus amigos o una pelea de proporciones. Sin embargo lo que ocurre, ocurre con toda naturalidad. Apenas advierte que la matriarca está a su lado, Yujin se levanta y cede su lugar a otro que, alertado de lo que pasa, acepta de inmediato. Yujin Shi Ana, un corpulento hombretón Mosuo con aspecto intimidante y cara de pocos amigos, se apura a cumplir con el encargo de su jefa. Hay algo infantil en su proce-

der. Apura el paso y ensaya una excusa que la matriarca interrumpe en el acto.

Rugeshi Ana vuelve a la cocina y sigue con su tarea. Pareciera que la escena la reubica con relación a mí, que se acuerda de lo mucho que hay para hacer y que el tiempo que me ha concedido fue suficiente.

Agotadas mis posibilidades en la zona, he decidido probar suerte en el amarradero, al otro lado de la aldea y cerca de donde se celebró la llegada de los monjes.

Los botes son rústicos pero sólidos, hechos de madera proveniente de troncos de buen porte. Aprestados en la orilla, tienen medio cuerpo en el agua y medio en tierra. No quieren que la corriente se los lleve. Uno de los botes se mece en el lago, tan lejos como le permite la soga que lo une a un poste clavado en tierra. Habrá una veintena de canoas capaces de transportar entre ocho y diez pasajeros cada una.

Por unos pocos yuanes, los dueños de los botes ofrecen el transporte. Algunos van al templo, otros prefieren navegar hasta una aldea vecina y otros a casa de un amigo que vive lejos. La navegación ahorra una caminata prolongada.

Es uno de los pocos trabajos de la villa fuera de la agricultura o de la cría de animales. Como produce efectivo a diario, se distribuye, equitativamente, entre las familias de la zona. Cada una debe enviar a uno de sus integrantes y fabricar un bote.

Tienen turnos de seis horas y las mismas oportunidades de captar pasajeros. La paga se acumula en un pozo común que luego se divide en partes iguales. Esto evita las peleas por conseguir un viaje y el malestar entre vecinos.

Me encuentro con una buena cantidad de hombres jóvenes y creo que puedo obtener material de ellos. Prefiero sacarles las fotos antes de acercarme, para evitar las poses que derivan de la incomodidad de saberse entrevistado, esa mezcla de rigidez, nervios y deseos de agradar. Llegué después de almorzar y hace dos horas que estoy sentado tomando un descanso. Hay un ambiente de humedad y silencio como corresponde a las cercanías de un lago.

Llevo encima una grotesca capa de lluvia de color azul. Es una capa de plástico, práctica y fácil de guardar en la mochila. Cuando la uso, me cubre por debajo de las rodillas. A decir verdad no llueve, ni llovió en toda la tarde, pero tengo pereza de sacármela, así que la llevo puesta. Cada tanto miro hacia arriba. Evalúo cuán gris se presenta el cielo e imagino algún tipo de pronóstico. Luego vuelvo a mi anterior estado de gracia, y sigo recostado de espaldas a una pared.

Hay poco movimiento, muy poco. Todos me conocen lo suficiente como para que a los veinte minutos de estar contemplando el lago, me convierta en un elemento más del paisaje. Ya no les llamo la atención, ni siquiera me miran. Eso me permite un período de anonimato.

Armo el trípode, coloco la cámara y elijo la lente para tomas a gran distancia. Después, sin demasiado apuro, decido comenzar. Hago una foto en perspectiva. Encuadro varios botes y a sus tripulantes. Vuelvo a mirar a través de la lente y disparo. Ahora puedo concentrarme en los detalles. Enfoco a una mujer sentada dentro de la canoa con una de sus piernas que cuelga fuera. Juega a balancear el pie a ras del agua sin mojarse. A pesar de mostrarse distendida, sabe que alguien puede acercarse y se mantiene alerta. Creo que me vio. Mira hacia donde estoy con insistencia, me hace sentir incómodo, mucho más incómodo que yo a ella. Mejor cambiar el punto de enfoque para la próxima toma. De todas formas hay alguien que se dirige a la orilla y ella le hace señas para que se acerque. Con dos pasajeros a bordo, desata la soga que mantiene el bote atado a tierra. Con uno de los remos hace palanca contra la orilla y apenas tiene profundidad suficiente empieza a remar. Se aleja bordeando la costa.

En la barca contigua, su compañera está entregada a tareas de limpieza. Quita el agua del interior y recién entonces barre. Hago un disparo y me muevo. Quiero tomar la escena desde otra posición.

Oculto detrás de mi cámara, me siento como un francotirador. Hago blanco para robar imágenes, soy un ladrón de circunstancias a una velocidad de sesenta y con un diafragma dos con ocho.

Los otros botes están en manos de varones. El contraste entre quietud y movimiento es llamativo.

Otro disparo. Uno de ellos duerme tirado sobre los asientos, con el sombrero tapándole los ojos y los brazos cruzados sobre el pecho. Hace rato que se sacó las botas y en la piernas cruzadas brilla el azul eléctrico de las medias. Enfoco, ésta va a ser una foto tranquila. Duerme sin importarle que alguien necesite de sus servicios, sin embargo se encuentra en su lugar de trabajo y cumple, horizontal, con su cometido. Calculo que la posición que adopta y la seriedad con la que encara el sueño me permitirán hacer otra toma que no salga movida.

Perpendicular a él, en otro bote, su compañero ocupa el puesto siguiente. Si por alguna preferencia alguien decide utilizar esa embarcación, deberá introducirse unos metros en el lago. Hace rato que el remero se alejó de la orilla y parece disfrutar el movimiento del bote en el agua. Pero él no está dormido, lee una revista. Como está de espaldas, trato de ver si puedo tomarlo por encima del hombro para que en la foto quede registrada la historieta que tiene entre las manos. No es sencillo, es mejor que me aproxime. Me imagino que la trama de la tira debe ser fascinante y que se fija en cada detalle porque no lo veo cambiar de página. Parece analizar lo que lee. La corriente lo pone de frente y puedo verlo mejor. No, no es que está concentrado, éste también está dormido.

Ya me quedé sin rollo y el motor de la cámara rebobina la película con un sonido inconfundible. Coloco otra, esta vez una película de alta sensibilidad,

para poder trabajar bien y con poca luz. Ochocientas asas, buenos colores y casi no se nota el grano.

Me siento conforme con las tomas que hice y decido cambiar de punto de vista. Levanto el equipo y doy la vuelta para poder sacar fotos desde otro ángulo.

Veo un grupo debajo de un árbol. Cuatro hombres y dos mujeres. No sé si terminaron el turno de los botes o recién están por empezarlo. Las mujeres arreglan ropa acumulada en canastos. Mueven las agujas veloces, como si bailaran un minué alocado con las manos. Trabajan sin bajar la vista, de memoria, concentradas en la charla que mantienen entre sí. Cada tanto, miran la labor para cerciorarse de que todo esté bien y volver, tranquilas, a lo más importante, ponerse al día.

Los cuatro hombres tirados sobre sus sacos también duermen. No, los cuatro no. A uno le está costando conciliar el sueño. Debe ser por el stress de la vida moderna. Busca posiciones y cada tanto se sienta para mirar, con los ojos apenas abiertos, de manera que parecen todavía más achinados que de costumbre. Al comprobar que no hay nada mejor que hacer, vuelve a tumbarse. Los otros tres, más decididos, siguen abocados a explorar otras dimensiones.

A la entrada del embarcadero, hay seis hombres en cuclillas, uno al lado del otro. Parecen idénticos: la misma edad, la misma complexión, la misma ropa y la misma postura corporal. Una serie de hom-

bres con sombrero y cigarrillo en la mano. Me recuerdan a dos tríos de monos sabios que se hartaron de taparse las orejas, los ojos y las bocas. Arman una serie tan simétrica que parece producto de espejos enfrentados repitiendo hasta el cansancio una misma imagen. Es increíble, los seis miran sin inmutarse cómo trabaja una mujer a diez metros de distancia. Mientras tanto, ellos fuman.

Por la calle posterior, pasan dos mujeres que cargan leña. Usan mochilas de mimbre atadas a la espalda y a la cabeza. La cinta superior la sujetan a la frente como una vincha larga. Tomo una foto que incluye a ambas. Las conocí en la ceremonia de iniciación de Sinshie. Una de ellas fue la que hizo la pollera. Aunque es de día, eludo las sombras que proyecta el sol con un disparo de flash. Miran de dónde viene el destello y sonríen mientras se acomodan el pañuelo rojo que llevan sobre el pelo. Me saludan con la cabeza sin perder el equilibrio. Lo que cargan las debe doblar en peso.

¿Cuántos varones posibles de ser entrevistados tengo? Los seis sentados y los cuatro que están durmiendo bajo el árbol: diez. Dos, más aletargados en los botes: doce. Una docena en plena actividad, creo que es suficiente.

Acomodo el equipo y llamo a Lei, que pasea por la orilla fumando un cigarrillo y mojándose los zapatos. Lei está cambiado, su estadía entre los Mosuo le ha alterado tanto los esquemas que se está volviendo un *freak*. Quizá deba empezar a preocuparme.

Decido comenzar por los dueños de los botes. Me acerco hasta uno de ellos. No sé cómo hacer para despertar a estos marineros. La mujer que amarra en el espacio siguiente resuelve el problema. Se da cuenta de mi intención y los sacude antes de partir con un pasajero.

El hombre se sorprende pero sonríe. Lei se acerca y hace los arreglos para dar comienzo a la conversación. Bostezan.

—Me llamo Yanduchie y tengo cuarenta años. Soy responsable del bote de mi familia. Llevo pasajeros de una orilla a otra del lago.

—¿Y hay mucho trabajo?

—Hay, sí, hay.

—¿Con quién vives?

—Con mi mamá.

—¿Y cómo es eso?

—Es bueno, tengo una familia grande, somos treinta y seis.

—¿Viven juntos?

—Sí, claro. Mi madre, mi abuela, mis tías y tíos, mis hermanas y mis sobrinos.

—Y, ¿cuál es el papel del hombre en una sociedad como ésta?

—La responsabilidad del hombre es muy importante porque es el encargado de trabajar y aportar dinero para mantener a su familia.

—¿Trabajan mucho?

—Sí, yo sé que dicen que el hombre Mosuo es haragán, pero lo cierto es que tanto hombres como

mujeres tienen el mismo compromiso con el trabajo. Más aún, yo diría que la responsabilidad del hombre es mayor.

Como corresponde a una comunidad de madres, los hombres son tratados como niños. Me pregunto si esto no interfiere en el interés erótico que esos hombres puedan despertar. La mujer se comporta como un adulto responsable, serio e identificado al trabajo. Mientras tanto, al varón se lo regaña, se lo manda y se lo consiente. Pero ocupar un nivel inferior bajo la tutela de una matriarca no es lo mismo que hacerlo bajo el ala de un patriarca. El varón Mosuo pasa mucho tiempo con sus amigos, trabaja poco, no se hace responsable de nada, cambia de amante de manera asidua y vive toda la vida con su mamá.

En una sociedad patriarcal, si una finca estuviera bien organizada y no necesitara del trabajo de un jefe varón, es muy probable que éste se sentara en la parte más alta de la propiedad a contemplar sus pertenencias. La matriarca nunca sale de la escena. No se sienta a contemplar nada y siempre forma parte del trajín.

Es difícil que una dama a orillas del lago Lugo le diga a un hombre que tiene sed y que le gustaría que le alcance un vaso de agua, eso sólo ocurre en la sociedad patriarcal.

El que dormía aferrado a la revista se despereza, viene con nosotros y asiente a cada comentario de su compañero. Me alegro de haber tomado las fotos antes.

—¿Cómo eras de niño?

—No era muy bueno en la escuela y por eso me sacaron. Me ocupaba de ir a buscar sal a Lijiang.

—¿Es común que los hagan interrumpir el colegio?

—Ahora no es frecuente, pero antes, si un muchacho no era bueno estudiando y no demostraba poner empeño, la familia se encargaba de que dejara sus estudios de inmediato.

—¿Y con las muchachas?

—No, a las muchachas no las sacaban nunca del colegio —parece recordar algo importante y agrega—: ellas siempre mostraban voluntad.

Se acerca un joven de unos veintiocho años. Se sienta en un costado con las piernas cruzadas y la cabeza gacha. Cada vez que pregunto algo me mira, interesado. Sigo hablando con Yanduchie.

—¿Quién te cuidaba?

—Mi tío. Con él pasaba mucho tiempo.

—¿Y tu madre?

—La mayor parte del día estaba en los campos.

Lei me está traduciendo pero el recién llegado lo interrumpe. Como quiere terminar con la frase, le hace una seña con la mano para que espere.

—¿Estás de novio, tenés un axia permanente?

—No, por el momento no, pero aquí no es difícil procurarse una mujer para la noche.

El muchacho insiste, quiere intervenir, pero Lei lo vuelve a calmar.

—¿Qué es lo que pasa, Lei?

—Me pregunta si esta entrevista va a salir por televisión o si va a ser publicada.

—Decile que no creo que salga por televisión y que espero se publique.

Lei traduce y Alatashi —tal su nombre— se pone de pie y me señala.

Lei me comenta que quiere decirme algo. Alatashi no se muestra agresivo, pero se empeña en dar una imagen formal y aparecer en cámara.

—Bueno, no hay problema.

Estoy grabando la entrevista con una pequeña filmadora digital. Antes de viajar me aconsejaron que fuera cuidadoso con el sonido de manera que alquilé un micrófono externo que ahora le paso a Alatashi. Eso lo calma y vuelve a sentarse.

El joven, micrófono en mano, mira fijo hacia la cámara. Habla con voz pausada y firme. Es bajo, delgado y de manos grandes. No es muy musculoso. Es serio. En Loshui no se encuentran hombres con aspecto de Adonis. Alatashi no escapa a la regla del lugar. Flaco y huesudo, sólo se distingue por su manera de hablar, más formal y menos distraída. Comienza diciendo:

—Quiero que se sepa que nosotros defendemos nuestra forma de vida.

—¿Qué significa eso?

—Que las mujeres estén a cargo es parte de nuestra cultura, algo que nos diferencia. Lo mismo ocurre con nuestra manera "axia" de matrimonio, el matrimonio andante. Es un estilo que mantenemos

desde que existen los Mosuo y debemos ser respetados por ello.

Es la primera declaración política que escucho desde que llegué a Loshui. En todo el tiempo que pasé entrevistando mujeres, ninguna tuvo un discurso de este tenor. Alatashi insiste:

—Los Han, nuestros vecinos, viven de otra manera, más parecida al resto de China, pero nosotros estamos satisfechos con la nuestra. Las minorías deben ser respetadas. Como bien decía Yanduchie, que es el vicejefe de la aldea, aquí los hombres tenemos nuestras responsabilidades.

—¿Yanduchie es el vicejefe?

—Sí, claro, tendría que habérselo dicho y debería explicarle qué es lo que queremos.

Miro a Yanduchie y le pregunto.

—¿Sos el vicejefe, el segundo de Lu Gu Pintsa?

—Sí —responde.

—¿Y por qué no lo dijiste?

Como sólo me sonríe decido no insistir y vuelvo con Alatashi.

—¿Y cuáles son los reclamos?

—Queremos ser respetados como minoría. Como consideramos que el matriarcado es lo que nos distingue culturalmente, es nuestro deseo que se acepte nuestra forma de vida.

—¿Pero quién les discute la forma de vida?

—En este momento nadie, pero en el pasado el gobierno central envió a la milicia para terminar con la cultura Mosuo. Obligaban a la gente a casarse, a

convivir. Mi madre cuenta que el ejército elegía quién debía estar con quién y, dado que la mayor parte de los habitantes de la villa no tenían pareja fija, lo que se vivió en cada una de las propiedades se tornó insostenible. Hubo una división del Ejército Rojo que ofició de Celestina.

15

Como al resto de los pobladores de China, a los Mosuo la historia les tenía reservado sus avatares. El primero de octubre de 1949, ante la mirada preocupada de algunos y el entusiasmo de otros, Mao Tse-Tung proclamó el triunfo de la revolución. Ése fue el fin de una larga lucha y el inicio de una nueva nación. El perfil izquierdo de Mao, grabado en más de tres billones de escarapelas, se fue instalando en la mayoría de las solapas, gorros y camisas de campesinos, trabajadores y estudiantes. Igual éxito se esperaba que tuvieran, en cuanto a las viejas costumbres, las ideas que le dieron sustento al movimiento. Esto significaba que había llegado la ocasión de fundar una nueva cultura, homogénea, sin ataduras con el pasado y tendiente a abolir las diferencias entre los habitantes de China. Los Mosuo eran, a las claras, una diferencia.

Había algo que le molestaba al gobierno, algo que, por tanto, quisieron modificar. Los Mosuo fueron desde sus inicios, desde que se conformaron como cultura, una sociedad matriarcal. Entre ellos jamás existió el matrimonio y la vida amorosa siempre fue un tema importante, además de ser muy activa. Como ellos mismos cuentan, la figura del padre nunca tuvo relevancia y eso resultaba incómodo cuando se consolidaba en China la imagen de Mao, un jerarca varón, padre y jefe de cerca de mil millones de compatriotas.

En 1950, un año después de la histórica proclama en la plaza Tian An Men, los líderes del gobierno de la provincia de Yunnan consideraron que los Mosuo mantenían con sus relaciones amorosas una práctica primitiva y, además, de acuerdo con el nuevo orden instituido por la República Popular China, ilegal.

Que los hombres, en vez de trabajar y producir, organizaran sus días de acuerdo con la actividad sexual que tenían reservada para la noche, resultaba intolerable. El nuevo régimen pensaba que, a causa de este sistema, acababan exhaustos y sin deseos de volver a los campos donde la Revolución tanto los necesitaba para impulsar la economía. Qué cambio revolucionario podían pretender si el único horizonte que les importaba era esa línea formada entre los labios de una mujer.

Seis años más tarde, en plena reforma agraria, hicieron el primer intento de terminar con el matriarcado. La distribución de la tierra se haría to-

mando como base el lugar de residencia del hombre. Si ellos deseaban separarse de sus madres y fundar una familia, como las que existían en el resto de la República, se les otorgaría la titularidad del campo que cultivasen. Sin embargo, no hubo una sola petición de parcelas bajo estas condiciones y la tentativa de seducirlos para que se convirtieran en una sociedad patriarcal con la promesa de ser dueños de la tierra, fracasó.

Durante el período llamado *El gran salto hacia adelante*, en 1958, las autoridades enviaron los primeros grupos de trabajo para establecer un régimen monogámico socialista. Fin del libertinaje. A sentar cabeza y formar matrimonios. Lo que no quedaba claro era quién debía casarse con quién.

Las pocas parejas que se formaron tuvieron que enfrentar duros obstáculos a la hora de convivir. El que se mudaba a la propiedad familiar de su consorte era considerado un intruso. Las matriarcas fueron las primeras en oponerse abiertamente al sistema. No estaban dispuestas a permitir que les sacaran a sus hijas para hacerlas convivir con un extraño. Las jóvenes, por su parte, no entendían por qué debían dejar a sus madres para irse a vivir con un miembro de otra familia, por ejemplo, su marido. Era un intento tan traumático como sería hoy forzar a una pareja occidental, que llevara veinte años de buena convivencia, a interrumpir su matrimonio, a que el hombre desconozca a sus hijos y a que cada uno se vuelva a vivir con sus respectivos padres.

En 1966 llegó la Revolución Cultural y con ella la intención de terminar con las cuatro viejas ataduras: viejos hábitos, viejas costumbres, vieja moralidad y vieja cultura.

En el *Libro Rojo,* Mao escribió: *En cuanto a las mujeres, además de estar sometidas a estos tres sistemas de autoridad, se encuentran dominadas por los hombres (la autoridad marital). Estas cuatro formas de autoridad —política, del clan, religiosa y marital— encarnan la ideología y el sistema feudal-patriarcal en su conjunto y son cuatro gruesas sagas que mantienen amarrado al pueblo chino, en particular al campesinado.*

Durante este período, los grupos responsables de la difusión y cumplimiento de las nuevas pautas en todo el país eran unidades del ejército. Los encargados político-militares obligaban a casarse a quienes ellos consideraban que se debían casar. Al cónyuge que se atrevía a abandonar el hogar lo hambreaban quitándole su ración de granos.

Los hijos extramatrimoniales eran discriminados y no recibían el mismo porcentaje de alimentos que los nacidos en el nuevo marco legal. El régimen forzaba y armaba una paradoja. Mientras que en toda China intentaban abolir la costumbre de matrimonios por arreglo, a los Mosuo los presionaban para integrar un tipo de familia que no les interesaba en lo más mínimo.

Suponer que las convicciones se podían eliminar por decreto y que voluntariamente se generarían

nuevas formas de sentir, produjo un cocoliche absurdo y pura confusión. Los habitantes de la aldea asistieron, perplejos, a sus propios matrimonios. Duró lo que la presión del régimen pudo sostener. En cuanto los enviados de Mao se retiraron, como en un inmenso juego de niños, cada uno retornó a su lugar. Las mujeres volvieron a construir el hogar con sus hijos y los hombres abandonaron ese sitio que les era extraño para regresar adonde en realidad pertenecían: las casas de sus madres. Y más: con el tiempo, a los cuadros políticos destacados en la zona no sólo les resultó imposible modificar la situación sino que muchos de ellos terminaron capturados por las muchachas Mosuo e integrados al sistema.

Alatashi quería continuar.

—Instaban a que los hombres manejen el dinero y comanden la familia de la madre de sus hijos. ¿Qué es lo que tiene que hacer un hombre en la familia de la mujer con la que tuvo hijos? ¿Con qué derecho va a manejar a la mujer? ¿Por qué quisieron obligarnos a vivir con un extraño, alguien que no es de nuestra sangre? Nadie quería eso en el pasado, nadie quiere eso en la actualidad.

Hace una pausa y me pregunta:

—¿Qué piensas de esto? Lo pregunto porque vives en un régimen diferente y entonces puedes comparar.

Me doy cuenta de que debo ser cuidadoso, me había desacostumbrado a diálogos de este tipo. Las mujeres, cuando opinan, por lo general lo hacen enlazadas a la vida privada, a lo que concierne al hogar. El hombre parece más dispuesto a la cuestión política. A pesar de que los planteos no resultan acuciantes, ésos son los temas que les permiten mirar fuera de casa, elegir un bando, buscar un público, diferenciarse de otros. Son parte de una minoría, una minoría de veinticinco mil integrantes que en relación con la población de China puede considerarse una minoría diminuta. Los hombres levantan el tema de la diferencia y de la defensa de esa diferencia. Eso les permite pensar en términos de poder. Lo que escucho son cuestiones de principios, algo distinto, posiciones que, aunque atendibles, implican enfrentamiento. Alatashi insiste y le pide a Lei que me lo vuelva a preguntar.

—¿Qué es lo que pienso? ¿Si un sistema es mejor que el otro?

Ahora son cinco los que me escuchan atentos. Hago una pausa. Por alguna razón, el sistema patriarcal se ha extendido a lo largo y ancho del planeta y, para poder encontrar una sociedad matriarcal, hay que viajar hasta un sitio aislado y recóndito.

Pero que un sistema tenga más adeptos no implica que el otro sea imposible y perfectamente puede decirse: no toda la humanidad vive bajo un régimen patriarcal. No importan las proporciones, lo cierto es que no hay un solo sistema. El patriarca-

do no le es esencial al ser humano y la experiencia Mosuo marca que hay otras formas posibles y que ellas no significan el fin de la sociedad, la ausencia de ley o la desintegración de lo que en el interior de esa sociedad significa una familia. Por cierto, en el matriarcado, la institución familiar parece más sólida y vital que la occidental. Es lo que impresiona al ver que no les hacen falta discursos morales para sostenerla.

En el matriarcado el desdén por la violencia y por la acumulación tonta de dinero hace parecer la vida más amable y llevadera.

¿Pudo la humanidad, en un pasado remoto, haber vivido mayoritariamente bajo sistemas con fuerte impronta femenina? Evidentemente sí. ¿Puede ocurrir lo mismo en el futuro?

—Es cierto —le contesto—, claro que hay diferencias y son marcadas. El sistema Mosuo me es a veces hasta difícil de pensar. Las mujeres a cargo, la distribución de las responsabilidades en la familia, el manejo de la economía, el apellido de los hijos.

—¿En tu país es diferente?

—Claro, por supuesto que es diferente. Un hombre se casa con una mujer y procrean. Marido y esposa viven bajo un mismo techo, los hijos viven con sus padres y se considera que el hombre es el jefe de la familia.

Termino de decirlo y me siento ridículo. Frases hechas, como tantas otras que repetimos y que no soportan una segunda mirada. Del estilo de "Colón

descubrió América" como si en América nunca hubiera habido nadie y los indígenas que, generación tras generación, vivieron en el continente, hubieran necesitado de un europeo para empezar a existir.

Me pregunto: ¿son tantas las diferencias?

Si los términos del matriarcado implican la actitud de mando, la falta de matrimonio, la ausencia de padre, el manejo del dinero por una mujer propietaria cuyos hijos llevan su apellido y que además elige con quién pasar la noche, ¿para qué tuve que viajar tanto si en mi barrio hay mujeres así? ¿Acaso no existen entre nosotros mujeres a las que no les hace falta un marido para mantenerse, quedar embarazadas o tener vida social? ¿Y las familias consanguíneas? ¿Cuántos hogares de nuestras ciudades están formados por la madre con sus hijos e incluso con una abuela, donde los que se reúnen a diario para la cena son los que tienen entre sí un lazo de sangre de primer grado? ¿Cuál es la diferencia?

Creo que hay una. La mujer Mosuo vive en las condiciones que vive y siente que ése es su sitio. Ella no anhela conocer al hombre de su vida, con el que podrá sentirse completa y alcanzar un estado de felicidad que, supuestamente, sólo él puede llegar a darle. Ni ella ni su comunidad validan a la pareja como un ideal. Las situaciones similares que han florecido en Occidente se colocan más del lado de la resignación que del convencimiento y, por lo general, tuvieron en el pasado alguna situación traumática que no pudieron remontar.

Desvío la conversación. Para dar una respuesta digna, mejor esperar a que lo que hasta ahora tenía claro, vuelva a quedarme en claro. Tengo que volver a preguntarme en qué clase de sociedad vivo.

—Además de la familia deben tener otras inquietudes.

—Estamos preocupados por el cuidado del medio ambiente. Éste es un sitio apartado, lo que nos permite preservar la naturaleza. Mire el lago, es transparente, así queremos que se conserve.

—¿Tienen polución en algún lado, algún establecimiento arroja desechos tóxicos?

—No, no tenemos contaminación y nos negamos a tenerla.

Es conveniente terminar la entrevista y buscar otros interlocutores.

—Pasado mañana por la noche nos reuniremos en el patio de la casa en donde me hospedo, quiero mostrarles cómo se baila la música de mi ciudad.

—¿Cómo es?

—Se baila en parejas, ¿cuento con ustedes? —Se miran entre ellos y asienten.

—¿Les puedo sacar unas fotos antes de irme?

—Claro.

Uno vuelve al bote, toma los remos y se queda petrificado como si estuviera a punto de partir. Su compañero se apoya sobre un tronco de árbol y baja el ala del sombrero, dejando el cigarrillo en la comisura de la boca. Hago los retratos.

16

Tsie vino a buscarme. En la aldea hay un hombre que vive con una mujer bajo el mismo techo y ella me lo puede presentar. Se llama Chu Tsi y tiene cuarenta y dos años.

Son contadas las parejas que cohabitan. Para que eso pase, tienen que cumplirse algunas condiciones. En este caso, es una familia compuesta sólo por hijas. No hay hermanos ni primos. Es una finca con mucha tarea por hacer y consideran que para alguna de esas obligaciones es funcional que haya un hombre.

Dado que las familias son consanguíneas, cuando necesitan agregar miembros para mejorar la producción, piensan, como primera medida, en adoptar a algún pariente lejano que esté relacionado con la madre, por ejemplo, el hijo de la prima. Si esto es imposible, traen un extraño, por ejemplo, el padre de los chicos.

Lo que nosotros entendemos por convivencia es para ellos la última opción. Pero como la prioridad es mantener viable el medio de subsistencia, si es necesario agregar un miembro, ellas están dispuestas a todo.

Entramos en la casa. Un hombre fuma en una habitación en penumbras. Chu Tsi prende un cigarrillo con la colilla del anterior. Tsie se despide y nos deja a solas. El hombre es delgado y poco elocuente, casi no mueve las manos y su expresión es vacía. Deduzco, por lo que cuenta, que viene de un hogar humilde. Me explica que vive con una mujer, su axia, y también con sus hijas, a las que considera, sin entrar en detalles, como propias. Está allí, preso de las circunstancias, obligado, lejos de lo que él considera su condición de hombre, más libre, más independiente y junto a su mamá.

Chu Tsi tiene los hombros caídos. Se me ocurre que la postura vencida es por algo más que un cuerpo desgarbado. Cuenta que al recibir la invitación para cohabitar con quien practicaba matrimonio andante, habló con su madre, su relación más cercana, la mujer a la que se siente unido. Juntos evaluaron las circunstancias, las dificultades económicas y los posibles beneficios. Decisión: Chu se muda a casa de las jóvenes.

—¿No es bueno vivir con una mujer?

—Vivir con mi familia, eso era estar tranquilo.

Chu Tsi dice que aunque lo tratan bien, extraña. Habla de sí como de un hombre viejo que está bajo

la tutela de su hija mayor, la matriarca. De todas maneras me aclara que a las muchachas, que probablemente sean sus hijas, las quiere tanto como si fueran sus sobrinas.

—¿Te gustaría ser el jefe de la familia? —Sabe que en otras comunidades el poder está en manos de los hombres.

—Estar en manos de las mujeres es estar en mejores manos.

Cuando le pregunto si las hijas le impiden o prohíben hacer alguna cosa, él me contesta que no, en absoluto, salvo salir mucho tiempo de la casa o beber con los amigos. Ése es el momento en que dejan de darle dinero. Por lo demás, la verdad, es que no tiene inconvenientes.

17

Vuelvo al amarradero. Los seis hombres siguen alineados de la misma manera. No cambiaron ni de lugar ni de posición. Desde donde estoy, los enfoco con la filmadora. Dejo la cámara quieta y en la pequeña pantalla que se abre a un costado, veo cómo se mantienen inmutables. Supongo que deben haber notado cómo se desarrollaba la entrevista anterior, así que me acerco sabiendo que están al tanto de mis intenciones.

Mi tentativa por iniciar una conversación tiene poco éxito. Sólo consigo los nombres y algún dato aislado sobre sus ocupaciones. La edad promedio debe rondar los cuarenta. Cuando llega el momento de las opiniones, sonríen, avergonzados, sin lograr un diálogo fluido. La situación los inhibe y se codean, inquietos.

Creo que el error es mío. La próxima vez, para poder saber cómo piensan, tendré que pedirles que vengan acompañados por sus madres.

No debe ser fácil, para una mujer occidental, vivir entre los Mosuo. Además de la carga laboral y de tener toda la responsabilidad, no les sería sencillo encontrar un hombre del que puedan enamorarse.

Éste es uno de los costos que tiene para la mujer la sociedad matriarcal. Si quiere un hombre con personalidad, trabajador, alguien en quien pueda apoyarse, sentirse cómoda y protegida, si ése es el modelo, mejor alejarse de la zona. Y ni hablar de un padre para sus hijos.

Entrevistar a mis congéneres se está convirtiendo en algo difícil, a decir verdad, en un fracaso. Me preocupa. Quedan los que reposan bajo el árbol, el grupo Morfeo.

Me siento junto a ellos, con pocas esperanzas. Saco unos cuestionarios con los que intento hacer una comparación entre las sociedades matriarcales de China e India, a donde volveré a viajar en unos meses. Se los entrego junto a unas biromes para que no tengan excusas. Como hacen observaciones sobre una de las preguntas, le pido a Lei que me traduzca.

—Se refieren al punto: *¿Qué es lo que les gusta de una mujer?*

Estoy dispuesto a grabar, así que les solicito que me den un adelanto sobre sus opiniones.

—Que sean trabajadoras —es lo primero que me dicen.

Parece a propósito. No se deben dar cuenta pero creo que los muchachos están tirando demasiado de la cuerda.

Uno me cuenta que pasó un tiempo fuera de la aldea y que se sintió realmente angustiado. Suponiendo, con algún prejuicio, que una de las torturas a la que lo deben haber sometido era a levantarse temprano, le pregunto a qué se debió ese malestar.

—A mí me gustan las mujeres con moral, como las de la aldea.

Sorprendido por ser éste un lugar de mucha libertad sexual, bastante más que la acostumbrada en el resto del país, busco alguna explicación adicional.

—Las jóvenes Mosuo se ocupan de su familia, no andan cambiando de hogar con facilidad.

Por familia se entiende hijos y hermanos.

Tras dos canastos de mimbre y una plática animada, las mujeres continúan arreglando ropa. Cuando me ven acercarme, una de ellas le hace un comentario a su compañera. Es un comentario vertido de reojo y con una sonrisa. Bajan la voz para que no pueda escucharlas. Poco entiendo cuando dos mujeres susurran en mi idioma, así que triste es mi suerte cuando lo hacen en otro.

Las dos usan faldas blancas. Una lleva una casaca de color oscuro con vivos plateados. La de su compañera, en cambio, es amarilla. Sobre la cabeza, pañuelos rojos. Como hay resolana, decido, por fin, sacarme la capa de lluvia. La mayor encara directamente a Lei.

—Preguntan por el baile de tu país, que cuándo vas a mostrarlo.

—¿Van a venir?

—Sí, además saben que es entre parejas y me preguntan si ya tienes una.

Recuerdo cómo empezó esto, mis clases en la academia *La Viruta,* mis pocas clases en la academia *La Viruta*, mis tres clases en la academia *La Viruta*.

La relación entre mi formación de bailarín y la manera como se difunde la expectativa entre los Mosuo de aprender el tango es algo que me inquieta. En especial por las apreciaciones poco felices a las que ellas son proclives con los hombres. Tengo amplias posibilidades de ser blanco de ellas. Estoy metido, literalmente, en un baile.

18

Li Jien Ma, la joven que se peina frente a la ventana con el cepillo de mango de plata, es la segunda hija de la casa Ma y hermana de la matriarca de la finca en la que me hospedo. Yasi, su hermana mayor, la que desde el patio me despierta cada mañana con su voz de mando, no me ha concedido todavía ni un minuto de su tiempo. Es más, me parece que le resulto una molestia a la que prefiere evitar para no demorarse en sus obligaciones. Pero Li Jien no tiene problema en recibirme esta mañana en su cuarto. Ella, como otros segundos hijos, ha quedado a salvo de la expectativa que la familia tiene para con los primeros y, a pesar de mostrar rasgos fuertes, en especial con los hombres, parece andar más liviana por la vida.

Li Jien es una joven que canta. Como muchas otras de la aldea lo hace cada mañana mientras trabaja o cuando se arregla para una cita. Las tonadas

suenan diferentes a las que estamos acostumbrados a escuchar. Se detienen en la letra n y en la letra i.

—Que una mujer sepa cantar —me dice— es algo en lo que los varones se fijan.

A veces me quedo sentado en la puerta de la finca mientras Li Jien entona. Los hombres que pasan se demoran para oírla. Algunos de ellos miran, fascinados, hacia el interior de la casa. La voz que se oye es melodiosa, de una dulzura que distiende, aunque por momentos desafina cuando intenta alcanzar una nota superior a su registro de voz. La disonancia no la desanima, por el contrario, la alienta. Pasa de la canción de amor a un popurrí destemplado, una especie de divertimento irónico de sus pretensiones profesionales. Eso es algo que la deleita, que le empuja la risa, que le permite contagiar el buen humor. Y esto último, más que sus dotes para el canto, es el verdadero talento de Li Jien.

La vivienda de Li Jien es un ambiente amplio dentro de la propiedad familiar. Tras un enorme portón ornamentado, dos veces el tamaño de un hombre, se encuentran en un costado los lugares comunes de la familia y en el otro, las residencias individuales de cada mujer que llega a la mayoría de edad. Todas las habitaciones comparten un patio central que ellas recorren apuradas por el trajín y donde es frecuente ver a hermanos, primos e hijos fumando o dormitando al sol. Se ponen en movimiento cuando escuchan el grito de la matriarca con alguna indicación como mover algo de lugar,

cargar una bolsa o salir con un recado. Es un mecanismo que nunca falla. Escuchan el grito, miran de dónde proviene y entonces se ponen en marcha. Ya cumplido el mandado, vuelven a sus puestos. Hasta la próxima orden.

Es como si hubiera dos formas de medir el tiempo. Un tiempo de mujer, rápido, vital, acelerado. Un tiempo que el trabajo vuelve insuficiente, un tiempo con el que nunca llegan a tiempo. En la misma aldea hay otro tiempo, ocioso, horizontal y abundante. Un tiempo excesivo. Es el tiempo del hombre.

Como otras, la habitación particular de Li Jien tiene piso de madera y en las paredes de tronco, posters con motivos en rojo, el color de la suerte. Son representaciones de guerreros míticos con máscaras temibles, dispuestos a salvarlas de los malos augurios. En un costado, el armario y una tabla que por la noche se cubre con un edredón mullido. Sobre la repisa, se acumulan adornos pequeños. En el centro, una pareja baila el tango en una pequeña talla de madera. Se la había regalado la tarde anterior, con una breve explicación de lo que esas figuras representaban. Una mina y un guapo entrelazados, una escena porteña donde el hombre marca el movimiento y la mujer acepta, donde él la sujeta para cuidarla y ella se sujeta para que la cuiden, donde la firmeza del varón permite que la dama se suelte. Todo eso traducido al inglés, luego al chino y decodificado por una mujer Mosuo.

Li Jien toma la estatuilla, se sienta a mi lado y me pregunta:

—¿La mujer no tiene miedo de caerse?

—El hombre la sostiene, confía en él.

—¿Y las otras mujeres, dónde están las otras mujeres?

—Con otros hombres.

Hace un breve silencio y agrega.

—¿Te gusta bailar?

—No especialmente.

—Para nosotras es un momento esperado. Hoy por la noche a unos diez minutos de aquí, nos reunimos los de la aldea. Viene gente de todos los poblados Mosuo de alrededor.

—¿Esta noche? Justo esta noche pensaba enseñar algunos pasos de tango.

Hace girar el souvenir en la mano, me doy cuenta de que el regalo primero la había sorprendido y después la había halagado.

—¿Y cuándo comienza? —le pregunto buscando una salida.

—Comienza cuando nos juntamos para arreglarnos.

Se queda un instante en silencio y agrega:

—Te espero en mi casa después de la cena, mis amigas quieren conocerte.

19

A Li Jien le resulta divertido tenerme en la habitación junto a sus compañeras. En una mesa pequeña con mantel y florero, dejo como al descuido un radio grabador portátil. Tengo preparado un casete de tango y quiero que lo escuchen.

Conversan entre ellas de tal forma que siento que mi presencia pasa inadvertida. Se prueban unos tocados y cada tanto, como al pasar, me dedican una mirada. Puede ser idea mía, pero me parece que la posición del espejo no es casual, lo han puesto para poder mirarse mientras se arreglan y reflejarme a mí cuando preparo las cámaras. Saben que voy a preguntar y saben que estoy a la espera. Lei fuma a mi lado, casi ausente. Después de la cena, con una excusa, logré deshacerme de Dorje, el conductor tibetano.

¿Qué es lo que imaginamos cuando imaginamos a un tibetano? Monjes de cabezas rapadas, una del-

gadez de huesos fuertes y cuerpos retirados de la materialidad. Como son seres que están cercanos al entendimiento absoluto, las privaciones a las que se someten sólo los fortalecen, la vida monástica los templa y la búsqueda de perfección los mantiene indiferentes a cualquier necesidad terrenal. Vestidos con túnicas naranjas en los meses de verano y tejidos rústicos durante el invierno, esperamos ver sus caras transidas por un camino místico sin escalas y con un único destino final: el alma. Alejados de lo cotidiano, con los instintos doblegados, meditan hasta alcanzar un estado luminoso de espiritualidad intensa. Eligieron la sabiduría y eso no los deja ni lejos ni cerca del resto de los mortales, sólo separados, subjetivamente separados.

Habrá tibetanos así. No es el caso de Dorje, el conductor. El dueño de la Mitsubishi cuatro por cuatro con la que llegamos a Loshui es de contextura robusta, corte de pelo estilo militar y unos treinta años de edad.

Me pregunto cómo un trabajador de la República Popular China accede a una camioneta todo terreno. Hace falta que una familia entera se ponga de acuerdo y entre veinte compren el vehículo. Uno de ellos lo trabaja y, tras recibir su paga y haber descontado los gastos, reparte las ganancias entre todos.

La presencia del conductor en las entrevistas se había convertido en un verdadero problema. Dorje es un tibetano con algunas particularidades. Cuan-

do emprendemos una travesía, en general sofocante por la tierra que entra en la cabina, él se divierte oyendo la grabación de un programa cómico de la radio china. Es la audición de un monologuista que habla a los gritos. En los momentos en que se produce una pausa, se oyen risas y comentarios en el mismo idioma, es decir: el chino. Los viajes largos se vuelven entonces todavía más largos. Quizá no haya sido una sola grabación, ni siempre la misma, incluso es posible que hayan sido cintas diferentes, una serie completa o la compilación de los mejores momentos del año. Es un misterio que quedará sin resolver porque oírlos durante horas generó en mí una resistencia definitiva hacia el humor oriental.

El equipo se armó con mi llegada. Lei y Dorje no se conocían y es la primera vez que trabajan juntos. Después de haber logrado deslizar la camioneta entre las rocas y el precipicio, y apenas recuperados, Dorje comenzó a mostrar interés por la comunidad a la que nos dirigíamos. En especial, por las leyendas eróticas que la rodeaban.

El problema no estaba en los comentarios que hacía Dorje, todos tendientes a lugares comunes y guiados por la seguridad de saber qué les gusta y qué no les gusta a las mujeres. El problema era cuando, ya en la aldea, emitía esos mismos comentarios en lo mejor de un diálogo o en medio de una entrevista.

Para poder llegar a una conversación más íntima en la que surjan detalles reveladores —lo coti-

diano, las relaciones, la amistad, el amor, el enojo, las emociones— es necesaria una dosis importante de confianza, un clima que permita hablar de cuestiones personales lejos de la formalidad y de la etiqueta. Difícilmente se logre ante una acotación desconsiderada o fuera de lugar y mucho menos repitiendo las bromas del mentado programa radial.

El conductor, contracara del budismo tibetano, monje devoto del dinero americano y del chiste grueso, es despachado en cada ocasión para cumplir una misión diferente y con un único y secreto propósito: mantenerlo alejado. Esto supone paciencia y también tacto porque Dorje es buena gente, amigable con los extranjeros y encima solidario. Ejerce la desubicación sin malicia, de manera espontánea, hasta honesta, tan honesta que no puede entender que no festejemos sus observaciones ni encontremos graciosos sus comentarios.

Dorje es el tipo de hombre que ayuda a que las sociedades matriarcales se vuelvan mucho más matriarcales.

Espero que ahora, que está alejado, la entrevista discurra sin interrupciones.

Con Li Jien son tres las mujeres reunidas. Non Chi, Jin Sik y ella decidieron terminar de vestirse juntas. En breve todas van a dar y recibir opiniones.

No son muchas las telas que llegan a la aldea. Las faldas en general son blancas con una sola línea de color.

Hay cinco o seis tipos de género para confeccionar casacas y ésa es toda la variedad. Violetas, rojas con flores doradas, rojas lisas o verdes brillantes con estampados amarillos. Ésos son los recursos y con ellos deben encontrar la manera de diferenciarse en la forma de vestir.

Se arreglan con poco y no puedo evitar recordar a las mujeres sauditas cuando se muestran, fuera de sus hogares, vestidas de negro y totalmente cubiertas, con apenas una hendidura para los ojos. Es increíble lo que pueden hacer con una hendidura para los ojos. Ese pequeño espacio, esa mínima porción de piel y sentidos, es el terreno donde van a jugar todas sus posibilidades. Las aberturas de la abaya pueden ser rectangulares o redondeadas, estar divididas por un hilo de seda o tener bordes que, aunque también negros, sean de un brillo diferente. Pueden velar o resaltar los ojos. Los ojos. Lo único que se les permite mostrar, esa especie de reducto patrio del cuerpo femenino, firma una alianza con el delineador y la sombra, a sabiendas de que tanta tela negra lo único que logra es llevar las miradas directo hacia ellos. Y ellos se mantienen atentos y aguardando como sólo los ojos pueden hacerlo.

En ese escenario, bajo la más severa censura, hay un lugar para la desfachatez. Las que muestran un poco más de frente, las que logran un centímetro por arriba de las cejas, producen un efecto similar a una minifalda que remata un par de piernas formidables. Pasean ese mínimo exceso de rostro

con el mismo orgullo y sabiduría con que una occidental muestra la raíz de sus muslos.

Miro a las Mosuo. Las amigas se consultan, cada una es una combinación de peluquera, modista, maquilladora y consejera entregada al placentero disfrute de la inseguridad, desplegando cada detalle, debatiendo acerca de cada matiz. Consideran una a una las variantes hasta decidirse por la mejor.

Las matriarcas son coquetas. ¿Y por qué no habrían de serlo? Aunque me empeño en liberarme de prejuicios, de repetirme que, si quiero entender, es mejor que renuncie a mis parámetros, me doy cuenta de que hay algo escrito en mi inconsciente, un libreto, una versión de las cosas que hace de las suyas en cuanto puede. Es un otro que me habita, un otro con mayúscula, un duende nunca del todo comprensible, por demás esquivo, que me recuerda que está allí para hacerme notar sus jugarretas. Ese otro escapa a las mediciones, no figura en los protocolos de investigación y sin embargo es una variante a tener en cuenta a la hora de observar y preguntarse por qué no habrían de ser coquetas.

La ventana de la habitación da al lago. Anochece y no hay un alma en la calle que lleva a la orilla. A lo lejos, en una de las islas, brillan las luces del monasterio budista y más lejos todavía, las luces de otro asentamiento Mosuo. Es el de la provincia de Shitzuan.

A pesar de no haber luz eléctrica, una lámpara cuelga desde la mitad del techo. Dicen que cada tan-

to hay energía. Cuentos chinos. Sobre una mesa hay un farol encendido, pero lo que en realidad ayuda a enfrentar la escasa iluminación es que Li Jien sonríe. Una joven que elige, entre tantas, una sonrisa propia. La de ella es una expresión luminosa. Ignoro si responde a la idea china de belleza, pero si en Occidente hubiera alguna, Li Jien entraría de cuerpo entero. Una sonrisa y, en derredor, una mujer joven que esa noche, en el baile de la aldea, quiere encontrarse con Han Tsie y que Han Tsie se convierta en su enamorado.

Se mueve como si flotara en el aire. Entre sus manos los objetos parecieran no tener peso propio. Cuando se desplaza por el cuarto es como si sus pies apenas lo rozaran y toda ella rebatiera la ley de gravedad. Es la primera en decidirse por las perlas de su tocado y en zurcirse la falda. Repasa su trenza y parece conforme con el resultado. Está lista. Ahora puede dedicarse a sus amigas. Toma un cinturón de colores y envuelve a una de sus compañeras; no está convencida de que sea el apropiado, así que lo deja y va por otro. Los cinturones, las hebillas y los pañuelos están en una caja muy cerca de mí. Elijo uno cualquiera y se lo paso. Me hace un gesto divertido, como si apreciara mi elección, después lo devuelve a la pila para escoger otro más conveniente.

20

Non Chi se acerca al grabador y baja más el volumen. Cuenta que tuvo una semana difícil. Su hermana había caído enferma y ella debió ocuparse del trabajo de ambas. Eso implicó levantarse más temprano y acostarse bastante más tarde que de costumbre. Siempre faltaba algo por hacer, aunque se apurara.

Poco a poco, Non Chi está tomando las riendas de la casa. Es la mayor de las hijas y su madre le está delegando el manejo de la finca. Mantiene una actitud de mando, mira muy fijo y cuando habla, levanta la voz. También lo hace conmigo. Cuando me dice algo lo hace de manera imperativa a pesar de lo distendido de la situación y sabiendo que nunca va a tener que darme una orden. Por lo menos es lo que yo espero, preocupado, porque sé que nunca y siempre son dos palabras altamente inestables.

Cuando estoy cerca, Non Chi cambia de actitud, adopta una posición más erguida. Aunque no sea lo mismo, me recuerda a un hombre que saca pecho. Levanta el mentón, achica la mirada y se le escucha un tono de voz más seco. Intuyo que como soy un extranjero pretende cuidarse de dar buena imagen porque sabe que lo que está ocurriendo en esa habitación será relatado, difundido y comentado.

Cuando está en actividad, entre tarea y tarea, controla lo que hacen los demás. En la plantación, revisa la profundidad del surco y antes de volver a casa le deja a sus hermanos, que se ocupan de la siembra, instrucciones precisas. Después vuelve para organizar la comida del día. Distribuye la labor de la cocina donde trabajan sus primas menores mientras sus primos se sientan en el patio central esperando a que ella llegue. La palabra de Non Chi, aunque amable, no deja lugar a réplica.

Non Chi hoy puede estar con sus amigas porque su hermana se está recuperando y los quehaceres vuelven al ritmo normal. Es por eso que decidió regalarse la noche, concurrir al baile y del baile volver con un hombre. Ni el de la semana pasada ni el de la anterior. Es otro el tipo de compañero que quiere.

La veo probarse unos aros. De un lado se cuelga uno largo y plateado, del otro, uno redondo, fino y dorado. Mientras decide, comenta que quiere una noche apacible, caminar de la mano, que la escuchen. Dice que por lo general sus enamorados ca-

llan cuando habla. Es una observación, más que una queja.

Busca un espejo y se mira el perfil del que cuelga el aro plateado, lo toca apenas para balancearlo y luego gira la cabeza. Es el momento de observar cómo combina el tocado con el otro pendiente. ¿Alargado o redondo? Un dilema. Vuelve a voltear y a comparar. No se decide por ninguno de los dos.

—No todos los hombres guardan silencio de la misma forma —comenta y le noto, por primera vez, un tono reflexivo, más íntimo.

La idea de hombre o mujer ideal, la fantasía de que en el otro sexo hay alguien que es nuestra mitad equivalente y que basta un poco de buena voluntad para encontrarla, es sólo una característica de nuestra cultura y materia prima inigualable para la fábrica de insatisfacción. El cine nos acostumbró al final feliz. A que el amor todo lo arregla. Lo que no se entiende es por qué la mayoría de los actores que hicieron películas con finales felices terminaron sus vidas con finales de terror.

Cuando una Mosuo revela el contenido de sus conversaciones con los hombres da a entender que no espera para nada un diálogo como el que puede mantener con sus amigas. Se abstienen de intentar ser comprendidas, algo que muchas mujeres de Occidente demandan a sus parejas, considerando su caso como particular, y sin tomar en cuenta que forman parte de un reclamo milenario y milenariamente insatisfecho. Las Mosuo profesan una sabi-

duría de lo que no hay, de lo que no puede encontrarse. Una sabiduría que las preserva de ilusiones que, al incumplirse, terminan por decepcionarlas y las convierten en pasajeras crónicas del tren de la queja. Es como si no esperaran hallar, en un hombre, otra cosa que lo que encuentran.

Pero que eviten el cauce de un río caudaloso no las priva de la oportunidad de refrescarse en el agua que corre.

Tener menos expectativas depositadas en sus parejas no las conduce a pensar que todos los hombres sean iguales. Por ejemplo, Non Chi considera que hay diferentes formas de ser escuchada. Ella se da cuenta cuando su interlocutor está aguardando, impaciente, a que termine. Cuando la escucha pensando en otra cosa, y cuando demuestra un interés que es auténtico y hasta puede conmoverse con su relato. Eso es lo que quiere para esta noche y sabe a quién de la aldea acercarse, a cuál de los hombres debe tomar de la mano y pasarle una señal cuando estén danzando. Por eso se prepara para ir.

21

Li Jien y Non Chi se acercan a Jin Sik. Le dejan un espejo en la mano. Van a ayudarla con el tocado.

Jin Sik acaba de terminar su relación con Tong Shu. ¿Cuánto duró, tres años? Tong Shu es un hombre poco despierto, pero Jin Sik decía que a pesar de eso era un buen hombre. La visitaba con regularidad y cada tanto le traía algún regalo. Con eso le bastaba, casi no hablaban, pero le bastaba. Tong Shu es buen mozo, de contextura atlética, delgado y siempre dispuesto para una tarea que implique el uso de la fuerza. Es hábil con la red y cuando sale de pesca se lo puede ver desde la orilla, haciendo equilibrio en la canoa con las piernas abiertas, mientras despliega sus aparejos y los tira para después recobrarlos llenos de peces pequeños y ovalados que su madre sabe freír en una sartén.

Cuando Jin Sik caminaba por la ribera del lago y Tong Shu se percataba de que ella lo miraba, le

respondía con una sonrisa de dientes blancos y parejos.

Peces. Eso era, por lo general, el regalo que le ofrecía. Jin Sik los recibía de buena gana y, sin que Tong Shu se diera cuenta, los agregaba a las dos enormes bolsas de peces del lago que sus hermanos traían regularmente. Hay un solo lago en la zona y Tong se cruzaba con los hermanos de Jin a diario. Se saludaban, hacían comentarios acerca de las ganancias del día y comparaban sus trofeos: el resultado de la pesca. Sin embargo, a pesar de que el hijo menor de la casa de la matriarca Shu era poco innovador en cuestión de obsequios, no era desdeñable su destreza con las redes. Ni hablar de cuando se necesitaba a alguien para mover algo pesado. No, no era poca cosa o por lo menos eso era lo que pensaba Jin Sik al darse cuenta de que el que la visitaba no podía hacer alarde de una mente veloz a la hora de dar una respuesta.

Jin Sik, ahora separada, recapacita y se da cuenta de que, más que aceptablemente lento, era probablemente tonto. Ella hacía sus buenos esfuerzos por él y por su ictícola y perenne regalo. Para ella, no siempre era fácil tolerar esa sonrisa insulsa de dientes blancos y parejos que se presentaba, de manera invariable, hasta en los momentos más inadecuados. Esa sonrisa era como un tic que se activaba cada vez que, enfrentado a una pregunta, necesitaba de tiempo para responder. Dicha tardanza, en verdad irritante cuando se combinaba con la

sonrisa, no era imputable a que él se detuviera en una reflexión profunda. No. Era evidente que Tong tenía dificultades para entender.

De todas maneras, Jin Sik lo recibía con buena disposición, o por lo menos lo hizo hasta que una noche vio la gorra de su compañero colgada en el gancho de la puerta de otra mujer. Cayó en la cuenta de que cuando Tong no la visitaba, era porque recibía los favores de otra camarada, que como ella, debía estar aumentando las reservas de peces del lago. En ningún momento dejó de saludarlo desde la orilla, pero a partir del episodio de la gorra, Jin Sik no volvió a permitirle entrar en su cuarto.

Tong Shu insistió varias veces, tomándose su tiempo para comprender lo que ocurría. La relación estaba terminada. Jin Sik podía soportar que fuera estúpido. Nunca que le fuera infiel.

Cuando Tong Shu le preguntó por qué no le respondía al llamado, Jin Sik le comentó lo de la gorra colgada en otra puerta. Como era de esperar, Tong Shu tardó en responder pero Jin Sik ya se había alejado sabiendo que tolerar la lentitud no la recompensaría con una respuesta aguda. Se había dado cuenta de que esa pausa indefinida era, al menos en el caso de Tong, algo verdaderamente estructural.

Un corte a la manera Mosuo, sin escándalos ni reproches. Un camino sin obstáculos para el olvido rápido. Como tienen menos expectativas en la pareja y las necesidades de familia, seguridad y futu-

ro se plantean en otro ámbito, es menos lo que pierden y el duelo es más corto y llevadero. El corte no les es indiferente, el dolor los conmueve pero no los atrapa. Es una pérdida de amor pura sin ninguna otra cosa en juego.

Jin Sik es una mujer alta y mira directo a los ojos. Me recuerda ese juego en el que hay que mirarse fijo sin pestañear. Un juego en el que se trata de aguantar sin cerrar los ojos, y aunque arda, la mirada del otro. Pero éste no es un juego de chicos y la verdad es que la mirada de Jin Sik impone un respeto cercano al temor. La veo ensayar un paso de baile al compás de la música que estamos escuchando.

Le pregunto cómo viven ellas la infidelidad. Lei fuma sin parar y está transpirando. Ella escucha la pregunta y hace un gesto con la mano como si espantara algo. Se levanta y da unos pasos.

—No, no, no. Si va con otra se acaba. Sin peleas, pero se acaba.

Asombrado le comento que lo que me dice se contradice con el estilo de libertad sexual que practican. La mujer me mira como si yo tampoco entendiera nada, y dice:

—Claro, pero eso ocurre siempre que la mujer no reciba al mismo hombre. Cuando son relaciones ocasionales que tienen que ver más con la amistad y con estar acompañada una noche, eso importa poco. Pero cuando ese hombre y esa mujer deciden verse con exclusividad, cuando se supone que sólo

a él le abre la puerta y es a ella a la única a la que él visita, eso no se tolera. —Jin Sik vuelve a sentarse y coloca las manos entre las rodillas.

—¿Es frecuente que el hombre sea infiel?

—Hay hombres que han sido infieles con alguna mujer pero no con otra, hay todo tipo de hombre. —Y agrega sin malicia: —Hay mujeres que hacen lo mismo, quizá mucho menos que los hombres, pero la infidelidad no es algo exclusivo de ellos.

Jin Sik también va a ir al baile esa noche y seguramente Tong hará lo mismo pero entre ellos nada puede volver a ocurrir.

Ella es una mujer madura y de buen porte. Al escuchar su relato imagino que Tong Shu debe ser varios años menor. Se la ve espléndida, atractiva con su atavío tradicional. Le pregunto si a pesar de haber finalizado su relación con Tong Shu, cuando se arregla lo hace fantaseando con que él intente algo y entonces ella pueda rechazarlo. Si se embellece como una manera de desquitarse, para que él finalmente se dé cuenta de lo que perdió. Tengo que repetir la pregunta y me doy cuenta de que el traductor hace muchas aclaraciones. Cuando termina de entender gira la cabeza y me observa de arriba abajo. Siento en carne propia lo que debe haber sido la mirada de Jin Sik cuando evaluaba el grado de lucidez de Tong.

Para mi pregunta había una sola respuesta: no.

Cuando se acerca la hora de salir, se entretienen con lo más sabroso, decidir a quién van a acercarse esa noche. Cuál de los hombres de la aldea o de alguna aldea vecina será incitado por ellas al cortejo.

En este punto se vuelven parlanchinas. Lei me va traduciendo sorprendido, nunca tuvo acceso a los comentarios de las amigas que conversan a solas. Puede espiar apenas, sólo apenas, a mujeres hablando sin la perturbadora mirada de un hombre. Lo miro a Lei. Nada en sus facciones, ni siquiera en sus comentarios, me recuerda al hombre que reporta vaya a saber a qué servicio de inteligencia y que me interrogaba, incrédulo por mi postura ideológica, en el hotel de Lijiang, a mi llegada.

Cuando las Mosuo carecen de una relación estable, la velada puede traerles sorpresas. Es por eso que barajan nombres de galanes y enumeran pros y contras de cada candidato. Si alguna de ellas ya estuvo con el elegido, no mezquina recomendaciones sobre lo que su compañera puede esperar. Así, entre espejos, té y opiniones, prolongan el momento de salir. Hay algo en lo que todas están de acuerdo esa noche: flores en el pelo.

Li Jien sirve té caliente y me pregunta si voy a ir al baile.

—Por supuesto.

Al escuchar mi respuesta sonríe, deja la jarra sobre la mesa y se sienta a mi lado. Divertida, me retira el vaso todavía lleno y lo deja junto a la jarra. Luego suspira, toma mi mano y la aprieta tres veces.

—Ésa es la señal —me dice—. Si respondes de la misma manera, con otras tres veces, es que tenemos una cita. Por la noche podrías venir a visitarme y serías bien recibido.

—¿Y cuándo ocurre eso?

—El baile es una ronda alrededor del fuego. Con el movimiento, el círculo se arma y se desarma, en algún momento una de nosotras toma la mano de quien le interesa y la estrecha tres veces.

—¿Debo esperar que una mujer tome la iniciativa?

Li Jien se ríe y dice que sí.

—¿Nada más?

—Nada más.

En el paraíso femenino, para concertar un encuentro erótico, se estila una manera directa, más cercana a la forma masculina. Tres apretones de manos.

22

—Ven, ven y únete al baile, ven, ven.

Unas treinta mujeres tomadas de las manos giran en un círculo incompleto alrededor del fuego.

"Ven, ven y únete al baile, ven, ven." La letra de la canción repite una sola y única frase. El que la oiga y se encuentre dispuesto, que se integre a la ronda. Suena como una melodía de tonos agudos pero interpretados con suavidad, como si al cantar adoptaran una actitud de recato.

Estamos en el centro de una de las propiedades más amplias de la aldea. Las habitaciones dan al patio central desde una multiplicidad de ventanas abiertas. En el medio encendieron una fogata. Es enorme. Los troncos, incandescentes, parecen alcanzar su momento de gloria.

De casaca amarilla y pantalones oscuros, son dos los varones encargados de mantener la hoguera encendida. Tres son las mujeres de faldas largas

que cantan para que sean ellos los que se enciendan. Ya tienen los rostros y las manos acaloradas. Seguro que si pregunto dirán que es por la proximidad al fuego.

Con un sombrero blanco y una flauta, uno de los músicos se mueve acompañando a las muchachas. Va detrás de ellas dándoles un ritmo, las empuja con la melodía.

Los hombres forman un grupo tumultuoso. Los que llevan pañuelos al cuello se los anudan; los que no, se ajustan el cinturón de cuero. Cuando consideran que es el momento, ingresan a la pista tomados de los hombros. Arman un semicírculo y se desplazan en dirección contraria a las mujeres.

Ellas cantan con voz seductora y ríen, discretas. Ellos se muestran demasiado serios y responden en un grave contraste. Por un instante, casi como un hallazgo, coinciden en una zona del patio bien iluminada. Se detienen, se buscan con las miradas y luego continúan con la danza. Dan un paso, luego otro y otro más. Inclinan el cuerpo, golpean el piso con las botas, giran hacia atrás, toman envión y se lanzan hacia adelante. Cuando los varones ejecutan un movimiento más intenso, se apaga el canto de las mujeres y sólo hay lugar para la voz de ellos. Avanzan tomados de la mano y al finalizar cada estrofa levantan el tono y también los brazos.

Veo a Non Chi, que ocupa el extremo de la fila. Me doy cuenta de que me cuido de mirarla, como si evitara cruzarme con esos ojos siempre listos a

opinar, corregir y ordenar. Guardo el recuerdo de haberla visto prepararse para esta noche en casa de Li Jien, postura erguida, mentón levemente hacia arriba, el cuerpo listo para imponer. Una matriarca que me hablaba como una matriarca, es decir, levantándome la voz. Sin embargo, viéndola entre los de la ronda, Non Chi parece otra. Con el rostro inclinado hacia el hombro avanza con paso corto. Canta con suavidad y en cuanto el fuego la ilumina, veo que sonríe, pudorosa.

—Ven, ven y únete al baile, ven, ven.

Cuando llega el momento de la seducción, los roles se invierten. El galanteo, la presencia, la manera de acercarse del varón es más cercana al estereotipo de las viejas costumbres de Occidente. La fantasía de que en el matriarcado las mujeres capturan a los caballeros para someterlos como objetos a sus ocurrencias es, una vez más, una fantasía masculina. Aquí la mujer tiene toda la autoridad en sus manos pero con gusto la deja caer para poder ofrecerse con una imagen frágil, desprotegida y carente, al deseo de un hombre.

Ellas esperan, se embellecen, se muestran apetecibles, ellos bailan haciendo alarde de virilidad para cautivarlas. Pareciera que, en el momento del encuentro, las reglas que las hacen propietarias no les resultan útiles, y para que la atracción funcione les es menester mostrarse de otra manera.

Por las noches salen de su rol de matriarcas para seducir y durante el día lo retoman para trabajar. Pue-

den moverse, acomodarse a una u otra imagen sin quedar pegada a ninguna de ellas. No significa que tengan horarios para cada papel, ni que las divisiones sean tajantes. Pero las jefas de la aldea entienden que tanto privilegio no es funcional al deseo del hombre. Es mejor transformarse, cambiar de apariencia para que el otro sexo, aunque sea por unas horas, tenga la sensación de que algo tiene y que además, con eso pueden ir a buscarlas. Las matriarcas no necesitan ser matriarcas todo el tiempo. Juegan el juego sin ningún problema, sin sentirse ni inferiores ni perjudicadas. Quieren pasarla bien y saben que les sería imposible si trataran a sus pretendientes como fracasados.

Las filas se desplazan hasta que la última mano de la hilera de hombres contacta a la primera de las mujeres. Hay ahora un solo círculo extendido en el que se repite el mismo estribillo.

—Ven, ven y únete al baile, ven, ven.

Los varones se muestran vigorosos y entonan su parte con creciente energía. Cuando les toca golpear el piso con las botas, parecen dispuestos a aplastar la tierra. Saltan y caen agachados, están exhibiendo su destreza. Mientras tanto, ellas no hacen otra cosa que volverse aún más delicadas.

Lei y Jin Sik se acercan. Ella le dice algo al oído y me señala.

—Te está invitando a la ronda.

Jin lleva su índice al cinturón de colores y me lo muestra. Es el mismo que yo le había elegido en casa de su amiga. Me tiende la mano.

—Te agradezco después —le digo—, ahora quiero sacar unas fotos.

No me rehúso por encontrarme en China, es que en estas situaciones quedo como trabado haciendo esfuerzos para que no se me note la torpeza. Además no creo que participar sea conveniente, soy un observador y supongo que mi presencia en la ronda terminaría por modificar la escena en la que estoy reparando. Esto último me suena a un pensamiento fabricado para evitar lo primero, es decir, que se me note la torpeza.

En medio de mi meditación, Jin Sik me toma de la mano y me encuentro formando parte del círculo. Se ríe. Ha barrido con todas las justificaciones que me permitían quedarme aparte. Lo que me parecía una coreografía sencilla, sin secretos, se vuelve un movimiento complejo y difícil de seguir.

Li Jien danza junto a Han Tsie. Han Tsie la mira y asiente. Los jóvenes se mueven al compás de la música. El rubor gana las mejillas de las muchachas con toda la intención de quedarse.

¿Y las matriarcas? ¿Qué ocurre en el reino de las mujeres cuando llega la hora del amor y ellas parecen débiles muchachas esperando a que un pretendiente las corteje? ¿Qué les ha pasado a las que sólo unas horas antes, con las manos en la cintura, levantaban la voz para que se cumplieran sus órdenes? Hasta la mirada directa de Non Chi es ahora una invitación a distenderse.

Aunque por lo general es el hombre el que toma la iniciativa, otras veces son ellas las que invitan. Si están de acuerdo darán un sí, pero si no lo están pueden excusarse. Eso no dará lugar ni al reclamo ni al enojo. Tampoco hay espacio para presionar y los celos no tienen dónde afincarse. Los consideran vergonzosos pues implican la pretensión de ser propietario del otro. Creen que bajo estas condiciones la posibilidad de desear se desnaturaliza. Cuando alguno pretende que una compañera no tenga relaciones con otros hombres, termina siendo blanco de burlas, y es él, además, el que transgrede las costumbres.

La velada está en su apogeo y yo estoy atento a la escena. Li Jien me había indicado que debía fijarme en las miradas. Desde el inicio, cuando una joven se interesa por alguno de los muchachos lo que hace es buscarlo con los ojos. Saben utilizar la mirada para hacer picar la nuca, para que se presienta, se recuerde y tenga efecto a corta y mediana distancia. Es una silenciosa forma de hacer contacto. Si una mirada es rehusada no hay que dar explicaciones y es como si nada hubiera sido dicho. La mirada nunca es una sentencia, una frase cerrada. Es una invitación que sólo se completa cuando alguien se da por invitado. Un interrogante, no para el que mira sino para el que es mirado. Las miradas pueden tener diversos significados entre las mujeres y a lo sumo dos o tres entre los hombres. Pero inquieta, angustia, alegra o asusta cuando suponemos que esos ojos nos conciernen con alguna intención.

—La forma de mirar, eso es lo que tú tienes de distinto.

Rugeshi Ana me contesta a una pregunta que le acabo de hacer respecto de las diferencias entre los hombres que pertenecen a la aldea y los que viven fuera de ella. Esta vez usa el atuendo tradicional, parece otra mujer. Cuando me acompañó a entrevistar a su abuela o cuando nos encontramos en ocasión de la llegada de los monjes a la aldea, vestía pantalón y camisa. Tardé en reconocerla pero apenas lo hice, me acerqué. Luego de haberme contestado, cruza ambas manos por delante de la falda, me sonríe y queda mirando hacia abajo. Es un momento largo, lo suficiente como para que decida volver a la ronda.

Como suele ocurrir en estas ocasiones, empieza a llover. No por eso el flautista deja de tocar, se detienen los que danzan o enmudecen los que cantan. Algunos arreglos ya han sido hechos y dudo de que la posibilidad de mojarse le gane a las expectativas.

Pero estar rodeado de tanto romanticismo no me vuelve impermeable al agua y busco guarecerme bajo un alero. Viene a sentarse a mi lado Nan Tsi Tsuma, veintidós años de edad en un mal día. La falta de humor es evidente. La vi en varias ocasiones desprenderse de la ronda y quedar apartada en un rincón, mirando sin ver a sus compañeros.

Iniciamos una conversación que parece un homenaje al lugar común; el tiempo, la gente y hasta las ventajas y desventajas de ser chino o argentino.

Sin esperarlo, Nan Tsi me sorprende con una pregunta directa sobre mi privacidad, algo en verdad íntimo. Imagino que debe estar relacionado con su estado de ánimo.

Para poder contestarle debo hacerle una reseña, una especie de novela de mi vida con una adaptación breve para las circunstancias. Cuando queremos poner a alguien al tanto de nuestros pormenores le relatamos una historia de nuestra suerte con otros: parejas, hijos, padres, amigos, compañeros, vecinos, jefes. Es como si tuviéramos una versión escrita, un testimonio que nos permite explicar y explicarnos por qué estamos como estamos y nos pasa lo que nos pasa. Es como decir me dedico a lo que me dedico porque es lo que mi padre siempre esperó de mí o estoy casada porque toda mujer necesita un compañero. Pero las razones con las que fui explicando mi vida vacilan cuando las pronuncio frente a la mirada inquisitiva de Nan Tsi.

¿Y por qué vacilan? Cuando ese relato se transmite a un interlocutor instalado en otra coordenada cultural, el fundamento de nuestra biografía se vuelve menos sólido, más difícil de aclarar. Quiero responder a la pregunta de Nan Tsi pero noto que mis verdades, las verdades con las que me entiendo, con las que avanzo, son tan válidas para mí como incomprensibles para ella. Esto no se produce por una diferencia de evolución cultural. Los Mosuo no son una sociedad primitiva y aunque habría

que ver bien qué significa eso de ser primitivos, lo que es seguro es que los Mosuo no lo son.

Pero cuando se les pregunta por la convivencia con las mujeres, responden en relación con la hermana. Si se trata de averiguar qué importancia tuvo el padre en sus vidas, se termina en un diálogo engorroso y sin sentido.

Por eso, cuando le respondo a Nan Tsi Tsuma, me doy cuenta de que mi historia necesita una revisión. Lo que me parecía seguro y propio de mi condición humana, requiere un repaso. Ahora ya no me resulta ni tan seguro ni tan propio de la condición humana, sino una especie de libreto fabricado para poder manejarme en el lugar y tiempo que me toca vivir.

Como la charla adquiere un tono íntimo, me animo a preguntarle:

—¿Cómo se diferencia una relación de una relación amorosa?

—En una relación por amistad, cuando no estás comprometida, puedes pasar la noche con el amigo que quieras, y a la siguiente buscarte otro amigo. Pero cuando te das cuenta de que además puedes conversar y te interesa lo que te dicen, ahí ya hay algo. No es sólo pasarlo bien, es otra cosa.

Las relaciones furtivas son las habituales en la aldea. Una mujer de alrededor de treinta pudo haber superado los cincuenta partenaires y en algunos casos, si es atractiva, es probable que haya tenido relaciones con todo el grupo de su edad. Ése es el

estilo predominante y con el que pueden sostenerse toda la vida. Sea lo que fuere lo que los liga, lo hace por apenas unas horas.

A eso de las seis de la mañana es una verdadera experiencia pararse en la calle principal. Es una hora de movimiento. Los hombres abandonan apurados el lecho de sus amantes para regresar a donde en verdad pertenecen: la casa de sus madres.

Es posible entonces ver a los señores, como en una extendida comedia de enredos, saludar, ponerse el sombrero y salir presurosos para evitar llegar tarde. Deben levantarse temprano, la matriarca los está esperando para iniciar las actividades del día.

Éste es uno de los niveles de relación, pero en ocasiones algo ocurre y renovar el compañero ya no les gusta. Están pendientes, como si una ilusión estuviera rondando y la posibilidad de alternar no se compara con volver a ver al que realmente les interesa. El cambiar tan asiduamente les permite conocer a varios pero, al mismo tiempo, les impide saber qué significa poder permanecer con el mismo. Y el amor es una de las pocas condiciones donde uno solo puede con muchos.

Desde mi lugar advierto que Non Chi, la que había dicho saber con qué tipo de hombre le gustaría encontrarse, descansa bajo la otra punta del alero junto a uno de los más maduros de la ronda. Le habla gesticulando mientras que su compañero la escucha, sereno. Seguramente le esté comentando pormenores de la semana. Cuando ella baja la ma-

no, él la toma y da la impresión de que eso la aliviara. Vuelvo a Nan Tsi.

—¿Qué pasa cuando se enamoran?

Los Mosuo no tienen la menor intención de hacer coincidir en la misma persona afecto, familia y hogar. La familia, para que perdure, nunca debe estar basada en una pareja. Entienden que eso vuelve al grupo altamente inestable.

El sistema de visitas, como modalidad de vida sexual, mantiene a los integrantes de una familia consanguínea unidos y a salvo de cohabitar con un extraño. Ésa es una de las razones fundamentales por las que la figura del padre es desconocida. Al quedar embarazada, la mujer no puede definir a ciencia cierta con quién concibió. Si lo supiera, también podría abstenerse de contárselo a su hijo pues es tabú hacer referencia a lo sexual frente a familiares. La prohibición de cualquier mención a la sexualidad delante de un pariente, en especial del sexo opuesto, es una de las razones del sigilo. Un secreto por todos conocido, como son en general este tipo de secretos. No pueden siquiera insultar puesto que el insulto, por lo general, alude a una zona erógena o a algo relativo a la sexualidad. Es imperdonable que un tío o un hermano vean que su sobrina recibe a su enamorado. El pudor llega a tal punto que durante las entrevistas en presencia de la familia los integrantes del sexo opuesto abandonan la sala cuando llegamos al tema del amor.

Un joven se acerca y acaricia la mejilla de Nan Tsi Tsuma. Es una caricia larga, que antes de retirarse le roza la boca. Nan Tsi la recibe sin molestarse.

—¿Es tu novio?

La traducción lleva más tiempo del esperado, son sólo tres palabras pero veo que Lei dialoga, asiente y vuelve a explicar.

—No, no es el novio.

Le consulto a Lei si la pregunta le molestó.

—No —me dice—, lo que pasa es que no les queda claro qué significa ser un novio.

Nan Tsi juega con el anillo. Lo da vueltas con el dedo. Tiene una mano delicada. Mira alrededor y sonríe. Le pregunto quién es el que la había acariciado. Mientras me responde, recibe en la mejilla el beso de otro hombre. Después de él llega un tercero. Luego un cuarto. Este último le pasa el brazo sobre el hombro y la estrecha. Es evidente que las muestras de afecto no le desagradan. Lo que parecía un acto desconsiderado y atropellador resulta una galantería. El amor los mantiene activos y les ocupa gran parte de las charlas, los preparativos y pensamientos. Una ocupación despreocupada y ecológica, por cierto. Sin que el dinero sea un tema para antes o después y poco preocupados por lo que socialmente implica. Aquí, la mirada de los otros actúa de la mejor manera: casi no actúa. Por una conjunción de factores, el sexo es sexo sin que tiemblen las montañas, sin que entre el lago en ebullición y sin que nadie resulte ofendido.

De todas maneras, no puedo dejar de imaginar que, más allá de cómo manejen la fidelidad, los celos, el cambio de pareja, por encima de cualquier idiosincrasia, se trate de la cultura de que se trate, el amor no haga de las suyas. El sistema les facilita la satisfacción erótica, pero en algún momento, algo que antes no estaba, se presenta. El amor, eso que señala, que avisa que es ésa la mujer y no otra, eso que permite advertir que es ése el hombre y no todos los hombres. Algo que se siente en el cuerpo, que nos da certeza sin por eso asegurarnos estabilidad, bienestar o un pasaje abierto a ese territorio utópico de la felicidad. El amor tiene una lógica disparatada que se valida sola.

Tong, el de los peces y la sonrisa a destiempo, abandona la ronda abrazado a una joven, quizá demasiado joven. Jin Sik, a quien veo espléndida, se marcha sola. Es probable que haya arreglado una cita, pero también puede ser que esta noche no esté de humor para visitas.

Sigue lloviendo y las llamas de la fogata no tienen el mismo ímpetu que al comienzo. Se arman dos coros y entablan un contrapunto de canciones.

—Nan Tsi, ¿qué es lo que diferencia una relación de una relación amorosa?

Me dice que a veces prefieren ver siempre al mismo. Entonces salen a cabalgar, caminan por el bosque y se buscan para hablar.

—Básicamente eso, alguien con el que hablas mucho, con quien te ocurre algo diferente y te hace sentir de otra manera.

Pregunto si, presentadas esas condiciones, la relación continúa en secreto.

Nan Tsi Tsuma se muestra retraída. Acaba de terminar una relación de las que ellos califican de abiertas. Supongo que esta noche se encuentra más sensible que otras. Es que cuando dos se sienten especialmente atraídos y ese sentimiento se extiende en el tiempo, el hombre decide dejar de saltar por los techos y golpear las ventanas; el vínculo ha cambiado de categoría. Para formalizarlo se establece una visita al hogar de la mujer. Con la matriarca presente, el ágil y arrojado amante no siempre se atreve a comparecer solo, así que busca un amigo que oficie de mediador, que lo ayude a sostener una conversación y lo salve de caer en el silencio.

Esa noche, luego de la cena, la matriarca tomará los recaudos para que los varones de la familia se ausenten. Cuando dan las once aparece el candidato, la timidez del candidato y el amigo que lo asiste contra ella. Se entregan regalos, se hacen las ofrendas a los dioses y se sirve la comida.

Una relación abierta implica llegar un poco más temprano e irse algo más tarde. Se debe ser discreto pero ya no tanto. Eventualmente puede compartir alguna cena pero si los varones de la familia están presentes, es preferible que el visitante pase inadvertido. Hay un día del año en el que las parejas abiertas intercambian regalos y todos saben que están relacionados.

Sin embargo, la comida ritual con la matriarca no es una ceremonia que opere como legalización matrimonial. En una relación de casados, en el lazo que une a una pareja que convive, se hace presente la ley social. A medida que el vínculo avanza, sus integrantes se relacionan con otros, adquieren pertenencias y educan hijos. Si la pareja se disuelve, cambia la ubicación social de sus miembros quienes, además, deben pensar cómo distribuir las responsabilidades y los derechos que antes eran comunes. Esto también hace que los inconvenientes no sean tomados a la ligera, que la separación sea un acontecimiento y que se siga intentando, a veces más allá de lo razonable.

Los Mosuo se manejan con otras reglas, por cierto particulares. Como no tienen propiedades en común, como los nacidos de esas uniones pertenecen a la casa de la mujer, como el hombre sólo se ocupa de los hijos de su hermana, no hay entre ellos otra ligazón que el afecto y las ganas de estar juntos. Con este tipo de marco, cuando el deseo de estar con el otro se pierde, nada los sostiene.

La falta de intención de formar una familia con un extraño, o de conseguir novio o novia con la ilusión de superar la soledad, hace que una discusión ponga en peligro toda la relación. El hombre se abstiene de volver y la mujer de abrirle la puerta. A la noche siguiente, él tratará de descolgarse por otra ventana y es posible que ella reciba otra visita en su cuarto. Sin reclamos, sin peleas. No rompen con na-

da que los haya hecho pensar en un futuro, palabra que, emparentada con el amor, tiene, entre ellos, corto alcance.

A causa de sus hábitos, no llegan a conocer lo que implica sostener una situación conflictiva como la de dos personas en pareja. En la aldea se desconocen relaciones que hayan durado toda la vida. Las más de las veces, es el hombre quien pone fin cuando decide irse detrás de otra pollera blanca.

Es lo que acaba de pasarle a Nan Tsi Tsuma con su primer matrimonio andante abierto.

Hasta aquí, todos los entrevistados están de acuerdo. La mayoría de ellos cuenta que la relación es exclusiva, que el amor pide amor y no da lugar a terceros. Cuando se deciden por una pareja única, detienen el intercambio y la vida sexual se desarrolla solamente entre ellos. La infidelidad descubierta es causa irremediable de ruptura.

Por otra parte, hay quienes dicen que la relación abierta sólo otorga una prerrogativa, una preferencia sobre la sexualidad del otro, y que todos saben que, a pesar de encontrarse en una relación formal, ambos integrantes mantienen axias por su cuenta. Eso sí, cuando llega el oficial, la mujer saca de su cuarto al furtivo para hacer valer el privilegio, y todos contentos.

Sin que el otro se entere, con el mismo sigilo de antes, cambian esconderse de la familia por esconderse del elegido. Al ocultamiento no lo relacionan con el engaño, sino con evitar una situación desagra-

dable. Lo cuentan como diferente al adulterio, ya que todos están habituados y saben lo que ocurre.

Aunque nunca conviven, con la edad, los axias son más duraderos y menos variados. Los jóvenes cambian de enamorado con asiduidad pero después de los cuarenta se vuelven más estables. Como si la pareja fuera cosa de gente grande. A los que mantienen relaciones con una mujer de un matrimonio andante abierto los llaman "ladrones de sexo". Sin embargo, no tiene un sentido delictivo. La visita y el intercambio son las formas con las que han crecido.

En estos amoríos, prima más la tolerancia que los celos. Cuando uno de sus integrantes se excede con el sentido de propiedad sobre su amada o su amado, es burlado por sus compañeros como alguien necio, egoísta y posesivo. Ser sorprendidos de cuerpo presente resulta molesto, pero si el varón se muestra demasiado enojado es probable que ésa sea la causa para que la mujer termine con él. Esto último no es usual. En general son poco agresivos y se avergüenzan de la violencia en cualquiera de sus formas. Si el conflicto pasa a mayores, interviene el jefe de la aldea.

Quizás ése sea un signo de la preponderancia femenina: pelearse es considerado como algo vergonzoso y que nada repara. La violencia, en cualquiera de sus formas, es una de las peores bajezas. Nadie adquiere prestigio por enfrentarse con otro de manera brutal. Las matriarcas no toleran ni festejan la rudeza entre las personas.

Desde donde estoy, alcanzo a ver cómo Li Jien se retira y cómo, al rato, también lo hace Han Tsie. Espero que les vaya bien.

Le pido a Lei que le pregunte si sabe lo del tango. Nan Tsi recupera la sonrisa. La invito a que me acompañe y salimos hacia la propiedad en donde me hospedo. Durante el camino, la calle está a oscuras, Nan Tsi habla y habla como si yo pudiera comprenderla. Finalmente, se detiene, a la espera de una respuesta. Está tan entusiasmada que no se me ocurre hacer otra cosa que un gesto de asentimiento. Sin saber con qué estoy de acuerdo, llegamos al patio central de la casa. Llamo a Dorje y le pido que encienda las luces de la camioneta. Coloco el casete y cuando empieza a sonar tomo de la mano a Nan Tsi Tsuma, segunda hija de la casa de la matriarca Tsuma, y la llevo al centro de la improvisada pista de baile. Me mira y le pido a Lei que le diga que tiene que seguirme. Le enseño los primeros pasos, los únicos que sé. Los repito. Luego le pido que los haga sola y finalmente la tomo entre mis brazos. Comienzan a llegar otros invitados. Dorje y Lei miran azorados. Estamos bailando, estamos bailando.

23

Es una de mis últimas mañanas en Loshui. Por la noche tengo una cena en lo de Sanshie a la que también vendrá Tsie. No quiero irme sin entrevistar a Yasi Tu Ma, primera hermana de la familia Ma y matriarca de la finca en la que me hospedo. Yasi no para un minuto. Durante los primeros días de mi estadía en Loshui, quise hablar con ella de manera espontánea pero no pude pasar del saludo breve. También probé establecer un diálogo en alguna de las comidas en las que coincidimos, pero Yasi se alimenta a una velocidad tal que no es sencillo retenerla en una charla. Para ella comer es una instancia necesaria para poder seguir trabajando. Desde hace una semana le pedí, a través de Lei, una entrevista formal y ella, por estar ocupada o ausente, no me ha complacido. Pero anoche, mientras enseñaba algunos pasos de tango, vi cómo miraba, con interés, desde la galería. Y si es

cierto que la música genera un clima especial, ésta es mi oportunidad.

—Que sea rápido, que estoy apurada —me dice.

Jamás vi a Yasi con el atuendo tradicional. Lleva puesto un pantalón ceñido y una remera al cuerpo adornada con piedritas brillantes. Ambas piezas son negras. En lugar de botas usa zapatos de taco ancho. De la cintura le cuelga un manojo de llaves que ella hace tintinear sobre su cadera. Camina con pasos largos, es alta, delgada, apenas ancha de espaldas. Tiene una cabellera renegrida que divide en dos partes y luego une sobre la nuca, con un giro de cinta.

He logrado que me dispense cinco minutos de su tiempo. Yasi es una mujer ocupada y no deja de controlar lo que está pasando a su alrededor. Sentada, mira el reloj de su muñeca izquierda. Apoya los codos sobre las rodillas y junta las manos. Me doy cuenta de que en esta ocasión o me ayudó la música de anoche o ya no supo cómo hacer para negarse.

Es la primera vez que la veo quieta. Usa un brazalete de plata en la muñeca derecha y un anillo en la mano izquierda. Alrededor del cuello una imitación de perlas y, prendidos de sus orejas, un par de aros largos y finos. En ningún momento dejó de fruncir el entrecejo. Mira a Lei, impaciente. Quiere que comience de una buena vez con la entrevista.

Yasi es muy joven, sólo tiene veinticinco años. La madre, al ver que tenía condiciones, le fue delegando el manejo de la finca.

Le pregunto si ella no hubiera preferido esperar un tiempo para cumplir con esa tarea. Se sorprende con mi idea y es como si desde los hombros para abajo se fuera relajando. Me dice que sí, que ser la matriarca es muy duro.

—Pero tenés el mando.

—Sí, pero el trajín es mucho, los hombres lo pasan mejor. Es cierto, en el reino de los hombres las mujeres trabajan y en el reino de las mujeres los hombres descansan.

Se mira las manos. Yasi tiene un rostro delicado, dos líneas por cejas y la boca como dibujada. Pero las manos son ásperas, lastimadas y de uñas cortas. Es esa parte del cuerpo que no alcanza a cuidar, son manos de una mujer que trabaja con pasión.

Yasi no se queja. Describe su realidad. Es lo que le ha tocado vivir y ella decidió vivir a conciencia.

De Yasi escuché comentarios en tres oportunidades; cuando preguntaba en otras entrevistas por lo que consideran atractivo en una mujer, me respondían, mira a la matriarca de la casa Ma, donde tú duermes, ella es el tipo de mujer que les gusta a los hombres. Es muy joven y ya dirige la propiedad, se la considera una trabajadora excelente y canta de parabienes. La última de las referencias la hizo un grupo de hombres en el amarradero; abrieron los ojos e hicieron un gesto de admiración. Es verdad, es una mujer sumamente bella, no me caben dudas de que también lo es para el gusto occidental.

El día en que llegué, me saludó, apoyada sobre uno de los pilares de la galería, con una ligera inclinación de cabeza y después de cerciorarse de que me habían ubicado, desapareció. No volví a verla hasta que a la mañana siguiente desperté sobresaltado por su voz. Estaba organizando la casa con su estilo: a los gritos.

Yasi caminaba por el patio, el porche y la entrada de la cocina con los brazos en jarras. Cuando alguien no se encontraba en el lugar correspondiente, sacaba la mano derecha y señalaba en alguna dirección para que el interpelado supiera hacia dónde debía dirigirse. Les era sencillo, bastaba con mirarle el dedo índice.

Cada mañana, Yasi Tu Ma ordena, organiza y dispone hasta que todo está en marcha. Luego ella misma toma una labor. Sin duda las más atareadas serán las mujeres pero también se ocupa de que los hombres hagan su parte. Ellos tienen un código para contestarle. Consiste en un movimiento vertical de la cabeza, primero ascendente y luego descendente, que se repite un par de veces.

Trato de conocer sus fantasías, hacia dónde se dirigen, cuáles son sus anhelos, lo que entre nosotros podría dar como respuesta el lugar común, cada vez menos común, de casarse, tener hijos y un buen trabajo.

Me cuenta que el sentido de lo que hace, la razón por la que nunca la he visto quieta, su principal deseo, es que su familia *esté mejor y mejor*. Al decir-

lo baja el tono de voz y adopta un semblante más cálido.

—Pero, ¿qué quiere decir eso? ¿Producir más, ganar mucho dinero?

Me mira extrañada, ella nunca dijo eso. Es cierto que quiere ganar dinero pero, ¿volverse ricos?, se encoge de hombros y vuelve a aclararme que a lo que ella aspira es al bienestar de su familia. ¿Qué tiene que ver eso con amasar una fortuna?

La clave del éxito no está en la clave sino en entender qué es el éxito. Entre nosotros, que a alguien le vaya bien se asocia rápidamente a ganar mucho dinero. La acumulación, el tener, y la fascinación por los objetos, el brillo que el poder le da a la virilidad, se vuelve opaco en el matriarcado. Las verdaderas diferencias culturales, como los cambios históricos o políticos, implican diferencias y cambios en la manera de sentir, en la subjetividad. Los Mosuo, en algunos puntos, no sólo piensan distinto sino que pueden emocionarse, entristecerse o molestarse, por razones diferentes a las nuestras. Volverse acaudalado, por ejemplo, no es un valor social. Ni los seduce ni les quita el sueño.

Yasi se levanta abruptamente de la silla. Uno de sus primos sale despreocupado hacia la calle. Es evidente que eso no es lo que ella esperaba y no tarda en hacérselo saber. Veo que el joven vuelve a entrar y también veo que sale, pero esta vez lo hace

con un canasto vacío sobre la espalda. Yasi asiente conforme.

Me comenta lo de siempre. La mujer es más eficiente y mucho más capaz que el hombre. Eso explica que sean ellas las que están a cargo.

Intentando buscar un quiebre, algo que la haga salir del discurso al que está acostumbrada, le comento que en mi país una mujer como ella asustaría. Por primera vez, sonríe. Con una expresión sabia, me dice que ella tiene claro que una cosa es manejar una finca y algo muy distinto tratar a su enamorado. Yasi mantiene una relación abierta con un compañero que vive a dos horas de viaje de la aldea. Él sabe que ella tiene mucho carácter y, agrega con un dejo de malicia:

—Nunca tuvimos problemas por ello.

—¿Nunca se pelean?

Me comenta que, en general, la principal causa de conflicto entre un hombre y una mujer nace de las prerrogativas que ellas tienen. Dicho esto, Yasi se cansa de hablar de sí misma y toma las riendas de la conversación.

—Y tú —me dice—, ¿por qué has venido solo? ¿Quieres tener algo con una mujer Mosuo?

Le contesto que no, que no es ésa mi intención.

—Porque tengo a quien presentarte.

Yasi se ríe. Las mujeres mayores se divierten trayendo fotos de sus hijas, las de mediana edad hablan de sus hermanas y las jóvenes están siempre repletas de amigas. Hacen de eso una fiesta. Insis-

te, me dice que incluso puedo tener una relación abierta con alguna de ellas, que alcanza con que venga una o dos veces al año. Parece entusiasmada.

Con cuidado, retomo el manejo del diálogo e intento averiguar si pretende estar siempre con el mismo hombre.

—Lo que pretendo es estar enamorada, y si para ello debo cambiar, entonces cambio.

—Y ¿qué es lo que te gusta de un hombre?

Yasi se levanta de un salto, con expresión alterada. Viene hacia mí, furiosa. En lo único que alcanzo a pensar es en cómo salvar mis equipos. Pero la bronca no es conmigo. Acaba de regresar el que había despachado hacía un rato con el canasto vacío. Imagino que en algo le debe haber fallado puesto que vuelve a señalarle la entrada. El hombre da marcha atrás y responde con el habitual movimiento ascendente y descendente de la cabeza.

Le pido a Lei que se acerque para ver qué pasa pero se niega; alega algo relacionado con su seguridad. Yasi vuelve a su sitio y me contesta angelical, sin ironía.

—Lo que me gusta de un hombre es que me preste atención, me cuide y me proteja.

Una respuesta como para dar por terminada la entrevista.

—¿Te molesta que nos saquemos una foto juntos?

—No, claro que no.

Le entrego la cámara a Lei y le pido que por favor nos saque sin flash. Me coloco al lado de ella,

que, de inmediato, me toma de la cintura. Mientras Lei trata de buscar un encuadre, Yasi baja su mano por mi espalda y sin dejar de mirar hacia delante, me pellizca.

Lei termina de enfocar.

Sonrío.

Click.

Ricardo Coler

El reino de las mujeres

¿Cómo es una sociedad en la que las mujeres están al mando? ¿De qué manera afecta a las costumbres y a las conductas el ejercicio indiscutido de ese poder? Ricardo Coler viajó al último de los matriarcados y emprendió su exploración con muchas preguntas y dudas. ¿Los roles que hemos asumido en Occidente son reales o culturales? ¿La relación que se establece con la familia, el trabajo, la sexualidad, la política, las formas de ejercer poder en cada ámbito es natural, adquirida o impuesta? ¿Qué nos hace más poderosos, más fuertes o más débiles?

El reino de las mujeres es un apasionante y sorprendente relato que nos deslumbra y nos invita a reflexionar sobre nuestra propia forma de vida.

ISBN: 978-987-580-647-4

9 789875 806474